
jazmín
los más bellos
romances del mundo
¡Quizá hubiera sido más fácil vivir en la bruma, que enfrentar esa espantosa verdad!
Novelas con corazón
México
$ 800
Puerto Rico
U.S. Dls. 1.75
Venezuela
Bs. 20
NOCHE SIN ESTRELLAS
Melinda Cross
$ 220
29
0
37657 13491

# Noche sin Estrellas

Melinda Cross

**Noche sin Estrellas (1988)**
**Título Original:** Lion of Darkness (1985)
**Editorial:** Harlequín Ibérica
**Sello / Colección: Jazmín 540**
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Wyatt Field y Cassandra "Cassie" Winters

***Argumento:***

*Después de la muerte de su padre, Cassie se armó de valor para marcharse de su hogar, donde había sido, a la vez, protegida e infeliz. Fue a una famosa escuela en Nueva York, buscando una oportunidad para su futuro.*

*Al notable doctor Wyatt Field, quien había ayudado a infinidad de pacientes a aprender a vivir con su ceguera, lo confundía Cassie.*

*Al contrario de ella, él no alcanzaba a comprender por qué le exigía lo que casi era imposible. Por otra parte, intentaba negar la fuerza de una atracción que complicaba su trato médico-paciente.*

# Capítulo 1

Los ruidos de Park Avenue eran similares por la mañana y Cassandra Winters los amaba. Estaba en la puerta de vidrio y acero de un alto edificio, algunos mechones de su cabello rubio se movían con la brisa matinal. Distinguía los gritos alegres de los niños que jugaban en Central Park y sonrió.

Todavía sonreía cuando pasó junto a ella un joven que emitió un silbido largo. Abrió sus grandes ojos azules y su sonrisa se hizo más amplia. Su padre le había dicho: "es una expresión ordinaria de admiración, algo más bien molesto".

A Cassie no le desagradó. Necesitaba toda la seguridad que pudiese obtener en cuanto a su apariencia, pues en ocasiones no era suficiente. Pensaba que era repugnante, que estaba desfigurada y todo lo que le decía su padre para disipar aquella idea, fue en vano.

—Señorita Cassie, cuánto lo siento, no la vi bajar.

—Estoy muy cómoda aquí, Robert —sonrió con afecto al viejo portero. Había formado parte de su vida desde que recordaba, igual que los ruidos de la ciudad de Nueva York.

—Lo sé, señorita Cassie, pero a su padre no le agrada que esté aquí sola... Oh, lo siento, señorita, siempre se me olvida.

—Lo sé, a mí también.

—Era un hombre muy amable —dijo Robert, pensativo—. Resulta difícil creer que se ha ido. Aquí llega su auto, señorita Cassie. ¿Está segura de lo que hace?

—Sí, Robert.

Bajó dos escalones, luego contó nueve pasos más.

—Usted sabe que su padre no estaba de acuerdo —agregó, indeciso.

—El se preocupaba demasiado por mí, ahora está muerto y tengo que aprender a cuidarme sola. Debo ser la única persona de veinticinco años en el mundo que cuenta con una niñera de tiempo completo.

—Oh, señorita, no es así...

—¡Siempre ha sido así! Papá me cuidaba a mí, yo a él y los sirvientes a ambos. ¡Así vivimos durante casi veinte años y al fin eso va a terminar! —sabía que a Robert le dolía oírla hablar así y extendió una mano hacia él. El la tomó—. Por favor, no te preocupes, estaré bien, de veras. Te escribiré una vez por semana.

Le acarició la mejilla y le dio un beso.

—Gracias, Robert, por tu ayuda durante el funeral... y por todo. Te veré en unos cuantos meses.

Al retirar su mano creyó haber tocado una lágrima, pero no estaba

segura. Subió al asiento posterior del taxi y escuchó que el chofer cerraba la puerta. Volvió el rostro y por la ventanilla le hizo una seña de despedida al portero. Se preguntaba si Robert la habría visto. Es el problema de estar ciega, se dijo, nunca se sabe si contestan el saludo.

Eran dos horas de camino por el río Hudson hasta Windrow. La ciudad quedó atrás y la monotonía de los sonidos del campo la arrulló.

Despertó cuando el auto se detuvo. Bien, Cassie, se dijo, tu último viaje en auto por una temporada... tal vez para siempre.

El chofer abrió la puerta, la ayudó a bajar del auto y puso las maletas junto a ella, en la acera.

—Está enfrente de la casa principal, señorita. Sólo tiene que subir los escalones y encontrará la puerta —luego se marchó precipitadamente, casi frenético, como si la ceguera fuera una enfermedad contagiosa.

Ella sabía que mucha gente pensaba así. Esas eran las personas que hacían que se sintiera fea y de las cuales su padre la alejó durante aquellos años. Mark no la habría dejado sola, desvalida. El fue el chofer de la familia durante muchos años, lo consideraban de la familia y tuvo que despedirlo. Una semana después que su padre falleció, se vio obligada a despedirlos a todos, con excepción de la señora Carmody.

Necesitaba subir los escalones para llegar a la puerta por donde entraría. Pero, ¿en dónde estaban los escalones y cuántos eran? Movió la cabeza, tratando de escuchar algún sonido.

Detectó el canto de un mirlo y una puerta que se cerraba a lo lejos. Avanzó con precaución hasta que un pie se topó con las maletas. Se inclinó, buscó la más grande y se sentó sobre ella.

—Estupendo. Una escuela para ciegos y no hay alguien que me ayude.

—¿Por qué no se ayuda a sí misma? —la voz provenía de arriba, sobre su hombro izquierdo, y saltó, alarmada, tirando la maleta.

—¿Quién es? ¿Quién está allí?

—He dicho —insistió aquella voz—, que por qué no se ayuda a sí misma.

—Y yo he preguntado, ¿quién está allí?

Por un momento no obtuvo respuesta.

—Wyatt Field.

—Gracias a Dios. Empezaba a creer que este lugar estaba desierto. Quizá usted acepte ayudarme.

—Lo haré con mucho gusto. Es parte de mi trabajo.

Le agradaba su voz, profunda, pero suave.

—Para comenzar, podría guiarme para subir los escalones y entrar en el edificio. Luego, está mi equipaje.

—Deje su equipaje —le dijo con voz firme—, alguien se encargará de él. En cuanto a los escalones, usted parece una joven sana, puede subir sola.

—Temo que usted no comprende, señor Field. Soy ciega.

El contestó con voz firme y dominante.

—Quizá, pero no está lisiada.

—¿Sabía que no veo? —preguntó con voz aguda.

—Por supuesto.

—¿Y se quedó allí parado, sin ayudarme?

—Estoy sentado y todos aquí son invidentes, con excepción de los empleados. Si las pocas personas que tenemos vista normal y que vivimos aquí, pasáramos todo nuestro tiempo sirviendo de lazarillos, no nos quedaría tiempo para nada más.

Farfullaba, sin poder expresar su frustración y casi le gritó.

—¡No estoy para sermones! Sé que aquí los ciegos deben ser independientes, por eso vine. Sin embargo, acabo de llegar.

Su labio inferior temblaba en contraste con la arrogante firmeza de su barbilla y el hombre que estaba arriba frunció el ceño. Esta era siempre la peor parte. Observarlos cuando trataban de subir.

—Muy bien. Haré una concesión. Los escalones están precisamente frente a usted.

—¿Cuántos son?

—Nunca los conté.

Apretó los labios con ira e hizo la cabeza hacia atrás. Tenía un cabello precioso, Wyatt se preguntaba si ella lo sabría.

Empezó a caminar arrastrando los pies lentamente, con los brazos extendidos hacia el frente.

—¡No haga eso! ¡Baje los brazos! Parece una persona ciega.

—¡Lo soy! —le contestó con voz aguda.

—¡Eso no significa que lo haga obvio! Baje los brazos, no hay nada frente a usted. Confíe en mí.

—¿Que confíe en usted? Estaré ciega, señor Field, ¡pero no loca!

Se enfureció al escuchar su risa profunda. Caminó con paso firme hacia adelante, ahora más aprisa, hasta que encontró el primer escalón, contando automáticamente y cuando llegó al noveno, sintió la presencia de él a su izquierda.

Sonrió, satisfecha por haberlo logrado y siguió adelante con los brazos extendidos, hasta que tocó con sus manos el edificio. Bajó los brazos a la cintura, luego caminó de un lado a otro hasta encontrar la perilla de una puerta. La hizo girar, empujó la puerta y entró sonriendo. Escuchó que él aplaudía con burla.

—¡Debe ser la señorita Winters! ¡Oh, cuánto lo siento! —una mujer de voz alegre caminaba de prisa hacia ella a través del amplio vestíbulo—. Debí estar pendiente de su llegada, pero esta mañana el

tiempo se ha ido volando. Déjeme mirarla —la tomó suavemente por los hombros—. Es usted una belleza, ¿verdad? Oh, estoy divagando, acaba de llegar y estoy segura de que se siente tan perdida como un cordero. Me llamo Maggie O'Shea, y soy una pelirroja tan irlandesa como mi nombre.

—¿Es usted maestra? ¿Doctora? —preguntó Cassie con suavidad.

—¿Yo? Oh, no. Soy una especie de madre adoptiva. Aunque en su caso, como somos más o menos de la misma edad, una hermana adoptiva. Mi trabajo es dar la bienvenida a los huéspedes, hacer que se sientan en su casa y ayudarlos a adaptarse, si puedo hacerlo. Soy aquí un hombro para llorar en él, si lo llegas a necesitar, ese tipo de cosas. ¡Ah, doctor Field! ¡Allí está usted!

La sonrisa de Cassie se desvaneció.

—¿Doctor Field?

—Ya se conocen. Supongo que fue él quien la ayudó a entrar.

—¿Que me ayudó a entrar? Sólo agradezco que no haya puesto algún obstáculo para hacerme caer cuando subía por la escalera.

Maggie le guiñó un ojo a Field, pero habló como si lo reprendiera.

—¡El es así! Doctor Field, usted espera mucho en poco tiempo.

—¿Cómo es en persona? —preguntó Cassie, impulsivamente.

Field alzó las cejas e inclinó la cabeza ante Maggie.

—¿Cómo lo imaginas?

Le encantaba esta parte. Los recién llegados, todavía dolidos por la aparente indiferencia de Wyatt siempre lo imaginaban como un monstruo.

Cassie titubeó, luego se volvió, encontró con las manos el pecho de él directamente frente a ella, como lo esperaba, y deslizo las manos sobre su torso y rostro en una inspección ligera. Las detuvo en sus mejillas y sintió que se ponía tenso.

—Mide un metro ochenta y siete —dijo sin titubear—. Su cabello es oscuro y los ojos azules, creo, grandes, con gruesas pestañas. Barbilla cuadrada, fuerte, con un hoyuelo, nariz recta, de bella forma. Muy apuesto y tiene pómulos salientes. Y hace algún tiempo jugó fútbol. Era quarterback —concluyó.

Siguió un breve silencio, luego él le preguntó.

—¿Cuantos años tengo, señorita Winters?

Se llevó los dedos a los labios y frunció el ceño.

—Treinta. No, treinta y uno.

La risa de Maggie resonó en la habitación.

—¿Qué dices ahora?

—¿Estuve a punto de acertar, Maggie? —preguntó Cassie—. Y no traten de animarme... mi padre solía hacer eso cuando aún estaba aprendiendo. Es una actitud muy cruel.

—Lo sabemos, señorita Winters. Aquí no hacemos eso, nunca.

Acertó casi en todo, sólo que probablemente es más apuesto de lo que imagina. Es un verdadero tenorio. ¿Cómo supo el color de sus ojos? Cuando dijo que su cabello era oscuro, pudo haber pensado que sus ojos también lo eran.

—Su voz es demasiado fría para que sus ojos sean oscuros —contestó—. Lo supe desde la primera vez que me dirigió la palabra.

# Capítulo 2

Maggie la acompañó a su dormitorio, un piso arriba, a tres puertas del amplio vestíbulo y la ayudó a familiarizarse con la colocación de los muebles.

—Me parece raro —dijo Cassie cuando caminaba hacia la cama—, hay muchos escalones aquí. Yo pensé que una escuela para ciegos debía ocupar un solo piso. Los precios son lo suficiente altos para costear su remodelación.

—Hay escalones en otros sitios, señorita Winters. Lo más importante que hacemos en Windrow es enseñarles a vivir con todas las cosas a las que temen en el mundo exterior. El hecho de eliminar los obstáculos no sería de mucha ayuda, ¿no cree?

—No, supongo que no.

—Ahora. Debe colgar su ropa para que sepa dónde encontrarla, de lo contrario, hará unas combinaciones horrorosas.

Cassie vaciló, avergonzada.

—¿Qué le sucede?

—No sé gran cosa de mi vestuario... colores y esas cosas. La señora Carmody siempre la preparaba para mí... y me ayudaba a vestir.

—Dios mío, niña. ¿Qué ha aprendido a hacer por sí misma?

Cassie se puso rígida y parpadeó rápidamente.

—Nada, Maggie, por eso estoy aquí.

La pelirroja tomó una carpeta de archivo de la mesita de noche que estaba junto a la cama y se quitó la pluma que llevaba detrás de la oreja.

—Está bien, Cassie. No se preocupe, pronto aprenderá. Vamos a hacer algunas anotaciones para que sus maestros puedan trabajar. Me parece que la señora Carmody fue algo imprecisa cuando llamó para inscribirla. ¿Cuándo quedó ciega, Cassie?

—Cuando tenía siete años —escuchaba el ruido de la pluma.

—¿Cómo fue?

—Un accidente automovilístico, según me han dicho. Yo no recuerdo nada, sólo algunas cosas de antes y todo lo que ha sucedido después, —mordió su labio inferior y continuó—: Mi madre murió en el mismo accidente.

—¿Enviaron aquí sus exámenes médicos?

—Sí, la señora Carmody se encargó de ello, pero no hay mucha información. En los últimos diez años no he consultado a algún doctor. Soy muy sana.

—¿Qué le dijo el médico? Quiero decir, acerca de su vista.

Cassie abrió mucho los ojos e hizo la cabeza hacia atrás para que no salieran las lágrimas.

—Que no había ninguna razón fisiológica para mi ceguera... la llamó ceguera histérica. Dijo que mis ojos están bien, pero que mi mente rechaza la idea de ver.

Maggie asintió con la cabeza.

—¿Qué más?

—Que debía consultar a un psiquiatra.

—¿Y lo hizo?

—¡Por supuesto! —contestó irritada—. ¿Cree usted que yo quiero ser ciega? Oh, Maggie, lo siento. Es que todo esto es frustrante. Durante los últimos diez años me he repetido hasta la saciedad que yo puedo ver.

—Está bien, Cassie —dijo Maggie calmándola—. ¿Por qué no me cuenta todo? Tome su tiempo, aquí no tenemos prisa.

Cassandra suspiró, luego entrelazó las manos en sus rodillas.

—Consulté al psiquiatra, una vez por semana durante un año. Era... doloroso. Papá nunca estuvo de acuerdo, no le gustaba verme perturbada, pero seguí yendo. Al fin el doctor me dijo que no estaba preparada emocionalmente para enfrentar el trauma, que necesitaba madurar, sentirme más segura de mí y me recomendó esta escuela.

—¿Eso fue hace casi diez años? ¿Y no ha venido hasta hoy? —le preguntó Maggie, incrédula. Sus ojos grises se oscurecieron.

—Mi padre... solía protegerme —explicó—. Le parecía absurdo que yo asistiera a una escuela donde me enseñarían cómo actuar como una persona ciega, si habría de recuperar la vista. Además... —titubeó.

—¿Sí?

—Le resultaba muy difícil aceptar mi ceguera, pues se sentía culpable, ¿comprende? Mi madre muerta, yo invidente... por algún tiempo ni siquiera pronunció la palabra "ciega" en voz alta. Era como si al negar la realidad ésta no existiera.

—Entiendo que su padre conducía cuando sufrieron el accidente.

—Sí. Y según su manera de pensar, lo sucedido fue imprudencia suya. La culpa lo destruyó emocionalmente. Poseíamos una finca a orillas del Hudson, no lejos de aquí. Mi madre adoraba esa casa —hizo una pausa y sonrió—. De cualquier modo, papá cerró la casa y compró el penthouse antes que yo saliera del hospital. No soportaba la idea de vivir en la finca sin mamá, supongo y pensó que en el apartamento todo sería más fácil para mí... sin escalones, sin río, sin peligro. Estaba decidido a que yo no soportara los problemas de los ciegos. Llegó a ser como una obsesión para él. Contrató sirvientes para que fueran mis ojos. Me vestían, daban de comer, me llevaban al parque, marcaban por mí los números del teléfono, me leían. Todo.

—¿Quiere decir que nunca aprendió Braille? —interrumpió Maggie.

Cassie asintió con la cabeza, sonriendo.

—Esa fue su única concesión y accedió después de una gran riña. Contrató un profesor particular y, por lo menos, aprendí eso.

—¿Un profesor particular?

—Por supuesto. Yo casi nunca salía del penthouse, sólo lo hice para ir al parque, con alguien que me acompañara.

Maggie dejó la pluma y trató de que en su voz no se notara la ira.

—¿Quiere decir que la han mantenido presa durante los últimos dieciocho años?

—No lo exprese así, papá no quería hacerme daño.

—Nunca quieren hacer daño —suspiró profundamente y se puso de pie—. ¿Y cómo fue que al fin accedió y la envió aquí?

—El no lo hizo. Murió hace dos semanas.

—Lo siento. No imaginé... —titubeó—. Usted deseaba venir aquí desde hace años, ¿verdad?

—Sí. Lo deseaba mucho.

—Pero no quería obligar a su padre.

—Algo así —contesto entre dientes.

—Me resulta difícil comprender esa clase de sacrificios. Por lo menos ya estás aquí y tendrás bastante en qué ocuparte. ¡Ahora, vamos! —su voz cambió de inmediato y de nuevo era alegre y profesional—. Primero, te harán exámenes médicos, por la tarde y también mañana si es necesario, luego empezarás con el doctor Field.

—¿El doctor Field? ¿No hay otros maestros?

—Sé cuál es tu opinión y tal vez te parezca peor a medida que pase el tiempo. Pero la mayor parte de nuestros alumnos se van de aquí amándolo.

Cassie seguía escéptica.

—Todos, al venir aquí, pasan las primeras dos semanas con él. Difícilmente tratarás con alguien más, excepto yo, por supuesto. Piensa en ello como tu iniciación, habrá terminado antes que te des cuenta. Ahora, vamos para que almuerces, luego con los doctores.

Maggie fue muy atenta, al contrario del doctor Field. Guió a Cassie cuidadosamente al bajar la amplia escalinata llevándola del brazo como medida de protección. Le describía cada lugar por donde pasaban camino al comedor, enfatizando los detalles arquitectónicos que Cassie utilizaría como para orientarse.

—La entrada al comedor la flanquean dos macetas con helechos —le informó Maggie—. Uno a cada lado. Ya casi llegamos, ¿percibes su aroma?

—Oh, sí, son helechos de Boston, ¿verdad?

—Así es —contestó sorprendida—. ¿Lo adivinaste por casualidad?

—Por supuesto que no. El helecho de Boston tiene un olor muy característico. Papá tenía un pequeño invernadero en la azotea y constantemente me hablaba sobre la identificación de las plantas. Soy

buena para eso.

—Bien. Tendrás una ventaja sobre la mayoría de nuestros alumnos. Las plantas son lo único que Wyatt no desea mover de su sitio.

—¿Qué quieres decir?

—No me hagas caso, pronto lo sabrás. Ahora, por aquí, derecho. Hay un pasillo en el centro, como de tres metros de ancho. Las mesas son para cuatro personas y hay dieciséis mesas, ocho a cada lado. Ahora tenemos el lugar para nosotras solas, puedes recorrerlo un momento. Golpéate las espinillas unas cuantas veces, luego te sientas donde quieras.

—No me dejarás, ¿verdad? —preguntó Cassandra, desesperada.

—No, estaré aquí, observando. Ahora, adelante.

Cassie caminó hacia adelante arrastrando los pies, con los brazos extendidos a la altura de los hombros.

—Las manos no te ayudarán, tendrás que enfrentarte a los obstáculos, que sólo te llegan a la altura de la cadera.

Cassie obedeció y bajó los brazos en respuesta a la lógica de Maggie y de inmediato tocó un objeto que identificó como el respaldo de una silla. De haber llevado las manos en alto, habría tropezado.

Pensó que esto era elemental, sencillo y muy sensato. ¿Por qué nadie se lo había dicho? ¿Y por qué el doctor Field no le explicó el motivo por el cual debía bajar las manos en lugar de exigirle que lo hiciera?

Caminó entre las filas de mesas con creciente confianza, determinando la colocación aproximada de una con relación a la otra.

—No te preocupes, Cassie —le dijo Maggie con voz baja.

—¿De qué no debo preocuparme?

—Por memorizar la disposición de las mesas, contar los pasos que hay entre ellas, esa clase de cosas. Ahórrate la molestia. Todo estará dispuesto de forma diferente a la hora de la cena.

Cassie se volvió hacia ella, con una cara de asombro que hizo sonreír a Maggie.

—Es para eso que viniste aquí, ¿no es así, Cassie? Para aprender a enfrentarte con situaciones desconocidas.

La rubia se sentó en la silla más cercana que pudo encontrar con las manos y movió la cabeza, desalentada.

—¿Quieres decir que a propósito cambian los muebles de lugar para que uno no sepa en dónde están?

—Así es. Es la única manera de aprender. Cuando te marches de aquí, podrás caminar por lugares que nunca imaginaste visitar. Tropezarás de vez en cuando, pero habrás perdido el miedo.

Cassie cerraba y abría las manos frente a ella.

—No sé si lo soportaré, Maggie —murmuró—. Nunca imaginé que fuera tan difícil. Estar aquí tres meses, sin saber nunca dónde están las

cosas, será un suplicio. Hasta una persona que ve, encontraría eso muy molesto. ¿Y para una ciega? ¡Es una pesadilla!

Sintió que Maggie la comprendía cuando cubrió su mano con la de ella.

—No es tan difícil como supones —le dijo con amabilidad—. Muy pronto te parecerá un desafío y no algo horrible. Concédete un poco de tiempo. Además —continuó en un tono más ligero—, hay cosas que no cambiarán; tu dormitorio, por ejemplo. Ese será tu santuario, nadie cambiará algo, excepto tú. Y como te dije, Wyatt no desea mover las plantas, afirma que las plantas no son tan adaptativas como las personas y no podrían soportar los cambios.

—Comienzo a creer que las plantas tienen una mejor oportunidad de sobrevivir en este lugar que yo —murmuró, resentida.

Maggie rió.

—Estoy muerta de hambre, Cassie. ¿Y tú? "Llena el estómago y vacía la mente", eso decía siempre mi padre. Las minutas están en Braille.

Los dedos de Cassie volaron sobre el papel que Maggie puso en su mano, y su rostro reflejó sorpresa ante la variedad de los platillos.

—Muy impresionante —comentó—. Esta no es la cafetería que uno asociaría a una escuela.

—Difícilmente es una cafetería, ni tampoco es una escuela promedio para ciegos, estoy segura de que lo sabes.

—En realidad sé muy poco de Windrow. Nunca oí hablar de ella hasta que el doctor la recomendó y sólo dijo que era excelente. Nunca mencionó otra opción, ahora que lo recuerdo. Por lo visto, Windrow era la única escuela que él consideraba adecuada.

—Eso me dice más de tu familia de lo que puedes imaginar, por lo menos de su posición económica. Oh, hola, Helen.

Cassie escuchó unos pasos suaves y el crujir de una falda almidonada, a su izquierda.

—Hola, señorita O'Shea. Ella debe ser la señorita Winters.

Cassie frunció el ceño e interrumpió las presentaciones.

—¿Soy yo la única alumna aquí? —preguntó—. Todos parecen saber quién soy.

—Wyatt sólo admite un alumno y dedica su atención a él. A la larga eso parece ser más efectivo y ésa es la razón por la cual los precios de la colegiatura en Windrow son muy elevados —le explicó Maggie—. Cassie, ésta es Helen. Es otro de los accesorios que está en constante movimiento. El comedor es su dominio, tanto aquí, donde permanecerás dos semanas, como en tu dormitorio. Ella y nuestro chef, Manny, trabajan hombro con hombro, planeando y preparando los alimentos, haciendo las compras para la cocina, etcétera.

—¿Cómo estás, Helen? —saludó Cassie—. Pareces muy joven para

que te cataloguen como un accesorio.

Helen rió al tiempo que movía su oscura cabeza.

—Gracias, señorita Winters, pero no soy tan joven como usted cree. Las voces son engañosas.

—Cuidado, Helen —le advirtió Maggie sonriendo—. Es muy buena para adivinar la edad de las personas.

—Bien. ¿Qué edad tengo, señorita Winters?

Cassie sonrió y encogió los hombros.

—Sería adivinar si no la tocara, Helen, pero yo diría que tiene treinta y tres años.

Siguió un pesado silencio y Cassie arrugó el ceño.

—¡Oh, Dios! No la habré ofendido, ¿verdad, Helen?

—Cumplí treinta y tres la semana pasada, señorita Winters. Me dejó asombrada, eso es todo. Ya debería haberme acostumbrado, supongo, ustedes me llevan de sorpresa en sorpresa. Saben más de lo que uno espera.

Cassie apretó los labios, no sabía qué contestar. Percibía cierto resentimiento en la voz de Helen, especialmente cuando clasificó a los ciegos como "ustedes" en un tono que era a la vez despectivo y de envidia. Era una idea absurda, desde luego.

—¿Ya eligió? —la voz de Helen ahora era profesional.

—¿Por qué no lo haces por nosotras? —sugirió Maggie—. Ponemos nuestro paladar en tus manos.

Cassie estaba molesta, mas se mantuvo en silencio.

—De acuerdo, señorita O'Shea —contestó Helen y se marchó.

—¿Dije algo incorrecto, Maggie? —preguntó Cassie con voz baja, no estaba muy convencida de que Helen se había marchado. Sospechaba que la cocinera vigilaba todo—. De verdad no fue mi intención ofenderla.

—No, no has dicho algo incorrecto. Es que Helen es... diferente. No tomes lo que diga o haga como algo personal, y tampoco imagines problemas donde no existen. Ella tiene conflictos que debe resolver por sí misma, es todo. No te afectan a ti y no afectan su trabajo.

—¿Cómo es ella?

—¿No lo sabes?

—No tengo la menor idea, no puedo saber sin tocarla. Y de alguna manera, no creo que Helen sea de las personas que se puedan tocar. Me sentiría como si violara a una reina, o algo así.

Maggie rió a carcajadas.

—Tienes razón en eso. Ella es una persona muy reservada y orgullosa. Y en cuanto a su apariencia, es lo que podías llamar, exótica. Su cabello es tan negro como rubio el tuyo, tiene los ojos grandes, de forma de almendra, color café oscuro, supongo, aunque también parecen negros. Es alta y tiene una estructura ósea que ya

quisieran muchas modelos. Pómulos altos, prominentes...

—Como los del doctor Field.

—Más pronunciados, pero sí, similares.

—Y es hermosa.

Maggie hizo una pausa.

—Creo que sí. Oscuramente hermosa... ¿me entiendes?

Cassie negó con la cabeza.

—Bueno, no es como tú —le explicó Maggie—. Tu belleza es fresca, limpia, inocente. La de Helen es, secreta, casi trágica.

Cassie se quedó muy quieta, con las manos apretadas en sus rodillas.

—¿Qué ocurre, Cassie?

Apretó los labios en una línea recta y delgada.

—Lo que has dicho acerca de mí —murmuró.

—Quieres decir, ¿acerca del tipo de tu belleza? ¿Qué tiene de malo? Dios mío, ¿nunca te había dicho alguien que eres muy bella?

—Sólo las personas que me amaban —contestó.

—Y tú supusiste que era una mentira piadosa. Cassie, puedes tocar tu rostro. Debes haber descubierto que eres hermosa.

—No se puede sentir la belleza, Maggie, ni siquiera puedes percibirla. Me refiero a la belleza externa.

—Supiste que Wyatt era apuesto —le recordó.

—Es demasiado cruel para ser feo —respondió rápidamente y la risa musical de Maggie invadió el comedor.

Helen llevó el primer platillo y de pronto la conversación giró sobre la comida y la historia de Windrow.

—Supongo que es un lugar especial —dijo Maggie entre bocados de una ensalada fresca—. Harlan Windrow, el fundador, la inició para satisfacer las necesidades de su único hijo cuando quedó ciego. Las demás escuelas atendían a lo que él llamaba "las masas", y no proporcionaban la educación que su hijo requería de acuerdo con su estirpe.

La voz de Maggie estaba llena de desprecio por aquel hombre que había muerto hacía mucho. De pronto rió.

—¿Sabías que en esa época aquí daban clases de baile de salón? —volvió a reír—. ¡Imagínate! ¡Como si el baile de salón fuera algo trascendental para un ciego! Aquellos eran otros tiempos, pero cambió un poco después que murió Windrow. Se convirtió, sencillamente, en una escuela para ciegos muy ricos. Era muy similar a otras, sólo que, además de la instrucción clásica, también se les instruía en el manejo de la servidumbre, cómo organizar una fiesta, cómo disimular la ceguera, etcétera. Hemos avanzado mucho desde entonces, desde luego, pero Windrow todavía es un lujo. Ahora somos más prácticos, pero, aún entrenamos a las personas muy ricas para que hagan frente

a su ceguera en su ambiente. Puede parecer discriminatorio, pero no lo es, son las otras escuelas las que discriminan a los ricos. Puedes ir a cualquier colegio para ciegos de los cientos que hay en este país, y aprenderás cómo adaptarte a una sociedad de clase media, en cambio Windrow es la única escuela que ofrece a los ricos ayuda en las áreas donde más lo necesitan.

El rostro de Cassie mostró desaliento.

—¿Quieres decir que aquí sólo aprenderé cómo ser una persona ciega y rica? ¿Nada práctico?

Maggie volvió a reír.

—Eso es práctico, ¿no? Es el medio al que perteneces y al cual vas a regresar. Además, sería inútil enseñar algún oficio a los alumnos que vienen aquí. Dudo mucho que al salir de Windrow te dedicaras a buscar empleo como secretaria. Tú podrías cubrir el sueldo de dos años de una secretaria con lo que acabas de pagar por la estancia de tres meses aquí. Pero tú sabes todo esto.

"Te asombraría descubrir cuánto es lo que ignoro", pensó Cassie. "Y más te asombraría saber que he gastado hasta el último dólar que tenía para venir a este lugar". Golpeaba ligeramente su plato con el tenedor y juntó las cejas, preocupada.

—De seguro enseñan algunas cosas que pueden ser de utilidad para personas de mediana posición.

Maggie tocó ligeramente su mano para silenciar aquel tamborileo.

—Enseñamos a los ciegos a ser ciegos —le dijo con firmeza—. A tener confianza, a estar cómodos y a ser eficientes. Y lo hacemos en un ambiente similar al que dejaron en su hogar. Lo único que no impartimos aquí es la enseñanza de una ocupación. Ninguno de nuestros alumnos tiene necesidad de ello. Por lo demás, verás que somos muy minuciosos y muy exigentes. Ahora, si has terminado, debemos ir a la clínica. Los doctores esperan.

Cassie asintió en silencio, puso su servilleta con todo cuidado a la izquierda de su plato y se puso de pie.

—Estoy lista —dijo.

Maggie movió la cabeza al ver el temor en el rostro de la chica, y pensaba que con todas sus ventajas, los ricos podían ser los más ciegos de todos.

# Capítulo 3

—Muy bien, señorita Winters. Ahora puede relajarse —dijo el doctor Franklin después de examinarla.

Cassie se dio cuenta de lo rígido que había estado su cuerpo, cuando trató de reclinarse. Se concentró en relajar su espina dorsal y disminuyó la tensión.

—Y bien, doctor Franklin —le dijo con ligereza artificial—. ¿Qué ha encontrado?

El galeno deslizó un banco alto junto al sillón y se sentó cruzando los brazos sobre su pecho.

—Creo que será más fácil si tú me dices lo que has descubierto a lo largo de los años. ¿Puedo llamarte Cassie?

—Por favor, hágalo. En casa nadie me llamaba señorita Winters, excepto el portero. Me hace sentir incómoda, como si tuviera treinta o cuarenta años de edad.

El doctor Franklin rió.

—Muy bien. Ahora dime qué sabes de tu salud y yo llenaré lo que quede en blanco cuando hayas terminado.

Ella suspiró profundamente y cerró los ojos.

—Me diagnosticaron una ceguera de origen histérico poco después del accidente. Mis ojos podían ver, pero mi cerebro se negaba a admitir las señales. Se supuso que el trauma emocional que el percance me causó y el golpe que recibí, tuvieron como resultado una amnesia. Mi mente se resistía a recordar algo tan doloroso y bloqueó mi memoria a través de la amnesia y me excluyó del mundo por medio de la ceguera —hizo una pausa—. ¿Cómo me encuentra ahora?

—Excelente. Continúa, por favor.

—No hay mucho que agregar. Como de seguro usted sabe, la ceguera histérica sólo dura unos cuantos días, o a lo sumo, semanas. Al fin la mente cede y el paciente vuelve a ver. Y la conclusión es obvia, lo he sabido desde hace años.

—¿Y cuál es esa conclusión, Cassie?

Su voz temblaba, pero era decidida.

—Mi ceguera no es de origen histérico, nunca lo fue. De lo contrario, habría recuperado la vista hace mucho tiempo. Mi ceguera es real, tiene un origen físico. Algo que podían haber comprobado hace años, cuando sucedió, o por lo menos, hace diez años que fue la última vez que me examinaron. Sin embargo, con los avances que ha habido desde entonces, usted podrá identificar con facilidad la causa. Por eso su examen fue tan breve y no necesita vacilar en decírmelo, hace mucho tiempo que acepté que mi problema es permanente.

El doctor Franklin se aclaró la garganta y se inclinó hacia ella, poniendo una mano grande y pesada en el hombro de Cassie.

—Permíteme mencionar algo acerca de la ceguera histérica que es probable que no sepas. En las pruebas, los ojos aún responden a la luz, ni los enormes poderes del cerebro pueden contener ese reflejo involuntario. Sin embargo, no responden al estímulo visual, como puede ser un objeto que se acerca rápidamente al rostro del sujeto. ¡Allí!

—¿Allí, qué? —preguntó, perpleja.

—¡Retrocediste!
—¿Qué?
—Concéntrale, Cassie. Concéntrate en tu cuerpo, especialmente en tu cabeza.
Sintió la ráfaga del aire cuando él dirigió las manos hacia su rostro y las retiró de repente.
—¡Ahí! —volvió a decir—. Retrocediste, ¿lo sentiste?
—Por supuesto —contestó con impaciencia—. Usted acercó algo a mi cara y yo me retiré. Es una reacción perfectamente natural. Sentí que algo venía hacia mí.
El doctor Franklin rió.
—Es probable. Pero cuando te hice las pruebas en la unidad visual, con fotografías que te acercaba por medio de un proyector, sin ningún ruido ni movimiento de aire, como el que hice con la mano hace un momento, también retrocedías. Cada vez que lo acercaba.
Cassie entrecerró los ojos y se le cerró la garganta.
—¿Y eso qué significa?
—Que tú puedes ver, no estás ciega.
Cassie trató de pasar el nudo que tenía en la garganta.
—Entonces, ¿tendría inconveniente en decirme, por qué el mundo ha sido negro durante dieciocho años? —su voz subió al máximo.
—El mundo no ha sido negro, es tu mente la que ha sido negra.
—No lo entiendo —ella negó con la cabeza.
El doctor rió.
—Ni nosotros tampoco. Hay muchas cosas acerca del cerebro que nunca llegaremos a entender... por lo menos mientras vivamos. Tú acertaste en lo que dijiste de la ceguera de origen histérico. Es algo que la mente no puede mantener durante mucho tiempo. La tuya terminó, probablemente, unos días o unas semanas después del accidente, nunca lo sabremos con exactitud, y tu cerebro empezó a recibir imágenes que le enviaban tus ojos, como debe ser. Por desgracia, no quiso recibirlas y les volvió la espalda, como si al llegar las imágenes las hubiese ocultado de inmediato en un álbum de recortes indeseados. ¿Me entiendes? Nunca en mi larga carrera había encontrado un caso como éste, pero imagino que habrá algunos que estén documentados.
Ella empezó a temblar sin poderse controlar y cuando por fin llegaron las lágrimas dieron salida a aquel oscuro y horrible dolor que la había acompañado durante aquellos años.
El galeno la abrazó con amabilidad hasta que pasó aquel momento.
—¿De verdad creíste que estabas fisiológica y permanentemente ciega?
Ella afirmó con la cabeza contra su pecho, y luego se separó.
—Creo que esto es peor —murmuró—. Me siento como una

charlatana, como una impostora. ¡Durante estos años no he estado ciega, pero no podía ver! —su voz se perdió en otro ataque de sollozos.

—La ceguera existe, Cassie. Por lo menos aquí hay una oportunidad de que puedas volver a ver. Lo único que tienes que hacer es abrir la puerta que tu mente cerró hace años y ésa puede ser la parte más difícil. Es obvio que tu cerebro cree que lo que hay detrás de esa puerta es peor que la vida en la oscuridad. Eso corresponde al doctor Field.

Su labio inferior tembló y parpadeó para quitar las lágrimas que brillaban en las comisuras de sus ojos. El la miró con satisfacción.

—Ven conmigo —le pidió con amabilidad y la llevó a un cómodo sofá junto a la puerta—. Siéntate aquí por un momento. Relájate, voy a reportar lo que he encontrado al doctor Field y él vendrá a recogerte.

A recogerla. Como a una bolsa de desperdicios.

—Doctor...

—¿Sí?

—Me siento... un poco como un... lo siento, no sé exactamente cómo explicarlo. Como si hubiese caminado enyesada durante dieciocho años y acabara de descubrir que mi pierna nunca estuvo fracturada. No estoy segura de qué puede ser peor, si saber que en realidad no necesitaba el yeso o admitir que nunca lo necesité. ¿Le parece que tiene sentido lo que digo?

—Perfectamente.

—Quizá me ayudaría saber que no es tan... poco usual.

—En los próximos días me dedicaré a investigar, Cassie. Le informaré al doctor Field si... cuando encuentre un caso similar. Pareces muy triste para una chica ciega que acaba de saber que puede volver a ver. Anímate, apenas estamos empezando.

Le dirigió a aquel doctor una débil sonrisa que desapareció en el momento en que la puerta se cerró. Pensaba en otra puerta, la que su mente cerró hacía casi veinte años... y se preguntaba qué horrores ocultaría.

—Eso es, en pocas palabras, Wyatt. Nunca he visto un caso como éste —el doctor Franklin se reclinó en el enorme sillón de piel que ocupara durante los últimos ocho años.

Wyatt estaba de pie frente al escritorio del doctor Franklin con la vista fija en un punto distante, más allá de la ventana.

—¿Estás seguro de que no ha fingido?

—¡Oh, Wyatt! No he conocido a un hombre más escéptico. Me asombra que tengas éxito con esa actitud. ¿Cómo te soportan tus pacientes?

Wyatt sonrió ligeramente y bajó la vista para mirar a Franklin a los

ojos.

—Quizá mis pacientes tienen éxito por mi forma de ser, no a pesar de ella. Hay suficiente simpatía y compasión de tu parte aquí. Tú haces que parezca agradable ser ciego, yo quien enfatiza lo desagradable, ¿recuerdas?

—Conozco la filosofía, Wyatt. No tienes que sermonearme. Sólo que odio tener que entregarte a esos inocentes, es todo. Salen de mi oficina para pasar dos semanas de infierno contigo. No, no lo digas. Ya lo sé. La humillación, la exagerada disciplina que ejerces, es necesaria. Y lo peor es que funciona. Los vuelves fuertes, independientes, seguros de sí —juntó los dedos y lo miró, distraído, caminar de un lado a otro —. Lo único que temo es que haya un alumno sin el valor suficiente para soportarlo. Alguien que haya estado tan protegido, tan amparado, que en lugar de luchar contra ti y de conquistar sus temores, se derrumbe y temo que Cassie Winters puede ser esa persona.

—Es más fuerte de lo que crees. Todos lo son.

Franklin bajó las manos y evaluó al joven que estaba frente a él, tratando de encontrar, como siempre, algún indicio de emoción oculta detrás de aquellas facciones fuertes. Una vez más, no lo encontró.

Había llegado a tenerle cariño a Wyatt en los ocho años que habían trabajado juntos, y pensaba en él como el hijo varón que no tuvo, incluso deseó que su hija conquistara a aquel joven enigmático. Pero Marianne se alejó del ramo de la medicina tanto como le fue posible. Se casó con un ingeniero especialista en petróleo que pasaba tres de cada cuatro meses en medio del Atlántico en una plataforma, enviando a casa enormes cantidades de dinero, pero ningún nieto.

"Wyatt Field es el hombre más frío que he conocido, papá", le dijo Marianne después de verlo por primera vez. "No puedo imaginar cómo has llegado a admirarlo tanto". Franklin se había hecho la misma pregunta. Nunca hubo la menor demostración de afecto entre los dos. No obstante, a través de sus esfuerzos conjuntos, muchos de los que se habían graduado en Windrow lograron adaptarse a su mundo de oscuridad y los logros de los dos médicos habían fomentado un cálido lazo profesional de respeto que crecía sin necesidad de alguna expresión física o verbal.

—Matt...

Estudió el rostro de Wyatt, maravillado de que un hombre tan impaciente como él se mantuviera relativamente apartado de los intentos de persuasión de las mujeres que lo rodeaban. "Es el hombre más hermoso que he visto", había comentado su esposa Katy cuando lo conoció hacía algunos años.

—Matt.

Se sorprendió, luego sonrió tímidamente.

—Lo siento, Wyatt, pensaba en otra cosa...

—Siempre lo haces. Bien, ¿hay algo más que deba saber acerca del cordero que vamos a sacrificar?

—Mucho más, diría yo. Pero su historia personal está casi en blanco y el psiquiatra que la trató hace diez años no puede dar información. Lo único que me confió por teléfono fue que logró saber muy poco de ella. El piensa en el caso de la señorita Winters como su más rotundo fracaso.

—¿Quién es el doctor?

—VanDemeir.

Wyatt alzó las cejas.

—No te sobresaltes, Wyatt. Es el mejor que hay en la ciudad de Nueva York, y tú lo sabes.

—A razón de cuatrocientos dólares la hora, debe ser el mejor.

—Creo que aquí aplica aquello de "el comal le dijo a la olla", Wyatt. Si desglosas lo que cobramos aquí por el curso, la cifra es similar.

El joven psiquiatra apretó los labios.

—Cálmate —le dijo riendo el doctor Franklin—. Fue sólo un comentario. Yo sé que tú no fijas aquí las tarifas y también sé de tus casos de caridad, a pesar de los esfuerzos que haces para ocultarlos. Eso fue lo único que me convenció de que no eras un monstruo.

Field aparentaba inocencia y el doctor Franklin ignoró su simulación.

—No trates de decirme que Martin Hausmeyer pagó por su estancia aquí. Los maestros de escuela primaria no ganan lo suficiente para pagar un curso en Windrow.

—¿Qué te hace pensar que yo lo ayudé? —preguntó Wyatt.

—Desde que viniste a trabajar aquí, hemos tenido por lo menos dos alumnos al año que no hubiesen podido pagar ni siquiera un semestre en la Universidad. Alguien cubrió la deuda, todos lo sabíamos, aunque nunca supimos quién era. Al fin Hausmeyer resolvió el misterio. El me lo confió.

El rostro de Wyatt se volvió sombrío con la ira contenida.

—No lo culpes, Wyatt. Después de todo, fue culpa tuya. El es un hombre íntegro, orgulloso. Quería pagarte, pero tú no lo aceptaste. Ha firmado para que tú recibas la mitad de los intereses de todos sus activos en caso de que muera antes que te acabe de pagar. Quería que lo supiera alguien cercano a ti.

—Eso es absurdo. Hausmeyer es un hombre joven. Además, ¿qué haría yo con ese dinero?

—El cubrió todas las eventualidades. Quería que su deuda quedara pagada en caso de algún accidente inesperado. Y no le importa el hecho de que tu riqueza te permite prescindir de ese dinero. Para él,

es una deuda y la pagará. No es una vergüenza ayudar a personas menos afortunadas, Wyatt. No sé por qué tú te empeñas en ocultarlo.

—Aparte de ti, ¿quién más está enterado?

—Nadie. Y no me pidas que te prometa no divulgarlo. De antemano, tienes mi promesa.

Esperaba una maldición con voz baja, pero Wyatt se calmó y sonrió.

—Es hora de que me vaya a trabajar, Matt —le dijo finalizando la conversación—. Hazme saber si descubres algo similar al caso de la chica Winters, ¿lo harás? Y dale mis saludos a Katy.

—No te olvides de la cena el viernes.

—No me olvidaré —se dirigió a la puerta de la oficina, luego se detuvo volviéndose a medias para mirar al doctor Franklin—. Gracias.

Matthew sonrió con afecto cuando Wyatt le volvió la espalda para salir. El chico trabajaba demasiado, era en lo único que pensaba. Franklin se preguntaba, una vez más, como lo había hecho cientos de veces, qué fuerzas misteriosas impulsaban a aquel hombre.

Cassie escuchó que se abría la puerta y de inmediato supo, a través de una docena de receptores sensoriales, que Wyatt Field había ido a "recogerla".

—Hola, doctor Field —le dijo con voz baja. Se preguntaba si su rostro aún mostraría los estragos de su desahogo emocional.

—Señorita Winters —contestó bruscamente—. Venga conmigo, por favor.

Se puso de pie y se quedó donde estaba, esperando en vano que él la tomara del brazo. Entonces, se volvió lentamente caminando a lo largo del sofá hacia donde había escuchado la voz de él y se detuvo cuando llegó a su lado.

—¿Adónde vamos?

—A caminar. Saldremos de la clínica por la puerta del frente, vamos a desandar el camino que siguió al llegar aquí...

—¡No presté atención a la forma como entré! Maggie me ayudó.

—... luego cruzaremos el patio hasta la fuente central, luego tomaremos por la izquierda hacia el oeste y como a un kilómetro hay un arroyo, usted podrá escucharlo al acercarse y hay un banco en la base de un viejo roble. Allí nos sentaremos y hablaremos. La primera plática de varias.

—Parece perfectamente idílico —dijo sarcástica—. Qué manera de pasar una tarde de verano.

—Yo pensé lo mismo. Usted me guiará.

—¿Qué yo qué? Sea más serio.

—Yo siempre soy serio, señorita Winters, siempre.

Giró alejándose de él y cruzó los brazos.

—Olvídelo. No estoy dispuesta a salir tropezando para satisfacer su perverso sadismo. ¿Quiere sentarse junto a un arroyo toda la tarde? Muy bien. Usted me dirige o vaya solo.

El puso las manos en sus hombros antes que hubiese terminado de hablar y la volvió para quedar con la cara frente a él.

—Esto no es un concurso de voluntades, señorita Winters. Ni uno de los juegos de su alta sociedad, donde fingen timidez y les gusta que las mimen.

Se quedó parada, con la boca abierta.

—Aquí no hay ningún concurso —continuó él—. Durante las próximas dos semanas, mi voluntad no sólo será la única, también será inviolable. Usted hará lo que yo le diga, cuando yo lo diga y no malgastaré su dinero ni mi tiempo. ¿Está claro?

—Doctor Field, he decidido no seguir en Windrow. Tendrá que buscar otra diversión para las próximas dos semanas. Me iré esta noche.

—¿De veras? —le dijo él con burla.

Ella afirmó con la cabeza, agradeciendo, por primera vez en veinte años, no poder ver la expresión de un rostro.

—Cree que por haber descubierto que su ceguera no es física, puede curarse sola. ¿Es por eso? Y que no tiene objeto aprender a ser una persona ciega independiente, si va a recobrar la vista. ¿Me equivoco?

—Algo así —replicó ella con altanería.

—Permítame recordarle, señorita Winters, que ha tenido dieciocho años para curarse sola, y no le ha resultado, ¿verdad? ¿Qué es, exactamente, lo que intenta hacer? ¿Irse a casa, sentarse en esa tumba que ha creado en Park Avenue y dejar que la mimen y la protejan hasta que no quede seña de Cassie Winters? ¿Y usted cree que en esa clase de ambiente, desperdiciando su vida hasta llegar a ser completamente inútil, va a recuperar la vista? —la sacudió por los hombros—. ¡Pues no va a funcionar! ¡Eso es lo que la ha hecho ser como es!

La empujó con rudeza y bajó las manos. Ella dio un paso atrás, asombrada por la vehemencia de su voz y de sus actos, sacudida por la posible verdad de sus palabras.

—¡Yo no entiendo a la gente como ustedes! —dijo con desdén, y extrañamente, Cassie recordó a Helen—. ¡Felices en sus jaulas de oro! La idea de ser libres, resulta aterradora, ¿verdad? Ser responsables de su vida, de sus actos, los hace temblar de miedo. Pues bien, yo veo a través de usted, señorita Winters. No es que usted no crea necesitar a Windrow, teme lo que podamos lograr. Podríamos descubrir el demonio que la ha mantenido ciega... y no se puede arriesgar. No puede enfrentar la responsabilidad de su vista. Es demasiado seguro,

cómodo… ser rica y estar ciega.

Sólo el impacto que recibió con aquellas palabras impidió que estallara en llanto. Deseaba decirle que no había ninguna fortuna, ni un futuro de lujos y que no habría penthouse en Park Avenue cuando se venciera el contrato de arrendamiento en seis meses más. Pero sentía cierta satisfacción al ocultárselo. Le parecía que la única ventaja que tenía era guardar un secreto, sólo uno, de aquel hombre duro y cruel que sondearía cada una de las facetas de su vida dentro de las próximas dos semanas… era su única protección. Ahora sabía que tenía necesidad de Windrow y que lo necesitaba a él. Reconocía que era tiempo de aprender a ser ciega. Había perdido mucho tiempo.

Aspiró profundamente y cerró los ojos, encontrando una cierta paz en aquel gesto, aunque el mundo era igual de oscuro.

—Si se quita de mi camino, doctor Field, intentaré encontrar la salida de este edificio —le dijo serenamente—. También trataré de encontrar el arroyo y si por algún milagro llego a acercarme, lo único que le pido es que evite que caiga en él.

El la miró a la cara con asombro. No se había dado cuenta de cuán importante era para él hasta el momento en que ella aceptó el reto. La intensidad de su emoción lo sorprendió. Creyó que la había perdido, que éste sería su primer fracaso cuando ella, en unos segundos, había cambiado por completo. El nunca había podido aceptar un fracaso.

Dio un paso al lado y miró a Cassie de perfil, respetaba la decisión detrás de aquella belleza de sus delicadas facciones.

—Camine, señorita Winters —le dijo con voz suave—. Yo estoy exactamente detrás de usted.

El sonido de sus pasos le indicaba que el vestíbulo de la clínica era ancho y que estaba desocupado. La amplificación del sonido le señaló que llegó a un corredor y dio vuelta a la derecha automáticamente, sintiéndose complacida de su elección. Registraba en su cerebro la forma de entrar y salir del edificio. Todo lo que tenía que hacer era relajarse y memorizar. Sus pasos eran lentos y vacilantes, tenía que esforzarse por mantener las manos extendidas con los brazos doblados en el codo, como le había enseñado Maggie.

—Siempre protegemos nuestra cabeza, nuestro rostro —le comentó él. Iba a medio paso, detrás de ella y hacia su izquierda—. Es sólo por instinto, para proteger los ojos.

Había notado su lucha por mantener las manos abajo.

—Lo irónico de eso es que los ciegos no tienen ojos que proteger y sufren casi todas sus heridas en las piernas. Pero también el instinto puede ser ciego. Tenemos que enseñarla a combatirlo.

Se paró en el tapete de hule que estaba en la puerta de entrada y escuchó las puertas corredizas que se abrían ante ella; en ese momento creyó que se le iban a doblar las rodillas y caería al suelo. Se detuvo

en seco, se mordió el labio inferior y luchó por contener las lágrimas.

—No se preocupe —le dijo él, animándola—. Las puertas permanecerán abiertas. Puede usted salir.

Pero no era eso. ¡Acababa de salir por sí misma de un edificio desconocido! Ninguna mano la había guiado tomándola del codo, ninguna palabra que la hubiese guiado. Nada, únicamente Cassie Winters y sus sentidos que operaban, sin apoyarse en nadie. El logro era abrumador, el triunfo era dulce y era sólo de ella. Sabía que no significaba nada para Field, pero para ella era el principio y aquellas puertas que se abrían ante ella se abrían a una nueva vida.

# Capítulo 4

La confianza que había sentido se evaporó una vez que estuvo fuera del edificio y fue presa del miedo común a todos los ciegos: el terror a los espacios abiertos. Sin paredes que tocar para que les repercutan los sonidos, no tienen puntos de referencia y se desorientó de inmediato. Se quedó paralizada cuando salió y Wyatt sabía que no iba a dar un paso sin que la ayudara.

—Sería sensato que tuviera precaución —le dijo acercándose a ella —. Sobre todo afuera, donde hay triciclos, cortadoras de pasto, rastrillos de jardín y otras trampas mortales esperando en todo el mundo.

Ella rió, nerviosa.

—Afuera casi siempre necesitará dirección, no debe darle vergüenza. Sólo camine lentamente. Ahora estamos probando su sentido de la orientación y no su habilidad para percibir obstáculos. Eso vendrá después. Yo le advertiré si está en peligro de chocar contra un árbol. Confíe en mí.

—Creo que ya me había dicho eso antes.

—Y lo repetiré una y otra vez. Es lo más importante que debe aprender una persona ciega... y lo más difícil, confiar en un bastón, en un perro, en sus sentidos o los de otra persona que trata de ayudarle. Nunca se sentirá segura si no adquiere esa seguridad. Ahora, empiece a caminar.

—No estoy vestida para caminar por el campo —dijo con voz baja, poniendo un pretexto por primera vez.

El miró rápidamente de arriba abajo, su traje azul de lino, notando un poco divertido, el alto cuello de su blusa de seda, el corte de su larga chaqueta. Quien fuera que atendía a esta mujer en su casa, era obvio que lo había hecho durante años y aún pensaba que era una jovencita. Su ropa ocultaba todas las líneas de su cuerpo.

—No es al campo donde vamos —contestó con impaciencia—. Windrow tiene un gran terreno de césped bien cortado. Usted no caerá en ningún nido de ardillas ni tropezará con zarzas. Esta tarde hace calor, y es probable que quiera dejar su chaqueta.

Puso las manos instintivamente en las solapas y los cerró aún más. Él lo esperaba. Hasta la ropa era parte del síndrome de defensa del ciego. Cuantas más cosas hubiera entre ellos y lo desconocido, más seguros se sentían.

Ella aspiró profundamente y comenzó a caminar, vacilante, bajando los escalones hacia donde escuchaba el ruido de la fuente.

Después de lo que a ella le parecieron varios kilómetros y que en realidad sólo habían sido cien pasos, Cassie estuvo lo suficiente cerca

para sentir unas gotas de agua en su rostro y sonrió con satisfacción. Se acercó más y más al sonido del agua que la salpicaba hasta que tocó con su pie la base circular de concreto de la fuente, luego buscó con sus manos el borde. Era más alto de lo que había pensado y pudo meter las manos en el agua fría sin tener que inclinarse. Alzó la cabeza y dejó que el rocío salpicara su rostro y rió, alegre.

Wyatt sonrió.

—¿Sabe usted nadar?

—Solía hacerlo cuando era niña —le contestó, distraída—. Hace muchos años que no lo intento.

—Pronto lo hará. Eso será la próxima semana, cuando confíe un poco más en mí.

Ella alzó la cabeza, alarmada, y dejó de sonreír.

—No se muestre tan preocupada —le dijo él, riendo—. Le prometo no arrojarla hoy al arroyo.

Parpadeó, escéptica, luego se volvió a la izquierda en lo que ella esperaba que fuera el oeste. No hablaron mientras ella caminaba con lentitud a través del césped. Necesitaba de un silencio absoluto para concentrarse en su primer recorrido por territorio virgen, aguzaba los oídos para captar cada sonido, localizando los arbustos por el susurro de su follaje al moverse con la ligera brisa percibía la cercanía de los árboles por el aleteo de los pájaros y por el roce de las ramas al chocar, arriba de ella.

El terreno se inclinaba ligeramente, siendo más esponjoso bajo sus pies y escuchó, antes que Wyatt, el correr del agua entre las piedras.

—Qué sonido tan encantador —murmuró deteniéndose a escuchar.

—¿Cuál?

—El del arroyo, por supuesto.

Entreabrió los labios y sonreía mientras escuchaba, en su rostro se proyectó una serenidad que él no había sentido nunca. El aclaró su garganta.

—Usted da pasos más largos con el pie izquierdo que con el derecho. Eso la hace girar hacia la izquierda. Tiene que rectificar para encontrar el banco del cual le hablé. Está en línea directa de la fuente.

Se esfumó su serenidad y sus facciones se endurecieron cuando comenzó a moverse hacia la derecha. El sonido del agua se intensificó y Wyatt la observó con cuidado mientras ella se acercaba más y más al banco. De pronto se detuvo.

—El roble está allí —señaló con el dedo.

El alzó las cejas, asombrado.

—¿Cómo supo que éste era?

Ella arrugó la nariz.

—Es el único al cual nos hemos acercado y si camino un poco más, estaré en el agua.

—¿Puede oler un roble?

—Mi padre era aficionado a la horticultura.

—Entiendo.

—¿Y bien?

—Y bien, ¿qué?

—¿No me va a ayudar a llegar al banco?

—Por supuesto que no.

—¡Maldición! —golpeó el prado con un pie.

Giró, alejándose del médico, su cabello flotaba como un pálido torbellino, arrojó los zapatos con una fuerza que los envió dando vueltas por el aire frente a ella. Se dejó caer sin delicadeza en el césped.

—Arrojó sus zapatos —le dijo él con una leve sonrisa.

—¿Y qué? —contestó en una postura desafiante e infantil.

—Que le va a ser difícil encontrarlos.

Ella oprimió los labios y cerró los ojos, contando mentalmente hasta diez. Lo peor de todo era que se había dado cuenta de su error al instante. Aquí no había ninguna señora Carmody que recogiera sus cosas.

—Los hallaré sola.

—Ya lo creo. Algunas veces hemos visto víboras en Windrow.

Se puso de pie al instante, de un salto, con los ojos muy abiertos y movió la cabeza como si escuchara al reptil deslizarse por el césped. Escuchó la risa de él y se volvió, furiosa.

—¡Muy bien! ¡Encontraré el maldito banco! —caminó hacia el tronco del árbol de rodillas, con las manos extendidas, hasta tocar el tronco sólido. Se lastimó un nudillo y lo llevó a la boca, frunciendo el ceño, luego se sentó en las tablas que estaban alrededor de la base del roble.

Wyatt sonrió con satisfacción y fue a sentarse junto a ella.

—Mis medias se arruinaron —murmuró la chica, tocando los raspones de sus rodillas.

—Usted puede permitirse ese gasto.

—No puedo... —comenzaba a explicar, luego se arrepintió—. Nadie debe despilfarrar.

—La próxima vez, en lugar de arrastrarse de rodillas, camine.

Golpeó con su pequeña mano el espacio que había en el banco entre ellos, disfrutando del fuerte sonido, satisfecha del ardor que sintió en la palma de su mano.

—Supongo que está usted acostumbrado a que lo odien.

—Sí.

—Y no le molesta en lo más mínimo.

—Absolutamente.

Se volvió hacia él, quien la estudiaba, memorizando cada detalle.

Llegaba a familiarizarse con cada uno de los matices de la expresión que los rostros revelaban, al grado que podía anticipar los pensamientos de sus alumnos sin que ellos se dieran cuenta.

Cassie era tan perfecta que él sentía el impulso de extender la mano y tocarla para asegurarse de que era real. El azul de sus ojos era como el cristal, uniforme e inalterable. Un ligero rubor teñía los pómulos prominentes hasta tocar su nariz, cuyas alas se ensanchaban cuando se enojaba, y se encogían ligeramente cuando se sentía frustrada. Sus labios eran carnosos y sensuales, se curvaban en una sonrisa sutil similar a la de la Mona Lisa, disimulándose en una línea cuando estaba molesta o frunciéndose en un gesto de niña que lo hacía sentir un nudo en el pecho. Se decía que esto era sólo parte de su trabajo, estudiar al paciente con detenimiento. Sin embargo, nunca había conocido a una mujer a quien deseara tocar.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó ella sospechosa de su silencio.

—Mirando su rostro —le contestó con sinceridad.

—¿Cómo le parezco?

—Dígamelo usted.

—No, quiero saber cómo le parezco a usted.

El rió un poco.

—¿Me permite que lo toque? —le preguntó de súbito.

—Por supuesto —era una petición común.

Cassie se arrodilló frente a él.

—¿No se lastima en esa posición?

—Es una extraña pregunta de un hombre que ha esperado con ansia que me caiga de bruces, todo el día.

El sonrió hasta que ella tocó su pecho. Cassie subió las manos y las colocó a cada lado de su rostro, luego se quedó quieta. Esto era diferente al rápido recorrido de sus dedos en el examen precipitado que le había hecho antes, enfrente de Maggie, y esa diferencia lo incomodó.

Ella movía los dedos casi con languidez, en círculos suaves por la frente, en las sienes, con sus pulgares recorrió los dos lados de su nariz deteniéndose después para pasar por la barba incipiente. Permanecía con los ojos abiertos y fijos en el rostro varonil, que mostraba desconcierto. Parecía que aquel suave toque fuese insuficiente. Por lo regular, sus pacientes mantenían los ojos cerrados durante este procedimiento, concentrando sus percepciones sensoriales en la yema de los dedos.

Nervioso, pasó la lengua por sus labios cuando los dedos de ella pasaron por sus labios, y Cassandra rió al percibir aquella sensación. Sintió que el calor le subía por el rostro y vaciló antes de trazar el contorno de los labios con un dedo. El permanecía con los ojos fijos en

su cara, que sólo reflejaba asombro mientras seguía la forma de su boca, primero con un dedo, luego con otro, luego con todos a la vez. Tomó el grueso de su labio inferior con una leve presión de su pulgar y de pronto Wyatt sintió necesidad de aspirar más aire. Inhaló con fuerza y Cassie sintió el suave tejido de la parte interior del labio con la punta de su pulgar, y sus propios labios se abrieron en una reacción automática.

De inmediato Wyatt se puso rígido. El toque de la chica era increíblemente sensual y su inocencia, genuina. No tenía idea de lo que estaba provocando en él.

Bajó las manos para pasarlas por su cuello, luego las llevó a los hombros, deslizándolas para presionar los bíceps, después continuó su recorrido hacía las manos, que él abrió antes que ella sintiera sus puños apretados. El doctor se estremeció cuando la chica le palpó la palma y se puso tenso al tocarle ella los muslos.

—¿Qué sucede? —preguntó al sentirlo tenso.

El se humedeció los labios y trató de mantener firme la voz.

—Nada, es que nunca me habían hecho un examen tan minucioso.

—¿Qué quiere decir? De seguro estará acostumbrado.

El reprimió el impulso de aclarar su garganta.

—Los pacientes... limitan su inspección a mi rostro.

—Eso es absurdo —le dijo con naturalidad, pasando las manos en los rígidos muslos—. También tiene un cuerpo, no sólo rostro y brazos. ¿Cómo podía saber cómo era usted?

La chica continuó hacía las pantorrillas y al final los pies. Allí se detuvo, para alivio de él. Retiró las manos y rió con franca alegría, sentándose sobre sus talones.

—¿Qué le causa gracia? —preguntó disgustado.

—Es que es extraño que un psiquiatra use zapatos tenis, es todo.

Wyatt se sintió incómodo y respondió con una irritación exagerada.

—¿Cuál es la imagen que tiene de un psiquiatra?

Las manos de ella subieron a su rostro y él retiró la cabeza.

—¿Qué hace? —inquirió irritado.

—Trato de sentir cómo es cuando está enfadado —le contestó con tranquilidad, tirando su cabeza hacia ella.

Su rostro estaba muy cerca del de él, quien pensó que esto era demasiado. Con fuerza tomó las manos de la chica y las quitó de su cara. El rostro de ella mostró desconsuelo y Wyatt apretó los dientes. Luego, sin haberlo planeado o darse cuenta de lo que hacía, soltó una de sus manos y puso la suya en la nuca de Cassie, acercándola contra su pecho para cubrir sus labios entreabiertos con los de él, tratando en vano de sofocar el violento palpitar de su corazón.

Al principio ella hizo la cabeza hacia atrás, pero después movió

ligeramente los labios bajo los de él, indecisa, como si experimentara una sensación desconocida. El gimió y apartó los labios con un violento giro de su cabeza. Wyatt escuchaba el sonido apresurado de su respiración entrecortada y cerró los ojos con fuerza.

—¡Maldición! —dijo con voz baja y luego más fuerte—. ¡Maldición!

Ella se apartó de él, titubeante, se levantó del banco, descontrolada y se quedó inmóvil, esperando lo que vendría después.

"Muy bien, Cassie", se dijo en silencio, "¿cómo vas a manejar esta situación? Finge que tienes experiencia, que eres una mujer normal, de veinticinco años, que ha salido con otros, que te han besado, no cientos sino miles de veces. Y que conoces a los hombres. Que sabes cómo trabaja su mente. Y ahora, ¿qué debes hacer?".

Escuchó el movimiento de sus pantalones que rozaban el banco de madera, pero no sabía que se había enderezado y la miraba fijamente como si fuera un enemigo contra quien estaba obligado a luchar.

Cuando por fin habló su voz fue cáustica.

—Siéntese, señorita Winters.

La llamó señorita Winters. ¿No debería llamarla Cassie?

Dudó, luego se sentó junto a él. Wyatt notó su confusión y luchó contra la furia que lo consumía. Era la primera vez en su vida profesional que había perdido el control, y se daba cuenta, con amargura, de que podía haber puesto en peligro la relación doctor-paciente.

—¿Qué está pensando? —le preguntó, tratando de que su voz fuera profesional y objetiva.

—Lo que usted debe esperar —contestó con voz temblorosa.

—Esa es una respuesta con maña.

—Fue una pregunta con maña.

El sonrió ligeramente.

—Entonces, seré más específico. ¿Qué piensa usted de mí, señorita Winters?

Ella aspiró profundamente.

—¡No sé qué pensar de usted! Primero, se muestra arrogante, ofensivo y sádico; después... —su voz se desvaneció en un murmullo —, y después me besa como lo hizo... —encogió los hombros y se mordió el labio inferior.

—Lamento haberla confundido —le dijo con amabilidad—. No fue mi intención. Mi tarea aquí es fortalecer su confianza, no destrozarla.

De inmediato Cassie se sonrojó. Así que sólo fue parte del tratamiento. Besar a las chicas ciegas, hacerlas sentir deseables para fortalecer su confianza a fin de que crean que son algo especial.

Oprimió sus ojos con los puños y movió la cabeza, demasiado lastimada para poder hablar.

"Tienes que desconfiar de los hombres, Cassandra", las palabras de su padre llegaron a su mente. "Tú, más que otras mujeres, porque serás objeto de lástima".

"Qué razón tenías, padre", pensó al recordarlo.

Reprimió la amarga sensación de desengaño, y en su lugar, sintió ira. No sabía qué era peor, que la besaran por lástima o como parte de una táctica psiquiátrica.

—Y bien, señorita Winters, ¿está lista para continuar?

"Pregunta si estoy lista para continuar, ¡como si nada hubiera pasado!".

—Apenas puedo esperar —le dijo con amargura—-. ¿Pasamos de los besos, directamente, a la escena de la violación, o hay otros preliminares?

Apareció una arruga profunda entre las cejas de él.

—Me parece que está reaccionando de manera exagerada, señorita Winters...

—¡Por supuesto que sí! —gritó—. ¡Los locos siempre reaccionan de forma exagerada! Y yo estoy loca, usted lo sabe, soy la chica con una vista perfecta que cree estar ciega, ¿recuerda?

—No es así. Usted es la chica con una vista perfecta que ha elegido ser ciega. Empiezo a creer que lo disfruta.

Ella contuvo el aliento y se maravilló ante lo profundo de su crueldad, y se dejó llevar por la abrumadora necesidad de castigarlo, de herirlo.

—¿Puedo volver a tocar su rostro, doctor Field? —le preguntó con tranquilidad, volviéndose hacia él.

—Adelante —contestó poniéndose tenso, tratando de descifrar los inconstantes humores de esta joven extraña.

Encontró su mejilla con los dedos de la mano izquierda y con esa mano como blanco, y para no desviarse, con la palma de la mano derecha le dio una bofetada resonante que rompió la quietud de la tarde.

—Nadie disfruta siendo ciego, doctor Field —le dijo con voz baja, limpiándose las palmas de las manos en el frente de su falda.

El abrió los ojos, sorprendido ante la fuerza del golpe inesperado. Apretó los dientes hasta dolerle la mandíbula y se propuso mantener las manos quietas. La voz de él rompió el silencio y ella respiró, aliviada.

—Jamás vuelva a intentar hacer eso, señorita Winters —las palabras eran cortantes y no auguraban nada bueno—. No tengo ningún escrúpulo en poner sobre mis rodillas a las chicas ciegas y ricas. Y no hay alguien aquí para que la libre de tal afrenta.

Se levantó lentamente del banco, todavía le ardía la mejilla. Ella se sobresaltó cuando escuchó que se ponía de pie, sus piernas estaban

tensas y listas para huir.

—La espero en la cena —su voz se escuchaba muy lejos y ella se asustó—. La espero con los zapatos puestos.

—¡Espere! —gritó, desesperada—. ¡Espéreme! —sus manos se agitaban, sentía pánico y cayó de rodillas, buscando a gatas sus zapatos—. ¡Doctor Field! —gritaba—. ¡No los encuentro!

Lo escuchó reír y se sentó en cuclillas, pasmada, sin creer que la había dejado sola. El asombro fue suplido por una ira indignante que se convirtió en odio.

Se inclinó para darse a la tarea de buscar sus zapatos, extendiendo las manos con movimientos largos y metódicos. En ese momento no deseaba más que encontrarlos y regresar a su dormitorio, sería un triunfo que arrojaría a la cara del doctor Field con la misma satisfacción que experimentó al darle aquella bofetada.

Pero el miedo verdadero estaba aún por llegar.

# Capítulo 5

Maggie estaba apoyada en la barandilla del pórtico, con la vista fija en dirección al arroyo. Suspiró aliviada cuando vio la alta figura de Wyatt que se acercaba, luego oprimió los labios al descubrir que iba solo.

—¿En dónde está Cassie?

—Está junto al arroyo buscando los zapatos que arrojó en un arranque de cólera.

Maggie abrió mucho los ojos, incrédula.

—¿La dejaste allá, sola? ¡No puedes hacer eso!

—Ya está hecho.

—Pues lo voy a deshacer. Voy por ella.

Maggie bajó los escalones, nerviosa y decidida, y sólo la fuerza del brazo de Wyatt impidió que corriera hasta el arroyo.

—Dale una oportunidad. Es más fuerte de lo que tú crees, más fuerte de lo que ella supone y ésta es su primera prueba verdadera. Lo logrará si tú no lo arruinas, necesita hacerlo por sí misma.

—¿Y si cae al arroyo? ¿Si se abre la cabeza, o se rompe un brazo? Nunca habías dejado solo a un alumno, te quedabas a una distancia donde lo pudieras observar.

—Eso no resultaría en el caso de ella. Es demasiado perceptiva, detectaría mi presencia.

Maggie lo miró con desconfianza.

—Eres muy duro con ellos, Wyatt. No existe un indicio de compasión en ti y creo que Cassie la va a necesitar.

—Dices lo mismo que Matt. ¿Necesita compasión? Eso te corresponde a ti, no a mí.

—Este es su primer día. ¿Por qué forzarla? Tienes tres meses para ello.

—Te equivocas. Sólo cuento con dos semanas y es todo lo que necesito para penetrar en su cabeza... tiempo para estar solo con ella. Además, Cassandra es diferente, Maggie. No sólo le estoy enseñando cómo ser ciega, tengo que lograr que vea.

—¿Aunque la destroces? —Maggie frunció el ceño.

—Eso es exactamente lo que me propongo.

Estaba a punto de protestar, pero la detuvo un parpadeo de advertencia en los ojos de él. Hacía mucho tiempo que había aprendido que ninguna de sus apasionadas súplicas alterarían sus duros métodos.

Emitió un pequeño sonido de impotencia y se sentó en los escalones.

—Eres implacable, Wyatt, no tiene objeto hablar contigo.

—La bondad no cura todas las heridas, Maggie —le dijo con amabilidad, sonriéndole—, sobre todo si son muy profundas. ¿Cuándo aprenderás a confiar en mí?

—Iniciamos un combate que durará las dos semanas próximas. Más vale que tomemos cada uno nuestra esquina.

—Como quieras —le dijo divertido y se sentó junto a ella.

Maggie lo miró con una mezcla de cariño y exasperación. Era un hombre solitario, con un genio tan negro como una noche sin estrellas y un corazón enterrado a tal profundidad que era imposible tocarlo. Suspiró.

—Puede ser una espera muy larga, Maggie —le dijo con indiferencia, mirando hacia el terreno en que se encontraba el arroyo.

—Tengo tiempo suficiente —contestó siguiendo su mirada—. Todavía soy joven.

Mientras que Maggie y Wyatt esperaban con paciencia, a medio kilómetro de distancia Cassie buscaba, bajo la sombra del viejo roble, su segundo zapato. Le había sido fácil encontrar el primero, pues cayó en el lugar donde lo arrojó, al hallarlo lo abrazó contra su pecho en un gesto de triunfo. Pero en cuanto al otro, parecía una misión imposible. Sintió que sus medias se rompían con las ramas y los guijarros que se enterraban en sus rodillas.

Su búsqueda la acercaba más y más a la orilla del arroyo y estaba al borde del llanto.

—¡Maldición! —exclamó con voz alta y se sentó en cuclillas.

No era justo. ¿Qué sabía el todopoderoso doctor Field, lo que era estar ciego? ¿Cómo se atrevió a dejarla sola, con la orden imperial de que encontrara sus zapatos, sabiendo que sería imposible?

Se puso de pie con esfuerzo, todavía aferraba el zapato, y al retirar un mechón de su cabello de su mejilla se dio cuenta de lo desaliñada que debía estar. Sacudió con ira el frente de su traje preguntándose si con eso eliminaba las huellas de que anduvo a gatas durante la última media hora.

De pronto, la perspectiva de enfrentarse a él sólo con un zapato, era inaceptable. Volvió a ponerse a gatas con renovada decisión y empezó a buscar de nuevo. Nunca se le ocurrió la posibilidad de que el terreno suave cediera bajo el peso de su cuerpo, y cuando sucedió, estaba desprevenida. En un minuto sus rodillas estaban fijas en suelo firme y en el siguiente ya no había suelo y sus pies se agitaban contra la base que se desmoronaba hacia el agua. Se aferró con desesperación a la orilla de la ribera, arriba de ella.

No había manera de saber qué tan alto estaba del arroyo que corría abajo. Y de momento, no podía estimar las posibilidades, sólo sabía que sus manos estaban perdiendo el precario apoyo, que sus pies se balanceaban en el aire y que estaban a punto de caer.

El agua, allá abajo, se burlaba de ella con su alegre murmullo al correr entre las piedras y trataba de adivinar la distancia de acuerdo con el sonido. ¿Un pie? ¿Dos pies? ¿Cinco? ¿Lo suficiente lejos para romperse una pierna? ¿Lo suficiente hondo para ahogarse?

La primera consecuencia del terror empezó en la parte baja de su estómago y subió hasta llegar a los labios, escapando en un leve lloriqueo de derrota cuando sus manos perdieron el punto de apoyo. Abrió los labios en un grito, sus ojos reflejaban miedo y sintió que caía.

Cayó a escasos centímetros sobre la suave arena que bordeaba el lecho del arroyo y la sorpresa que experimentó al encontrarse tan cerca del terreno sólido la asombró sobremanera. Se quedó inmóvil, luego imaginó el cuadro que debió haber presentado, aferrada con desesperación, mientras que sus pies se balanceaban a sólo unos centímetros de la arena firme, y empezó a reír con una risa histérica. Se colocó de rodillas en la arena y permitió que las lágrimas fluyeran.

Lloraba y reía al mismo tiempo. Por fin se sentó sobre sus talones, estremeciéndose con unos sollozos profundos. Pasó sus manos por las mejillas bañadas en lágrimas. Deseaba maldecir al abominable doctor Wyatt Field. Apretó con fuerza los labios contra aquel impulso, luego se dio cuenta de que podía decir lo que se le antojara. Por primera vez en dieciocho años estaba fuera de la vista y del oído de otro ser humano. Estaba completamente sola.

Esto la tranquilizó y parpadeó lentamente. No había señora Carmody, ni padre, ni sirvientes, sólo Cassandra Winters, sola en el mundo. Se puso de pie, tenía la sensación de que la tierra se abriría para tragársela en cualquier momento.

—Esto va a ser muy difícil —dijo con voz alta, en una siniestra predicción de su futuro.

—¡Bueno, aquí estás! —la alegre voz de Maggie penetró la niebla de sus pensamientos y de repente Cassie escuchó el murmullo de la fuente. Eso significaba que había llegado.

Encontró el camino desde la ribera del arroyo, se calzó los dos zapatos y pudo llegar al edificio principal, todo ella sola.

Había una dignidad patética y desgarradora en la forma en que se enderezó al escuchar la voz de Maggie, levantó la barbilla con orgullo, enfrentando aquella voz como si fuese una trompeta heráldica proclamando el regreso de un héroe.

—Dios mío —murmuró Maggie al ver las medias rotas, el cabello enmarañado y el estropeado traje de la chica ciega—. Bien, Wyatt —le dijo con voz muy baja—. ¡He ahí tu obra! ¡Espero que estés satisfecho!

El doctor entrecerró los ojos al observar a Cassie que cubría la

distancia entre ellos con pasos cortos y torpes.

—Lo estoy, Maggie —le contestó—, por supuesto que lo estoy.

Esperó hasta que estuvo a breve distancia de la rubia.

—Veo que encontró sus zapatos, señorita Winters.

Los ojos ciegos brillaron con ira reconociéndolo y se volvió de frente a aquella voz sarcástica.

—Por supuesto, doctor. No fue nada.

Maggie observó el temblor de las manos de Cassie y volvió la cabeza para dirigirle una callada y furiosa reprimenda a Wyatt.

—¿Cómo le fue en su primer paseo sola? —le preguntó él.

—Infinitamente mejor que en mi primer paseo con usted.

Maggie se alegró de aquella respuesta.

—Sugiero que se asee antes de la cena, señorita Winters —le dijo al volverse para retirarse—. Su aspecto es horrendo.

—¡Maldito sea! —murmuró ella con voz baja, luego, la presión cálida de la mano de Maggie en su brazo le hizo recordar su presencia y aflojó los hombros, exhausta.

—Vamos, Cassie —le dijo Maggie calmándola cuando ya Wyatt no las podía escuchar—. Te ayudaré, le guste a él o no.

Guió a una Cassie temblorosa y taciturna a su dormitorio. Sabía que estaba faltando a las reglas al ofrecer esta clase de ayuda a un paciente, pero no le importaba. La chica había tenido bastante para un día.

Después, sentada sobre la cama, esperando a que Cassie terminara de ducharse, no se explicaba, por centésima vez, la dureza de aquel hombre.

Cassie se sintió fresca después de la ducha caliente. Salió del baño y se quedó parada, secándose el cabello con un toalla, en el espacio entre la cama y el tocador.

—¿Te estoy quitando el tiempo, Maggie?

—No...

—¿Qué sucede? Tu voz se escucha rara.

Maggie reprimió una sonrisa.

—Absolutamente nada. Viejas costumbres, supongo. Casi todos nuestros alumnos son extremadamente recatados.

—Me olvidé —admitió avergonzada—. Estoy desnuda.

—Sí —le dijo Maggie, riendo.

Cassie caminó, vacilante, al guardarropa y buscó entre las prendas hasta que sintió el suave terciopelo de su bata.

—El recato es algo que nunca se aprende cuando alguien se ocupa de vestirte todos los días —le explicó al ponerse la bata color rosado —. Nunca se te ocurre, en especial cuando no puedes ver tu cuerpo.

—Los alumnos llegan aquí después de una ceguera repentina. Aún conservan los viejos tabúes de la gente que ve. Nunca habíamos tenido

aquí a alguien que hubiese estado ciego por tanto tiempo, como tú.

Cassie se sentó, desconsolada, en la silla del tocador.

—O una tan inútil. Creo que me marcharía hoy si no fuera por ti. Sólo de pensar que voy a pasar dos semanas con el doctor Field, deseo escapar hoy mismo.

Maggie rió.

—Todos dicen lo mismo al principio, pero ya cambiarás de opinión acerca de él, te lo aseguro.

Cassie fijó los ojos en la distancia, se sonrojó al recordar el beso que supuestamente iba a "hacerla sentir confianza".

—Yo creo que es un hombre cruel e insensible —murmuró—. Sospecho que nunca lo voy a comprender.

—Ninguno de nosotros lo comprende, pero por fortuna, no tienes que hacerlo. Se supone que es él quien debe comprenderte. Ahora, ¿qué te parece para esta noche el traje negro? Apuesto que luces imponente en él.

"Claro", pensó Cassie con tristeza. "Miren a la ciega tropezar con las sillas y chocar con las paredes". Aturdida, tal vez, ¿pero imponente? Ni por casualidad.

—Maggie, ¿es así de difícil para todos?

—¿Difícil? Hasta ahora tú lo has hecho fácil —le contestó alegre—. Progresaste un paso para ser el primer día, el hecho de volver sola desde el arroyo fue fabuloso.

Cassie sonrió y empezó a pasar un peine por su cabello.

—Sí, lo logré, ¿verdad?

Luego le contó a la otra joven lo que había pasado en el arroyo después que el doctor Field la dejó allá, y al contárselo, el miedo y la frustración que había sentido se esfumaron y sólo le quedó la sensación de que logró un objetivo.

Su padre se habría sentido orgulloso. ¿Sería así? Nunca la estimuló en sus esfuerzos por obtener su independencia. Es más, los había frustrado todos. En aquel tiempo se había preguntado si su renuencia a permitirle que consultara a un psiquiatra significaba que no deseaba que recuperara la vista… nunca. Quizá le gustaba que estuviera ciega, pues temía perderla si recuperaba la vista.

Sacudió aquel recuerdo de su mente, negándose a creer que alguien pudiera ser tan egoísta. Además, su padre tenía razón. Cuando lo desafió abiertamente pasando un año en terapia psiquiátrica, los dos sufrieron a través de interminables preguntas sin respuesta y una dolorosa investigación del pasado... y todo para nada.

—¿Ya lo ves, Cassandra? —la había reprendido el día que ella se dio por vencida—. El tratar de recordar sólo nos ha causado dolor a ambos, y no necesitamos de eso, ¿verdad? ¿No fue suficiente haber perdido a tu madre?

Se había sentido culpable entonces, por haber abierto las heridas de un hombre que no hizo nada más que amarla y protegerla y decidió que si el recordar el accidente era la única llave para recobrar su vista, prefería estar ciega.

Apretó sus sienes con los dedos, tratando de eliminar la jaqueca que siempre la acompañaba cuando pensaba en su padre.

—Tal como supuse —la voz de Maggie se filtró a través de la niebla de su ensueño—. ¡Ese atuendo es estupendo! Vamos a sacudir la jaula del doctor malvado.

Cassie forzó una sonrisa mientras que Maggie la llevaba hacia la puerta, se sentía como si caminara al cenote al que la arrojarían.

Maggie desafió aún más a Wyatt guiando a Cassie a la mesa de él, en el comedor. Le volvió la espalda cuando él frunció el ceño en señal de desaprobación.

Saltaba un músculo en la mejilla del psiquiatra al observar a Maggie que se retiraba y se dijo que más tarde hablaría con ella.

—La favorece el negro.

—¿Le parece? —le preguntó con indiferencia, distraída por los ruidos a su alrededor. Las dimensiones del comedor parecían haberse encogido con los ruidos de otros comensales.

—¿Quiénes son las otras personas que están aquí?

—El resto de los empleados. Maestros, enfermeras, los que están en servicio. Todos cenamos aquí. Esto les da a los alumnos un poco de tiempo para estar solos en la sala principal.

—¿Los voy a conocer?

—No durante las próximas dos semanas. Por lo que respecta a esas personas, usted no existe, en tanto yo no lo diga.

—¿Qué clase de regla estúpida es ésa? Voy a vivir aquí durante tres meses. ¡Es lógico que los conozca!

—Todo lo que hacemos aquí obedece a un propósito, señorita Winters. Las primeras dos semanas los empleados representarán a todas las personas extrañas que usted encontrará en el exterior cuando se marche. No sería muy efectivo su papel si usted se familiariza con ellos. No puede ser amiga de todo el mundo. Siempre habrá gente extraña. Usted tiene que aprender a manejar esa situación.

Sus labios mostraron un gesto petulante, aunque reconoció la lógica de aquel argumento.

—Esa no es la única razón, ¿verdad? —le preguntó, con perspicacia—. Al aislarme de otras personas me hace más dependiente de usted, ¿correcto?

El sonrió ante su percepción y ante su obvia hostilidad.

—Exactamente —admitió—. Durante dos semanas, por lo menos, soy yo lo único que tendrá.

—Con excepción de Maggie —le recordó.

—Siempre y cuando no siga violando las reglas.

Cassie sintió pánico al pensar que la privaran de la amable compañía de la pelirroja.

—¿Cuáles son las reglas que ella ha violado?

—Ha sido su guía, reemplazando a quien lo hacía en su casa.

—Es mi primer día aquí y no ha sido muy agradable. Entrar tropezando en un cuarto lleno de gente extraña para llegar a esta mesa, habría sido el colmo. Maggie fue lo suficiente comprensiva para entenderlo y me ayudó. Muchas personas desconocidas en el mundo exterior se habrían portado del mismo modo, aunque estoy segura de que esa idea nunca se le habría ocurrido a usted.

Wyatt sonrió al ver que la chica se sonrojaba y admiró el control que demostraba.

—No hay excusa para lo que hizo Maggie y no volverá a suceder. A partir de este momento, usted hará todo por sí misma, aunque eso signifique que tenga que suspender a Maggie durante su estancia aquí. Le guste o no, señorita Winters, aprenderá a ser ciega.

El color se desvaneció en su rostro y sólo quedaron dos manchas rojas en sus mejillas.

—Usted adora el poder que ejerce en este reino, ¿verdad? Bien, no es usted el único psiquiatra en el mundo. Estoy segura de que podrían reemplazarlo.

La sonrisa de él se amplió al escuchar aquella amenaza.

—Este no es el mundo exterior, señorita Winters. Usted no está en posición de despedirme y sería absurdo que lo intentara. Soy lo mejor que existe. Francamente, usted tiene suerte.

Sintió una rabia impotente y se contuvo de hacer una exhibición bochornosa.

Wyatt vio que se estremecía, concluyó que era de ira y sonrió. Observaba las emociones que pasaban por su rostro al aceptar las condiciones de su autoridad absoluta. La ira le hacía bien. Era algo que él podía utilizar contra su mente, siempre que fuera intensa.

—Me tomé la libertad de ordenar para los dos, señorita Winters. Espero que no tenga inconveniente. Nuestro chef prepara el pichón sólo en raras ocasiones, pero es el mejor que haya usted probado en cualquier otra parte. No quería que usted se privara de él.

Ella inclinó levemente la cabeza, muy tensa en su silla. Escuchó el sonido alegre del líquido que servía en una copa a su derecha.

—Es un Chablis ligero —continuó él con voz cálida—. No es espectacular, pero es excelente con el pichón.

Los dedos de su mano derecha se deslizaron discretamente, guiándose por la colocación de los cubiertos, hasta encontrar el pie de la copa de cristal. Wyatt observó la maniobra y alzó una ceja mientras

llenaba su copa.

—¿Quiere que brindemos por su futuro, señorita Winters?

Ella encogió los hombros con elegancia cuando él chocó su copa con la suya, preguntándose qué pensaría el doctor Field si supiera que el futuro por el cual brindaba estaba amenazado por el prospecto de la miseria.

—Por mi futuro —contestó tranquila—, y lo que usted hará de él.

El vino era excelente y después de la primera copa, Cassie comenzó a relajarse. Ya se enfrentaría al futuro cuando no le quedara alternativa. Por el momento, esperaba una excelente comida en compañía de un hombre atractivo en un ambiente de lujo, y también por el momento, aquello era suficiente. Escuchó chapotear el vino en su copa por segunda vez.

—¿En dónde vive usted, doctor Field? —preguntó de repente, recordando que parte de este cuadro, debería ser conversar con naturalidad.

—A unos kilómetros de aquí.

—¿En alguna ciudad?

—No, Es una casa en el campo, cerca del río.

Cassie trató de imaginar al sombrío y severo doctor Field, que era como ella lo representaba en su mente, en una cabaña rodeada de jardines y flores, y casi rió a carcajadas. Sería más adecuado para él un castillo lúgubre.

—Yo viví en esta zona cuando era niña, De lo que recuerdo, era hermoso, sobre todo en el otoño.

—Todavía lo es. ¿Le fue difícil adaptarse a la ciudad?

Volvió sus ojos hacia él y sonrió.

—¿Acaso tendremos una sesión psiquiátrica antes de cenar?

—Piense que es una pregunta frívola. Durante esta cena, por lo menos, olvidaremos la relación doctor-paciente. Seremos sólo dos personas que empiezan a conocerse.

—¿En realidad cree que puede ser así? —le preguntó sin pensar—. ¿Olvidar nuestros respectivos papeles?

—Sería peligroso olvidarlo por completo aunque, por lo menos, podemos dejarla en segundo término. Temporalmente, por supuesto.

Ella asintió con la cabeza.

—Entonces, de acuerdo. No, no fue tan difícil adaptarme a la ciudad. El campo puede ser muy aburrido cuando se es ciego. No hay ruido suficiente. Papá solía llevarme al campo en el verano, los fines de semana, durante algunos años después del accidente. Cuando se dio cuenta de que yo estaba siempre ansiosa por regresar a la ciudad, los viajes terminaron. Se necesita tener ojos para apreciar la campiña.

—Algunas personas ciegas no estarían de acuerdo con usted. La ciudad los asusta, los intimida.

Su rostro se nubló con los recuerdos de aquella tarde.

—No puedo imaginar en la ciudad algo tan espantoso como mi primera tarde aquí.

—Olvidemos los sucesos de esta tarde.

Ella encogió los hombros aparentando indiferencia. Se preguntaba a sí misma cuál era la parte de aquella tarde que él deseaba que olvidara. Obviamente, el beso.

El continuó con la voz formal y tensa.

—Cuénteme de su vida en la ciudad. ¿Cómo emplea su tiempo?

Ella suspiró y se reclinó en su silla.

—Leo mucho… Braille, por supuesto… y escucho música. En ocasiones papá me llevaba a escuchar a la sinfónica. Y pasaba mucho tiempo en el parque, nada más escuchando.

—¿En Central Park?

—Sí. Quedaba enfrente de la casa.

—De manera que usted lee sobre la vida de otra gente, escucha las conversaciones de otras personas y oye la música que hacen otras personas. Muy bien. ¿Y qué hay de su vida? ¿Qué hace usted por sí misma?

Se erizó ante la implicación de que toda su vida estaba basada en lo que hacían otras personas y le dolió saber que era la verdad.

—Por mí misma salgo a mirar distintos lugares, ¿qué esperaba?

—Esperaba que hiciera vida social. Para eso no necesita ver. ¿Y qué me dice de sus amistades? ¿Enamorados?

—¡Esa es una pregunta insolente! ¡Y un caballero nunca la formula a una dama la primera noche que salen juntos!

El suspiró, exasperado.

—No finjamos demasiado, señorita Winters. Usted no está aquí para divertirse y ésta no es una primera cita.

—¡Si lo fuera, le aseguro que sería la primera y la última!

La sonrisa de él fue insolente y sagaz.

—Así que no tiene amistades y desde luego, tampoco tiene amantes. Es asombroso, a su edad. Me parece una existencia muy vacía.

El rubor le tiñó el rostro.

—¿Y qué me dice de su vida social, doctor Field? —le preguntó, cortante—. ¿Quién es la mujer de su vida, por el momento?

—¿Ha decidido usted que no soy casado?

—Es obvio que no lo es.

—¿Por qué dice que es obvio?

—Es usted demasiado egoísta para mantener una relación duradera, aun cuando hubiese alguna que lo quisiera, lo cual dudo mucho.

—Es verdad —admitió—. Me gusta vivir solo, y contestando su

pregunta, mi vida personal no es asunto suyo.

—¿Y la mía, sí es asunto suyo?

—Para eso me está pagando.

—Es imposible fingir, ni siquiera en el curso de una comida, que no es usted más que mi doctor y que yo soy sólo su paciente. Es obvio que usted es incapaz de sostener otro tipo de relación. ¿Qué le gustaría saber de mí, doctor Field? Como paciente... —se puso tensa en su silla, le ofrecía verbalmente su cooperación, pero en el subconsciente levantaba una barrera contra él.

—Nada, por el momento. Helen ya trae nuestra sopa.

Helen sirvió la cena y Cassie extrañó la camaradería a la que estaba acostumbrada en su casa.

—Llámeme Cassie, por favor —le dijo cuando Helen sirvió el pichón, pero su respuesta fue concisa y terminante.

—Creo que no, señorita Winters —imaginaba que Helen sólo obedecía las reglas de no intimar con los alumnos.

—Eso es todo, Helen —le dijo el doctor y era evidente que había desaprobación en su voz.

—Tenía razón en cuanto al pichón —admitió Cassie cuando retiraron los platos—. Fue todo lo que usted aseguró.

Wyatt sirvió el café negro, de una cafetera de plata y se permitió el lujo de imaginar, por un momento, que Cassie Winters no era ciega y que no era su paciente. Era muy fácil. Sentado aquí, en este escaparate de lujo en el cual ella había nacido, su gracia y la confianza en sí misma se hacían evidentes en cada gesto.

—¿Qué es lo que en realidad ve usted en su futuro, señorita Winters? —le preguntó, observando su expresión sobre el borde de su taza.

—Trato de no pensar en ello —replicó con sinceridad.

—¿Matrimonio? ¿Niños?

Ella sonrió con tristeza y él observó que sólo sonreía con un extremo de su boca cuando algo le causaba amargura.

—Esa sería la única opción para una persona como yo, ¿verdad? Para no mentirle, nunca lo he considerado.

—Es una extraña respuesta. Una mujer como usted debió considerarlo a instancias de muchos jóvenes apasionados. ¿Nunca se sintió atraída por alguno de ellos?

Parpadeó lentamente, tratando de decidir qué tan franca debía ser, luego recordó que este hombre tan odioso, como fuera, tenía que saber todo lo relacionado con ella.

—Nunca hubo un joven apasionado, doctor Field —admitió al fin —. Nunca conocí un amigo fuera de la familia, y desde luego, jamás tuve un amante. No tuve oportunidad de tratar a nadie en la vida que mi padre estructuró para mí.

Wyatt se mordió el labio inferior y arrugó el ceño.

—Me disculpa si me parece difícil de creer.

—Sin embargo, es la verdad. No asistí a la escuela y aunque mi instrucción fue excelente, no me relacionaba con los demás. Mi padre decidió aislarse después que murió mi madre; casi nunca veía a nadie, así es que por esa parte, no hubo mucho estímulo. Conocía sólo a las personas que vivían en nuestro edificio o gente con la cual, de casualidad, tropezaba en el parque... literalmente. Por desgracia, el Príncipe Encantado no estaba entre esas personas y aunque hubiese estado, la señora Carmody habría sido un freno. Era mi constante compañía y sospecho que tiene muy mala opinión de los hombres en general.

—Ha estado enclaustrada estos años.

—Totalmente protegida —contestó—. Y creo que es lo mismo, desde su punto de vista.

—Quiere decir que soy yo el primer hombre con quien se ha relacionado en un nivel que no es casual —sus ojos estaban oscuros por la ira que sentía por las equivocadas nociones del padre ya fallecido de Cassie.

—¡Relacionado! —dijo Cassie riendo de repente—. Doctor Field, ¡usted es el primer hombre con quien he hablado a solas, en mi vida! Con excepción de mi padre, por supuesto y de los sirvientes.

—¿Lo resintió alguna vez?

—No, doctor Field, lo lamentaba, por supuesto, pero no lo resentía. Y en respuesta a la pregunta que todavía no me hace, le diré que no odiaba a mi padre, lo amaba mucho.

—No conozco una sola persona que no se hubiese rebelado contra tal aislamiento.

—Ahora la conoce.

Wyatt no pudo menos que pensar en una niña maltratada. Querida, mimada, protegida, pero de cualquier modo, maltratada por aquellas privaciones. Luchó por controlar el odio que sentía hacia un hombre que ya había muerto.

—¡Qué desperdicio!

Ella alzó las cejas ante la inesperada intensidad de sus emociones.

—¿Más café? —él de inmediato cambió el tema.

Ella cubrió la taza con la mano.

—No, gracias. Me encantaría caminar un poco. Es un lujo que nunca tuve en la ciudad. ¿Podría hacerlo aquí?

—Por supuesto, aquí puede caminar sin problemas.

Wyatt se puso de pie y retiró su silla, luego ella sintió que le ofrecía el brazo. Vaciló antes de tomarlo.

—Creí que estaba prohibido guiar a los ciegos.

—No soy una persona que no sabe comportarse, señorita Winters.

Tendrá muchas oportunidades de tropezar al entrar o salir del comedor usted sola. Esta noche tiene un acompañante y ése debe ofrecer su brazo a una dama, ciega o no.

—Gracias, doctor Field —le dijo cortés y pasó su mano por su brazo.

El se puso ligeramente tenso a su contacto y ella sintió que presionaba sus dedos. No era como tomar el brazo de su padre.

Caminaron por los alrededores en un relativo silencio, interrumpiéndolo sólo cuando pasaban por algún edificio que Wyatt identificaba.

—Este es el dormitorio —dijo en una ocasión—, donde usted vendrá a vivir más adelante. Está a su derecha y si presta atención, lo reconocerá de inmediato siempre que se acerque a él.

—No he prestado atención, pero cualquier niño podría reconocerlo. La acera cambia de cemento a ladrillo, aquí mismo —se detuvo de repente—. Supongo que si doy vuelta aquí, el camino de ladrillos me llevará exactamente a la puerta.

El apretó el brazo, presionando su mano.

—Excelente. No hay problema en su capacidad de deducción.

—¿Se identifican así todos los edificios?

—Sí. Esta entrada es de ladrillo, la de la cafetería es de asfalto, el salón de clases tiene un sendero adoquinado, y la entrada del gimnasio es de tierra.

—¿Y qué pasa en el invierno?

—Hay calefacción en todas las entradas —replicó—. Y se desaguan. Estas son las únicas señales que tienen los alumnos.

—Muy ingenioso.

—Gracias.

—¿Fue idea suya?

—Por supuesto.

Ella aspiró, inhalando los aromas desconocidos del campo.

—Esto es un lujo —dijo suspirando—. Caminar afuera después que ha oscurecido. ¿Puedo hacerlo todas las noches?

El se adelantó al caminar mientras hablaba y ella lo alcanzó.

—Siempre que lo desee, esto es, si tiene tiempo. La acera circunda las instalaciones, así que no puede extraviarse. Si camina durante el tiempo suficiente, siempre terminará donde empezó.

—¿Y el edificio principal? ¿Cómo lo encuentro?

—Usted lo escuchará —le dijo riendo—. Esa fue idea de Maggie. Es el único edificio que tiene una cosa que hace un ruido metálico. Me sorprende que no lo haya notado.

Ella deslizó su brazo más hacia el del hombre e inconscientemente caminó más cerca de él.

—¿Tiene frío? —le preguntó mirándola.

—Sólo un poquito. Casi se puede aspirar el otoño a la vuelta de la esquina. Pero, por supuesto, yo no traigo chaqueta, como usted.

De repente se detuvo y se puso frente a él. Sus manos estaban en el pecho masculino antes que tuviera tiempo de preguntarse qué iba a hacer. Movió las manos ligeramente hasta el cuello, luego las bajó por la corbata hasta llegar a la hebilla del cinturón. Allí las dejó durante un momento, luego las bajó y él respiró por primera vez desde que ella comenzó a tocarlo.

—No sabía qué ropa llevaba —le explicó—. ¿De qué color es su camisa?

—Blanca —contestó, aún tenso por aquella inesperada inspección.

—¿Y la corbata?

El bajó la cabeza para mirar la corbata y ella rió feliz por su titubeo.

—El fondo es azul con dragones color naranja brillante.

Cassie volvió a reír, tomó su brazo y siguió caminando. La presión de la mano de Cassie en su brazo parecía intolerable, aunque en realidad era tan ligera como una pluma y con cada paso que daban él imaginaba que sus cuerpos se acercaban más y más. Wyatt se detuvo de repente, se quitó la chaqueta y se la puso en la espalda.

Ella la aceptó de buen talante.

—Gracias. Así estoy mejor.

Pero no era mejor, no para Wyatt. Sólo la tela delgada de su camisa lo separaba del brazo femenino. "Esto es absurdo", pensaba con ira. "Sentirme tan atraído por una mujer que apenas conocí unas cuantas horas antes".

—¡Escuche! —dijo ella de pronto deteniéndose—. Eso es lo que produce el sonido, ¿verdad? —sonrió—. ¡Címbalos de viento! ¡Qué lindo!

Ella tiró de él hacia aquel sonido.

—¿Qué hacen cuando no hay viento?

Es ciega, se repetía sin cesar. "Es tu paciente y nada más. Nunca podrá ser otra cosa para ti".

—Cuente desde la fuente —le contestó con voz normal—. Mañana puede hacerlo. La fuente queda exactamente en medio del edificio principal y del edificio médico.

Ella asintió, pensativa, y se volvió de frente a él.

—¿Ahora se marcha?

—Sí.

—¿Y qué ocurrirá mañana?

—Me reuniré con usted en el comedor para el desayuno, a las ocho. Maggie la llamará en su dormitorio, a las siete.

Ella suspiró, pensativa, y frunció el ceño.

—Y mañana comienza, ¿verdad?

—En serio.

Encogió ligeramente los hombros, parecía muy pequeña con la chaqueta.

—Bien. Yo sé que esto le parecerá ridículo, pero he pasado la noche más maravillosa a pesar de... todo —terminó.

El levantó las cejas.

—Es usted fácil de complacer.

—Y a veces, es fácil estar con usted —respondió alzando las manos para tocarle la cara.

Era un gesto natural, lo hacía siempre, con su padre, los sirvientes y la señora Carmody. Lo hacía para saludar, para despedirse, aquel gesto significaba un ciento de cosas sutiles y era más elocuente que las palabras. Ella había olvidado, sólo por un momento, que éste era el hombre que la dejó desamparada junto al arroyo, el que la había lastimado con insultos y se había burlado al verla insegura de sí. En el curso de su paseo fue sólo una compañía, una persona que podía agradarle.

Sintió que su mandíbula se ponía tensa bajo su mano y se dio cuenta, con desconsuelo, de que había hecho algo malo. Dejó caer la mano.

El la miraba, ella sentía la tensión que crepitaba a su alrededor en esta fracción de segundo en que él titubeaba, luego recibió una ráfaga de aire en el rostro y los labios de él tocaron los suyos. De nuevo se encontró en aquella increíble y vibrante sensación que desgarraba su cuerpo y la dejaba débil y sin aliento.

Sintió que los labios de él se suavizaban, escuchó su respiración entrecortada, y en ese momento supo que así como ella se sentía desvalida cuando la tocaba, también él sentía lo mismo. En este momento, no era ciega, era, por primera vez, sólo una mujer.

Cassie se acercó más a él y trató de responder el beso. Wyatt se estremeció convulsivamente, desprendió su boca de la de ella y se puso rígido, asombrado de su falta de control.

Esto no debía suceder. Nunca había ocurrido ni debía repetirse. El remordimiento se mezclaba con la ira mientras luchaba contra emociones que no tenían sentido. Para ella todo era natural y fácil. Respondía como un animal joven y saludable, ignorante de que sólo debían mantener una relación profesional. Era inocente y él el único culpable. No sólo había quebrantado su relación por segunda vez en un día, sino que había abusado de la confianza de una joven tan ingenua que estaba indefensa contra los instintos de su propio cuerpo.

—Necesito mi chaqueta —dijo él, odiándose a sí mismo. Trató de no tocarla al ayudarla a quitarse la prenda.

—Lo siento —dijo ella tartamudeando y confundida.

—Nada tiene que lamentar —le dijo él—. No es culpa suya el que

yo no pueda controlar la forma en que reacciono ante usted. Es culpa mía.

Cassie sintió que todo el aire salía de su cuerpo. ¿Habría algo más que aquella horrible ceguera? ¿Algo que podía atraer a un hombre, hacerlo reaccionar al grado de que perdiera el control? Se quedó perpleja ante aquella posibilidad. Era la primera vez desde el accidente que había sentido que valía algo, y esta sensación encendía dentro de ella un fuego que la llenaba de un brillo milagroso.

—La veré en el desayuno —decía él, y ella parpadeó rápidamente.

"Y bien, mírate a ti misma, Cassie", pensó atemorizada. "Sin ojos, sin dinero, sin ningún oficio, sin experiencia... pero quizá tengas algo". No sospechaba qué podía ser ese "algo", y por el momento no le importaba.

De pronto, el prospecto de pasar dos semanas en compañía de ese hombre no le pareció tan abominable. Estaba al borde de una gran aventura.

—En el desayuno —repitió sonriendo, luego se marchó en dirección al edificio, dejando allí a Wyatt que apretaba los puños.

La observó mientras se alejaba, la vio contar los escalones para subir al pórtico, y si las circunstancias hubiesen sido otras, se habría sentido contento de la confianza repentina que mostraba al encontrar su camino, sola.

# Capítulo 6

Cassie se inclinó sobre el tocador y pasó sus dedos por el espejo preguntándose cómo sería su apariencia y si alguna vez llegaría a saberlo.

Maggie la había llamado para despertarla y ahora, a las siete y media, ya estaba vestida y lista para bajar sola por primera vez.

—¿Tomarás el café conmigo esta mañana, Maggie? —le preguntó por teléfono—. Puedo bajar en media hora, así pasaremos un rato juntas antes que llegue el doctor Field.

Pensó con desaliento que tal vez le tomaría otra media hora encontrar el comedor. Encogió los hombros, sacudiendo su temor. Después de todo, anoche había llegado sola a su dormitorio. En unos cuantos días toda la casa sería como la suya.

Salió cerrando suavemente la puerta y contó veinte pasos por el pasillo hasta donde comenzaban los escalones. Se golpeó los nudillos en la pared y giró la muñeca para aliviar el dolor. Se había pasado del límite, retrocedió dos pasos y encontró el pasamanos. El contar los pasos sólo daba resultado si eran del mismo tamaño. Esa mañana ella era feliz y sus pasos habían sido muy largos.

Bajó con cuidado por la escalera y al llegar al final, se detuvo. Recordaba que la víspera había atravesado un espacio amplio y abierto de baldosas y lo cruzó con pasos cortos hasta que sintió que había una pared frente a ella. Se volvió a la derecha guiándose con la mano izquierda a la altura de su cintura y caminó, confiada, hasta la primera puerta. Allí era el cuarto de música, así lo había llamado Maggie. Siguió deslizando los dedos por la puerta y al mismo tiempo le llegó el aroma del café y de los helechos de Boston. Sólo unos pasos más y pudo percibir la diferencia en el aire que rodeaba a una de esas plantas voluminosas. Evitó con cuidado la planta, se volvió a la izquierda y quedó frente al espacio abierto que llevaba al comedor; entonces alzó la barbilla.

Maggie detuvo la taza de café antes de llegar a sus labios y observó la pequeña figura que estaba en la puerta. La inocencia de Cassie se proyectaba en la perfección de su cara y de su cuerpo, y hacía sentir a Maggie una emoción que estaba encima de la envidia. Había una especie de expectación en la chica ciega, como si el mundo la acabara de sorprender con algo maravilloso. Maggie sonrió ligeramente al sentir que parte de aquella expectación cruzaba el cuarto para contagiarla. Dejó la taza y asintió con la cabeza, aprobando en silencio cuando Cassie, de inmediato, ladeó la cabeza hacia la dirección del sonido que hizo Maggie.

Cassandra caminó lentamente entre el laberinto de sillas dispersas

por el comedor. Parpadeó cuando se golpeó la espinilla en un obstáculo imprevisto y sonrió cuando se encontró con otro que tocó con las manos. Al fin sintió el respaldo de la silla frente a Maggie, exhaló con fuerza y sonrió.

—Bien, Maggie. Ya puedes hacer ruido. Sé que estás allí.

La pelirroja rió y extendió una mano para tocar la de Cassie.

—Lo hiciste muy bien, con gracia. ¿En dónde está la chica de ayer, torpe y asustada?

—¡Oh, Maggie! ¡Estoy tan contenta de haber venido! —dijo sin aliento—. ¡Han sucedido cosas maravillosas!

Su excitación era contagiosa y Maggie la compartía, sonriendo.

—Ayer pude regresar sola del arroyo, di un paseo después de cenar, pude encontrarte ahora sin romperme una pierna y...

Encogió los hombros, sus ojos brillaban y no estaba dispuesta a compartir aquella revelación que era la causa más grande de su estado de ánimo: había un hombre que reaccionó ante ella como mujer y ni siquiera Maggie que era tan cariñosa podría comprender lo que aquello significaba.

La pelirroja frunció el ceño y llenó la taza de Cassie. Todos pasaban por esto... el entusiasmo cuando lograban hacer algo por ellos mismos, por primera vez. Pobre Cassie, aquella alegría se evaporaría muy pronto, cuando supiera que le esperaba lo más difícil. Maggie se rebelaba ante la perspectiva de ver hecha pedazos la dicha de Cassie cuando se enfrentara a la realidad, y trató de suavizar el golpe.

—Has logrado mucho, Cassie, pero lo que viene es más complicado. Wyatt será más exigente y esperará de ti cosas que parecerán imposibles.

Cassie movió la cabeza con seguridad.

—No importa, Maggie, ahora puedo hacer cualquier cosa. Tú no comprendes —luego cambió el tema con un gesto de impaciencia—. No hablemos de mí, es lo único que he conocido por años. Todo mi mundo ha girado sobre mí, yo, siempre yo. Cuéntame de ti.

Maggie levantó las cejas, sorprendida. En muy raras ocasiones los alumnos expresaban curiosidad por la vida del personal. Casi todos pensaban en los empleados como personas que desempeñaban una función en la escuela, como si no tuvieran vida fuera de ella.

—¿Qué quieres saber?

—Bueno —empezó Cassie, sin poder contener su curiosidad—. Dónde vives, qué haces cuando no estás aquí, tienes novio o esposo, si te gustan los animales... —hizo una pausa para tomar aliento y rió—. ¡Todo! ¡Dímelo todo!

Maggie también rió sin poderlo evitar y por primera vez intuyó que iba a compartir confidencias con una amiga. Y en ese primer momento de interés le hizo a Cassie uno de los cumplidos más

importantes que, aun sin saberlo, había recibido: se olvidó de que era ciega.

—Vivo en una pequeña casa como a dos kilómetros de aquí, aunque sólo paso allá los fines de semana. Es una casa como de pan de jengibre, como las que aparecen en los cuentos. ¿Las has visto alguna vez?

—¡Sí, sí! Esas que tienen tablas gruesas en el techo y postigos en las ventanas... ¡una cabaña!

—Exactamente. Tiene una valla de estacas y jardineras en las ventanas, aunque ahora las flores comienzan a perder su color.

—¿Y qué haces allá? —Cassie estaba inclinada hacia adelante y mostraba mucho interés.

Maggie le hizo una descripción cómica y detallada de cómo pasaba la mitad de cada sábado, sacudiendo las telarañas que se habían acumulado durante su ausencia de una semana. Las jóvenes reían cuando apareció Wyatt en la puerta.

Maggie lo miró con cautela. Iba vestido con unos jeans y un suéter negro de cuello alto, pero no se había afeitado. El efecto era el mismo que hubiese causado una mujer que hubiera aparecido en una cena formal luciendo un elegante atuendo, joyas, un maquillaje perfecto, pero con el cabello todavía en rulos. Wyatt nunca había sido descuidado. Jamás,

Entrecerró los ojos contra la luz del comedor y se quedó parado muy rígido en la puerta. Su expresión era severa y su postura impresionante.

Cassie frunció el ceño sin saber por qué Maggie se había quedado callada a la mitad de una frase.

—Buenos días, Wyatt —saludó Maggie con voz baja, interrogándolo con la mirada.

Cassie se animó al oír mentar al doctor y se volvió en su silla como si pudiera verlo.

—¡Buenos días! —exclamó alegre y el rostro de Wyatt se ensombreció más.

Se acercó a la mesa, casi con disgusto y se paró junto a Maggie. Se observaban unas líneas de tensión en su rostro.

—¿La ayudaste esta mañana a vestir o lo hizo sola? —le preguntó con rudeza, ignorando la presencia de Cassie—. Te advertí que no debías ayudarla y es obvio que tú la trajiste acá, de lo contrario habría dejado sillas volcadas.

Maggie se quedó boquiabierta ante aquella reprimenda injusta. Miró a Cassie, su ira aumentó al ver su expresión lastimada, confundida. Se puso de pie con tanta prisa que su silla se balanceó antes de estabilizarse, su rostro ardía y tenía un color casi como el de su cabello.

—Cassie —dijo mirando a Wyatt—, sé muy bien cuándo debo guardar silencio. Si digo ahora algo, lo lamentaría más tarde, así que te dejo las explicaciones —dicho esto, salió con paso enérgico.

Wyatt se sentó en la silla que su compañera dejó. Se sirvió una taza de café y miró a su paciente.

—Buenos días, señorita Winters —le dijo con voz fría, y desvió la vista.

—Le debe una disculpa a Maggie.

—Mi relación de trabajo con Maggie no es asunto suyo.

—Está usted equivocado respecto a lo de esta mañana. Yo me vestí sola y llegué sin ayuda hasta esta mesa. Maggie esperaba donde está usted sentado. No me auxilió en ningún momento.

—Voy a proponer que se les otorgue a ambas una banda de honor. Ahora, ordenemos el desayuno y continuaremos con su tratamiento. No ha venido para hacer vida social, señorita Winters, como se lo he dicho antes. Ha venido a aprender.

Aquella abierta hostilidad la confundió por completo y su rostro reflejaba lo que sentía.

La noche anterior había pasado una hora sin dormir, analizando el comportamiento de ese hombre y había llegado a una conclusión feliz. Aquel encuentro a la orilla del arroyo no fue parte de su tratamiento. Por alguna razón desconocida, el doctor Field se sentía atraído hacia ella y por tanto, durante las dos semanas siguientes su relación se convertiría en algo especial... y tal vez definitiva.

Pero él no se apegaba al guión. Había algo más en su actitud, que ira hacia sí mismo por haber perdido el control, mucho más. Inexplicablemente, la odiaba y ella lo percibía.

"¡Estúpida, estúpida ciega!", se decía en silencio. "¡Pensar que podías interesarle a un hombre como éste!"

Wyatt observó con satisfacción que la expresión de Cassie cambió, de confusa, a resignada. Observó con detenimiento su rostro que reflejaba todas las emociones que asaltaban su mente y saboreó su sufrimiento, porque sí la odiaba. En ese momento la aborrecía por el poder que ella ejercía para perturbar su sueño, para inmiscuirse en sus pensamientos, para hacerlo dudar de su habilidad como psiquiatra.

Si hubiese sido más débil habría reconocido su atracción emocional hacia esta joven y se habría retirado del caso. Desde luego que eso hubiera sido tanto como aceptar su fracaso, y Wyatt Field no aceptaba un fracaso. Sería angustioso pasar a diario muchas horas en su compañía, manteniendo un trato profesional, pero eligió ese camino. Haría lo que fuera necesario para descubrir los secretos de aquella mente cerrada y obligaría a Cassie Winters a que recobrara la vista.

Tomaron el desayuno en silencio, ella jugando con la comida en el

plato y él devorando cada bocado.

—¿Qué recuerda de su madre? —le preguntó después que sus platos fueron retirados por una persona que Cassie no pudo identificar.

—¿En dónde está Helen?

—Entra a trabajar a las once y las horas de trabajo de los empleados no son de su incumbencia. Le hice una pregunta.

—¿Por qué está tan disgustado conmigo? ¿Hice algo malo?

El rió con frialdad.

—¿Cree que mi vida gira alrededor de Cassie Winters? ¿Piensa que el único motivo de mi comportamiento es algo que se relaciona con usted? Es tiempo de que aprenda, señorita Winters, que usted no es el centro de la existencia de nadie más que de usted misma. Recuérdelo.

El rechazo fue exageradamente violento. Cualquiera con más experiencia se habría dado cuenta, pero para Cassie, sus palabras fueron como una sonora bofetada.

—¿Todos los ciegos son tan egocéntricos o sólo yo?

El cerró los ojos al escuchar la desesperación en su voz y al ver el abatimiento en su cabeza inclinada, y se condenó en silencio.

—Hábleme de su madre —repitió, tajante.

—Era bella —murmuró—. No como una modelo, ni como una estrella de cine... era algo más suave. Como la pintura de la Madona que se ve en las iglesias —levantó la cara, atrapada en aquel recuerdo visual—. Todo en ella era frágil y sereno: sus ojos, su sonrisa, su voz... no recuerdo haberla oído alzar la voz ni una sola vez. Es extraordinario, ¿verdad? —una leve sonrisa tocó sus labios y Wyatt supo que ya no le hablaba a él, sino que pensaba con voz alta—. En una ocasión que atrapé una pequeña víbora en el campo, detrás de nuestra casa, se la llevé donde estaba sentada en una silla en el césped. Sabía que les temía a las serpientes y no me acerqué mucho, sólo la sostuve en mis manos para que ella la viera. Miró al reptil, luego a mí, sonrió y me dijo que la víbora era muy bonita, pero que era probable que estuviera asustada y que la debía dejar en el suelo con cuidado para que volviera a casa con su familia —hizo una pausa y rió, moviendo la cabeza—. La puse en el suelo con mucho cuidado y las dos vimos que el animal se marchaba arrastrándose, luego mamá se levantó de un salto, corrió hacia mí y me llevó en brazos hasta la casa. Durante las dos semanas siguientes estudiamos algunos libros acerca de las víboras, hasta que ella se aseguró de que yo no volvería nunca a recoger otra.

—¡Buen Dios!

La sonrisa de Cassie se hizo más amplia.

—Así era ella de sorprendente. Siempre hacía lo que era debido. Siempre

Wyatt se quedó en silencio por un momento, imaginando la serenidad de aquella mujer que Cassie describía.

—¿Qué relación llevaban ustedes?

—Éramos muy unidas, todos éramos muy unidos. Pero con mamá, era algo especial. No sólo por ser mi madre, sino porque era... mi persona favorita. ¿Puede comprenderlo? —se inclinó hacia adelante—. Siempre estaba allí, dispuesta a escuchar cualquier cosa que yo tuviera que decir, como si hubiera sido la cosa más importante e interesante del mundo. Siempre escuchaba —su suspiro fue desgarrador, escapó de sus labios en pequeñas sacudidas—. ¿Podríamos hablar de otra cosa? —le preguntó, sus ojos brillaban, eran suplicantes y penetraban en Wyatt como la hoja de un cuchillo.

—¿Adonde se dirigían la noche del accidente?

Cassie se puso pálida.

—No... no lo sé. No lo recuerdo.

—Entonces, durante el día. ¿Qué hizo ese día?

Arrugó la frente tratando de recordar un tiempo que hacía mucho estaba enterrado, trataba de contener las lágrimas que amenazaban con salir.

—Practiqué en el piano. Mi madre y yo siempre practicábamos juntas por las mañanas. Ella me daba lecciones. —su voz se convirtió en un murmullo.

—¿Cuál canción? ¿Qué pieza estaba aprendiendo?

Sus labios temblaron y sus dedos apretaron la servilleta que estaba sobre sus rodillas. La melodía resonaba en su mente, no sabía de dónde llegaba, pero el volumen aumentaba más y más hasta que levantó las manos y las apretó contra sus orejas para alejar aquel ruido de su mente. Cerró los ojos para no sentir el dolor de aquellos sonidos tan fuertes que amenazaban con reventar sus tímpanos y tuvo que gritar para que su voz se escuchara sobre aquel estruendo.

—¡Beethoven! ¡El Claro de Luna! —gritó y aquel ruido que escuchaba dentro de su cabeza se detuvo. Quitó las manos de sus orejas y sus ojos se abrieron con asombro—. Yo no lo sabía —murmuró—. No lo sabía. Nunca toco a Beethoven.

Wyatt alisó las líneas de tensión que había en su frente con una mano que temblaba, sentía la explosión de desahogo de Cassie como si fuera suya.

—Salgamos a dar un paseo, Cassie —le pidió con voz baja y ninguno de los dos se dio cuenta de que había utilizado su diminutivo.

Ella saltó de la silla poniéndose de pie, de repente se sentía llena de una energía que no podía contener. Su rostro estaba pálido y giró para salir precipitadamente del cuarto, olvidando que las personas ciegas nunca deben obrar así. Era tan grande su deseo de escapar que apartaba cualquier proceso lógico y cayó de cabeza sobre una mesa, al

hacerse a un lado tropezó con una silla. Ya no razonaba, sólo corría. Corría, huyendo de recuerdos retrospectivos que para ella era muy doloroso soportar.

Apenas se dio cuenta del doloroso golpe de su pelvis contra algo de madera y trató con desesperación de empujar aquella barrera que no se movió, hasta que la voz de Wyatt la obligó a detenerse.

—¡Cassie! ¡Deténgase!

Sintió las manos de él en sus brazos, la guió entre las mesas y las sillas, a través del amplio vestíbulo hasta llegar al pórtico y bajar los escalones. Aspiró el aire de la mañana en jadeos cortos frotando sus manos una contra la otra.

Wyatt estaba a su lado observándola mientras recobraba la calma, luchando contra el impulso de tomarla entre sus brazos.

—Y bien —dijo ella, temblorosa—. No fue una escena que recordaré con orgullo.

—Debe recordarla así —le contestó él—. Tenemos que hablar de ello.

—Prefiero no hacerlo.

Un músculo saltaba en su mejilla y él sonrió.

—Ha liberado una pequeña parte del recuerdo que su mente ha reprimido y pudo manejarla. Debe sentirse orgullosa. Es sólo el principio, no puede retroceder.

—Quizá sea mejor estar ciega—dijo—. Si una melodía de piano provocó esa reacción el resto debe ser insoportable.

—Lo era... para la mente de una niña. Ahora es una mujer madura, capaz de aceptar cosas que en aquel tiempo la habrían destruido. Además, no será tan horrible como usted imagina.

—¿Lo puede garantizar? —preguntó con desesperación.

El cerró los ojos y cuando contestó lo hizo con firmeza.

—Por supuesto que no lo puedo garantizar, pero es la única oportunidad que tiene. Ahora, si vamos de nuevo al arroyo, ¿me promete no quitarse los zapatos?

Se animó de inmediato y Wyatt observó que sus facciones se iluminaron, erradicando toda huella de su preocupación anterior.

—Pensándolo bien —dijo él. Admiró su recuperación de la primera parte desgarradora de recuerdos y decidió actuar con más rapidez—, iremos a otro lugar. Quizá hasta la carretera.

—¿A la carretera? —preguntó, incierta—. ¿Por qué no al arroyo? Por lo menos, aquel sitio es muy bonito y sé cómo llegar.

—Es por eso que no iremos allá —le dijo con firmeza—. Ahora, usted me guiará a la carretera.

Entrecerró ligeramente los ojos, pensando, luego encogió los hombros y extendió la mano para tomar el brazo de él.

—¡No! —le gritó, retirando su brazo y ella retrocedió un paso—.

¡Usted sola! —le ordenó.

Ella debió responder con furia a su inesperada dureza, pero sólo se quedó parada.

"¡Pelea, con un demonio!", le ordenaba él en silencio. "¡No te quedes allí parada! ¡Resístete!"

Se esforzó por hablarle con sarcasmo y crueldad.

—¿Qué le ocurre, señorita Winters? ¿No puede hacer algo por sí misma? Quizá tenía usted razón, después de todo. Tal vez debe irse de Windrow y regresar a su capullo en Park Avenue. Y yo podría disfrutar de tiempo libre, cuidar niños me aburre.

Las facciones de Cassie se relajaron y su rostro era una máscara inexpresiva.

—Muy bien, doctor Field, vamos a la carretera. Tal vez me acompañe la suerte y usted se ponga enfrente de un camión que vaya a toda velocidad.

Wyatt rió con burla.

Cassie avanzó despacio hasta que golpeó con el pie el borde del pavimento. Bajó con cuidado y comenzó a caminar con pasitos cortos. Wyatt la seguía preguntándose cuánto tardaría antes de detenerse por el miedo de continuar hacia un lugar desconocido. Le tomó más tiempo del que él esperaba. Estaban casi a medio camino del punto donde el sendero privado de Windrow giraba hacia la carretera principal cuando Cassie se detuvo.

—No iré más lejos, esto es imposible.

—Casi ha llegado, siga caminando.

Dio un paso más y se paró de nuevo.

—No. Usted no sabe lo que me está pidiendo —su voz temblaba.

—Es una orden, continúe.

—¡No! —gritó, volviéndose—. ¿Para qué?

—Porque tiene miedo.

—¡Por supuesto que tengo miedo! ¡Me estoy acercando a un agujero oscuro! ¡A un vacío sin fin! ¡Eso aterra a cualquiera! ¿Por qué no lo entiende?

—Entiendo, señorita Winters —contestó con voz baja, recalcando con la serenidad de su voz la histeria de ella—. Teme enfrentarse al pasado, le aterra dar un simple paseo por un camino vecinal. Tiene miedo de todo, en especial, a la vida. Lo que no comprendo es por qué no se ha suicidado.

Los ojos de Cassie se abrieron desmesuradamente sin poder creer la indiferencia con la que había dicho aquello.

—¡Es usted increíble! No siente compasión por nadie, no tiene sentimientos; nada lo conmueve. Es usted quien debería suicidarse, no yo —continuó, moviendo la cabeza, incrédula—. ¿Para quién diablos vive?

Wyatt sonrió sin que esas acusaciones lo afectaran,

Cassie llevó los dedos de una mano a sus labios, pensando de pronto en algo que no se le había ocurrido.

—Usted nos odia, ¿verdad? —murmuró—. A todos los ciegos. Y ésa es una enfermedad que ni siquiera usted puede controlar. Lo ha endurecido.

—Es un riesgo profesional el tratar con gente como usted —contestó—. Gente inútil, que nada tiene que ofrecer sino sus constantes necesidades, no tiene un objetivo para vivir —hizo una pausa para observar su reacción y cuando vio que se puso rígida, decidida a soportar sus insultos con estoica indiferencia, intensificó el desprecio en su voz—. Ustedes agobian a sus familiares y amigos con su supuesto desamparo y gozan con la compasión que reciben de las personas extrañas. Viven en un miedo constante, abandonando a las personas que los necesitan, encerrándose en sí mismos hasta que olvidan que existe un mundo fuera de ustedes y cuando todo llega a serles difícil, sencillamente se pierden para los demás. Dejan de existir, ya sea en forma figurada o literal. En realidad, le harían un favor a los demás si todos se suicidaran de inmediato en vez de hacer que la gente que los rodea pase por la difícil tortura de una muerte lenta. Porque eso es lo que hacen cuando se resisten a luchar, sólo fingen estar vivos.

Cassie se quedó con la boca abierta sin poder creer lo que escuchaba. Se repetía que todo aquello era sólo una táctica psiquiátrica, que él se proponía irritarla. Era el truco más antiguo del libro. Una parte de ella lo creía así, pero la otra, la que alimentaba sus sentidos que se habían desarrollado y agudizado le decía que él, en su subconsciente, hablaba en serio. Su odio por los invidentes o al menos los que no querían ayudarse a sí mismos, era real.

Hizo la pregunta en un murmullo, temiendo escuchar la respuesta. Sus palabras estaban llenas de una compasión que a Wyatt le pareció ofensiva.

—¿Quién fue la persona ciega que tanto lo lastimó? —Wyatt movió la cabeza hacia atrás, sorprendido.

Nadie, ni siquiera alguno de los empleados había sospechado de aquella mujer ciega de su pasado, y ahora, una chica que conoció hacía unas cuantas horas, había percibido lo malo en él. Se sentía desnudo e indefenso, como si ella pudiera leer su pensamiento y aquella sensación le repugnaba. Cuando habló no mostró señales de las emociones que lo invadían.

—¿Culpa a su padre de la muerte de su mamá? —le preguntó con calma y Cassie vaciló ante aquella pregunta inesperada, olvidando todo lo que le había dicho antes, tal como él esperaba que sucediera.

—No —murmuró.

—¿Se culpa usted?

—¡No!

—¿Recuerda haber estado en el auto? ¿Sentada junto a su madre? ¿Gritó ella? ¿Y usted? —disparaba rápidamente sus preguntas, golpeando su mente como si fueran unos puños implacables.

—¡No! ¡No! ¡No!

De pronto, él no la interrogó más y ella quedó temblando, expectante, esperando que continuara aquel ataque.

—Regresemos —dijo él al fin, pero cuando se volvió para empezar a caminar, ella se quedó parada, guardando sus secretos en su interior. No podía regresar, nunca podría hacerlo. Allá no quedaba nada.

—Yo iré hasta la carretera —le dijo con calma y dio media vuelta para caminar con su paso lento y patético.

Wyatt la siguió en silencio.

# Capítulo 7

Cassie estaba inclinada sobre el escritorio de su dormitorio, tocando las líneas realzadas en su cuaderno de Braille con los dedos de la mano izquierda y escribiéndolas en letra de imprenta con la derecha. Las letras eran desiguales, en ocasiones juntaba las palabras o ponía una encima de la otra al equivocar los espacios, pero en su mayor parte, la carta era legible.

"Querida señora Carmody:

Me han prometido una máquina de escribir, así que mi carta siguiente será más larga y más fácil de leer, pero no quise esperar más para decirle cuánto la extraño. Windrow es muy hermoso, al menos siento que es hermoso, y los doctores me dicen que hay una posibilidad de que recupere la vista. Si eso sucede, nuestros problemas no serán insuperables. Le pido por favor que no haga planes todavía. Nos quedan aún tres meses después que me den de alta aquí, antes que se termine el contrato de arrendamiento. Eso nos dará tiempo suficiente para tomar decisiones. El dinero nos alcanzará. Dele mi cariño a Robert".

Se apoyó en la silla, pensando en lo que había escrito. Por supuesto que no todo era color de rosa. Aun en el caso de que recuperara la vista, ¿cómo podría conservar a la señora Carmody? ¿Qué clase de empleo podría encontrar donde pudiera ganar lo suficiente para pagar a un ama de llaves?

Sonrió al pensar en la señora Carmody, etiquetada como ama de llaves. Por supuesto que ésa había sido su función cuando Cassie era un bebé. Rígida, correcta, inflexible, así era la mujer. Después del accidente llegó a ser mucho más. Fue la roca alrededor de la cual giraban ella y su padre: era reservada y trataba, en vano, de ser para Cassie la madre que había perdido, los ojos que ya no tenía, los amigos que nunca conoció. ¡Ama de llaves, claro que sí!

Entonces llegó el increíble día cuando los abogados asestaron el golpe final después de la muerte de su padre y el mundo de Cassie se derrumbó. Allí estaba presente, como siempre, la señora Carmody, para recoger los pedazos.

—Hice todo lo posible, señorita Winters —le había dicho el corpulento abogado—. Pero todo fue inútil. No hubo forma de hablar con su padre después del accidente. La riqueza que disfrutó cuando joven era considerable, es verdad y con un manejo adecuado pudo haberla incrementado a través de los años —titubeó y aclaró su garganta—. Pero no quiso hacer ninguna concesión, no quiso alterar su estilo de vida y eso produjo la bancarrota. Ya le habían otorgado préstamos sobre casi todas sus pólizas de seguros de vida. Sólo la más

pequeña lo salvó de la ruina total.

—Así que no queda nada —dijo la señora Carmody.

—Me temo que así es.

—Nada para Cassie.

—Sólo un pequeño fideicomiso que hace años inició su madre. Fue lo único que él no pudo tocar. Al menos, eso permaneció intacto y ganó intereses. No es mucho, pero por lo menos, es algo.

Había mencionado una cantidad, pero para entonces Cassie ya no lo escuchaba. Nada sabía de finanzas, el dinero siempre estuvo a su alcance y nunca se le ocurrió que llegaría el día en que carecería de él. Nunca había tenido necesidad de saber.

—Bien, he ahí un padre amoroso. ¡Y yo que me compadecía de él!

—Merecía su compasión —dijo el abogado con voz baja—. Créame, señora Carmody, la merecía. No volvió a ser el mismo después del accidente, no creo que se diera cuenta de lo que hacía.

—Pero eso no ayuda a Cassie, ¿verdad?

Se volvió hacia la chica y debió ver algo en aquel rostro afligido que la conmovió, pues unió las manos en un gesto muy suyo y trató de enmendar la situación con una bravata.

—No será tan malo, Cassie. Hay lo suficiente para pagar tu tratamiento en esa escuela, ¿cómo se llama?... oh, sí, Windrow. Y quizá todo resulte bien. Despediremos a los sirvientes de inmediato, por supuesto, y yo buscaré otro empleo, sólo que no viviré en mi nuevo trabajo. Tú y yo buscaremos un apartamento bonito y estaremos muy bien. Ya verás.

Cassie sonrió débilmente, ocultando el esfuerzo desesperado que hacía por comprender. Trataba de perdonar la increíble irresponsabilidad de su padre, pero la primera imagen clara que tuvo de un hombre débil y despreciable que aparentaba ser fuerte a expensas de aquellos que confiaban en él, se grabó en su mente y desde entonces luchaba contra aquella imagen.

El me amaba, me amaba, se repitió muchas veces durante la última semana. Sólo era débil y se sentía perdido, y no se puede culpar a un hombre por eso...

De los dos, él había sido el más anormal, ahora se daba cuenta. La utilizaba a ella como una excusa para meterse bajo una concha donde pudiera vivir sus últimos años sin un solo recuerdo del pasado, esperando la llegada de la muerte. Después de todo, empezó a agonizar desde el día del accidente, sin pensar que su rechazo a continuar viviendo afectaba a su hija.

Recordaba haberle dicho al doctor Field que amó a su padre, y se percató, con un estremecimiento, de que el padre que había amado murió dieciocho años atrás, no sólo dos semanas antes. Las palabras de Wyatt volvieron, sin querer, a su mente: "ustedes abandonan a las

personas que los necesitan, se encierran en sí mismos hasta que olvidan que hay un mundo fuera de ustedes..." Sonrió con amargura. Según él, describía a los ciegos, pero a quien había descrito era a su padre, no a ella. Su única culpa era haber dependido de él, haber confiado en una cáscara vacía que ya nada podía dar a los demás.

Cassie se levantó del escritorio y tiró con su mano todo lo que estaba encima, arrojándolo al suelo. No había futuro alguno al depender de alguien. No volvería a cometer ese error, jamás.

Tocó su reloj de pulsera y comenzó a prepararse para bajar a almorzar. El doctor Field le había concedido una hora para estar sola después de aquel horrible paseo hasta la carretera, y ya casi se terminaba el tiempo.

—Por Dios, Wyatt, si no te conociera diría que estás sufriendo una resaca —le dijo el doctor Franklin cuando el doctor Field entraba en su oficina y se arrellanaba en el sillón, frente a él—. ¿Se ha preocupado alguien por señalar que olvidaste afeitarte esta mañana o fue un descuido intencional?

Wyatt subió una mano a su mentón y se lo frotó.

—No me di cuenta, tenía mucha prisa.

El doctor Franklin rió.

—¿Será que el enigmático doctor Field lleva una vida nocturna secreta? Si es así, espero que sea tan buena como lo mal que luces esta mañana.

—Anoche trabajé —le contestó, molesto y Franklin levantó las cejas, sorprendido—. Lo siento tengo algunos... problemas poco comunes.

—¿Quieres hablar de ellos? —inquirió, pensando que era una pregunta inocente.

—No. Sólo entré para saber si habías tenido suerte al encontrar algún caso similar al de la chica Winters.

Matt oprimió los labios, exasperado.

—Todavía nada, pero tengo llamadas colocadas en todo el país. Si existe algún caso similar, lo encontraré. Estás tan a oscuras como tu paciente, ¿verdad, Wyatt?

El saltó de su silla en una explosión de energía y empezó a caminar frente al escritorio.

—No sé cómo debo tratarla, Matt. Lo único que hago son conjeturas, sin basarme en la experiencia de alguien más. ¿Qué tal si la fuerzo demasiado y ella se cierra en sí misma para siempre? ¿O si no la estimulo lo suficiente y no logramos nada? Ella nunca lo volvería a intentar.

Matt observaba aquel ir y venir con preocupación, perturbado por la intensidad de la reacción de Wyatt.

—Tus acciones normalmente son confiables —le dijo con cautela— y por lo regular confías en ellas. ¿Por qué dudas?

Wyatt se detuvo frente al escritorio. Cerró los ojos, controlando la necesidad física de descargar la tensión.

—Tienes razón —le dijo con voz firme—, estoy exagerando. Es que es más difícil extraer los horrores de la mente de una persona que enseñar a un ciego a confiar en sí mismo. No he repasado esta parte de la psiquiatría desde hace tiempo, y no estoy acostumbrado.

Matt le dirigió una sonrisa tranquilizadora, deseando extender su mano para consolar a su joven amigo.

—Lo entiendo, Wyatt. Es una presión emocional, tanto para el psiquiatra como para el paciente. Para ayudarlo, lo tienes que lastimar y la culpa es una consecuencia natural —bajó la vista—. Es muy difícil lastimar a esta paciente, ¿verdad? —le preguntó con voz baja.

Wyatt entrecerró los ojos, luego aspiró y sus facciones se relajaron.

—Estás jugando a ser el psiquiatra del psiquiatra, Matt.

El doctor Franklin encogió los hombros y sonrió.

—Lo siento. ¿Has adelantado algo con ella?

—Tal vez demasiado. Esta mañana recordó algo… algo muy pequeño… una pieza que tocaba en el piano el día del accidente, pero el resultado fue casi desastroso.

La voz de Wyatt era incierta.

—En esta ocasión la tomé desprevenida. No sé por qué, pero intuyo que no volverá a suceder, y si su mente levanta defensas en contra mía, ya nada podré hacer.

—¿No la estás forzando demasiado?

—No estoy seguro —caminó hacia la puerta y titubeó, tenía la mano en la perilla—. Me gustaría llevarla el viernes a la cena, Matt. ¿Tendrías inconveniente? Me gustaría verla en un ambiente de familia, ver cómo reacciona a la figura de una madre. Katy es la mejor que conozco.

—No hay problema, ella estará encantada. Ojalá que eso ayude.

—Yo también lo deseo. Gracias.

Matthew se quedó sin moverse mucho después que se había cerrado la puerta. "Debes haber llegado a la vejez, Matthew Franklin", se dijo. "Un viejo ridículo afecto a locas ilusiones y con una imaginación exagerada". Lo que originaba aquellas ideas era el hecho de que el tono de Wyatt era raro al pronunciar el nombre de ella, en la forma en que bajaba la vista cuando hablaba de la chica, como si temiera que sus ojos lo delataran. Y aunque era un joven apasionado, ¿se había mostrado así antes? Esa desesperación por obtener éxito, como si su vida dependiera de ello.

Reflexionó un momento, luego tomó el teléfono para llamar a Katy. Sólo le diría lo que Wyatt le había pedido. Katy podría confirmar

o aliviar sus sospechas sin tener conocimiento previo de la situación y Wyatt quedaría satisfecho. La opinión de ella en cosas como ésa era infalible.

Cassie percibió la presencia de Wyatt en el comedor, aunque el poco ruido que hizo al entrar había sido opacado por los demás comensales. Levantó los ojos, sin equivocarse, hacia donde él estaba. Era una revelación sorprendente, esa habilidad para sentir su presencia, y aunque no entendía aquel fenómeno, no lo discutía.

El psiquiatra la vio vuelta hacia él desde la mesa más lejana del comedor. Supo, por su expresión, que había percibido su entrada silenciosa. Había más de una docena de personas y de todas, sólo una sabía que él estaba allí, y esa persona era invidente.

—Sabía que estaba aquí —le dijo cuando él se sentó en la silla frente a ella.

—¿Por qué no iba a saberlo? —le contestó, brusco—. No hice ningún esfuerzo por ocultar mi presencia.

Cassie retrocedió ante aquella mentira.

—No lo entiendo —insistió—. Antes que usted entrara, sabía que estaba allí, parado en la puerta, observándome.

—Sexto sentido —dijo él sin darle importancia a su observación—. No es raro en los ciegos. Además, usted no está ciega, al menos sus ojos no, sólo su mente.

Ella asintió en silencio, asimilando lo que había dicho.

Cassandra había cambiado su ropa y peinado. Recogió su cabello en la nuca, en una cola de caballo, dando más realce a sus facciones.

—Usted me está mirando fijamente —le dijo de repente.

—¿Y qué?

La rudeza de su voz la desconcertó y su rostro reflejó desconcierto.

—Que es de mala educación.

La risa de él envió un escalofrío por su cuello.

—¡De seguro estará acostumbrada!

—¡Por supuesto! ¡Eso no significa que no sea de mala educación y usted, más que nadie, debía saberlo!

—No la miró así por ser ciega, señorita Winters, lo hago porque es usted muy hermosa.

Ella se calló y sólo un leve movimiento de sus cejas delataba su incertidumbre.

—Veo que el halago la ha incomodado. Es tiempo de que sepa cómo es usted. ¿Recuerda el color de su pelo? ¿El de sus ojos?

Cassie afirmó con la cabeza.

—Sus ojos son asombrosos, de verdad —continuó—. No creo haber visto otros con ese color. Y son un extraordinario contraste con su cabello, el cual es casi blanco. Y por supuesto, es usted muy pálida, quizá demasiado. ¿No salía usted jamás?

Como para desafiar sus palabras, las mejillas de Cassie se sonrojaron.

—Me parece que ya he tenido bastante de su descripción. Gracias. Prefiero no saber cómo soy a tener que escucharlo de usted.

—¿Le molesta que la halaguen?

—¡Halagarme! ¿Fue eso un halago? ¿Decirme que soy incolora?

El se quedó callado durante un largo momento y cuando al fin habló su voz no era muy profesional.

—Casi todas mis pacientes no están seguros de su apariencia. Los ciegos tienden a creer que la ceguera es una deformidad y hasta que se convencen de que su apariencia física no es repulsiva, no pueden adquirir la confianza suficiente para lograr algo positivo.

—Y por eso nos dice a todos que somos hermosos —dijo ella con desdén.

—Desde luego que no. Mi última paciente perdió la vista cuando su rostro golpeó contra el parabrisas en un accidente automovilístico. Lo que quedó de ella no era bello, pero no era tan horrible como ella, en su imaginación, se figuró. Una vez que se dio cuenta, se sintió muy bien. Nunca le dije que era hermosa, habría sido una mentira muy cruel. Se lo dije a usted porque es cierto.

Cassie se movió en su silla, incómoda por aquellas palabras que quisieron ser de elogio, pero que no lo eran.

—¿Fue por eso que me besó? ¿Porque soy bella?

La pregunta fue inesperada y hecha sin malicia.

—Supongo que sí —murmuró, luego se mordió el labio inferior al darse cuenta de que su respuesta había sido poco convincente.

—¿Acostumbra besar a todas sus pacientes?

—¡Por supuesto que no!

—¿Sólo a las que son atractivas?

Sus preguntas las hacía sólo con la simple curiosidad de alguien que busca comprender una costumbre desconocida.

El oprimió los labios mientras formulaba en su mente una explicación que no la lastimara.

—Nunca debió suceder, pero como sucedió, no tiene caso fingir. Usted es una joven muy hermosa y yo mentiría si intentara que creyera que no respondí a eso... en un nivel muy básico. Pero ese nivel no tiene lugar en nuestra relación de médico a paciente. ¿Comprende?

—No.

El cerró los ojos y exhaló con fuerza, exasperado.

—Piense en ello como un error, señorita Winters. Eso fue todo, una equivocación que no volverá a suceder.

Ella bajó lentamente los ojos y asintió una vez con la cabeza. Sobre la mesa, la mano de Wyatt se apretaba hasta formar un puño blanco por la tensión. Suspiró, aliviado, cuando Helen se acercó a la mesa.

Agradecía cualquier tipo de distracción.

—Yo tomaré lo que haya ordenado la señorita Winters, Helen.

—Aún no ha ordenado.

—Lo siento, Helen —se excusó Cassie—. No me di cuenta... esperaba al doctor Field.

Wyatt manifestó su descontento hacia Helen frunciendo el entrecejo.

—No tiene por qué disculparse, Cassie —le dijo mirando a Helen —. Los empleados aquí están para que usted se sienta cómoda y no a la inversa. ¿No es así?

—Por supuesto —respondió Helen con frialdad, sonrojándose.

—No importa —dijo Cassie con precipitación, confundida por las vibraciones hostiles que sentía en el aire que la rodeaba—. Tomaré el cordero, gracias.

Wyatt indicó, alzando dos dedos, que deseaba lo mismo.

En ocasiones los sentidos de Cassie eran agudos, y a veces le fallaban por completo. Por ejemplo, ahora, aunque escuchaba la respiración estable de Wyatt, aunque sentía los cambios más sutiles en las corrientes, no tenía idea de hacia dónde miraba él.

—¿Sería violar las reglas si le pido que me cuente algo de usted?

—¿Qué desea saber?

Cassie oprimió los labios, pensando en lo que quería preguntar.

—Cuando tiene tiempo para usted mismo, además de su trabajo, ¿qué le gusta hacer?

Por un momento él guardó silencio.

—Nunca he tenido esa clase de tiempo.

—¿Dedica cada minuto que está despierto a su trabajo?

—Cada minuto.

—Me parece aburrido.

—Con frecuencia me acusan de serlo —él rió.

—¿Es por eso que nunca se ha casado?

—Tal vez.

—¿Se ha enamorado?

Wyatt levantó la cabeza y examinó su rostro para ver si hablaba en broma, pero estaba muy seria y atenta.

—De mi maestra de cuarto grado. Nunca me recuperé.

Ella le sonrió y encogió los hombros.

—Bien, siga con sus misterios.

—Mi vida personal nada tiene que ver con nuestra relación, eso es todo. No tiene objeto discutirla.

Como coincidencia, ella movió los ojos sin vacilar y pareció fijarlos en los de él.

—Sabe, hay algo extraño en ser ciego. Se desarrolla una sensación de saber cómo la gente reacciona hacia uno. Es difícil de explicar y no

puedo decirle de dónde llegan las señales, pero están allí, como si las pudiéramos ver. Maggie, por ejemplo, me simpatizó de inmediato y creo que llegaremos a ser buenas amigas. El doctor Franklin, aunque pasamos muy poco tiempo juntos, muestra un deseo de protección paternal hacia mí —se interrumpió cuando Helen sirvió su comida en silencio, y esperó a que se alejara antes de continuar—. Y Helen casi me odia. Pero usted, doctor Field —hizo una pausa al tomar su tenedor—, usted me teme. Nadie me había temido antes.

Wyatt se quedó muy quieto, pensando, primero en una violenta negativa, después en reír, ignorando lo que había dicho. Antes que pudiera contestar, Cassie había tomado el primer bocado y le sonreía.

—Debe probar el cordero —le dijo, tranquila—. Está delicioso.

Wyatt sabía que el ignorar su acusación sería darle importancia y se esforzó por continuar la discusión.

—Hay algo de verdad en lo que ha dicho —respondió con cautela, observando su rostro—. Nunca había tratado un caso como el suyo. Es probable que nadie lo haya hecho. Psiquiátricamente, yo estoy en un terreno desconocido, y eso me incomoda. No sabía que era tan obvio.

Cortó otro trozo de cordero y lo masticó, pensativa.

—Ayer me preguntó qué pensaba de usted. Hoy, me gustaría saber qué piensa usted de mí.

El dejó su tenedor en el plato y retiró su silla de la mesa.

—Creo que usted tendría un buen futuro como psiquiatra —le contestó con expresión tensa y cautelosa—. Desde luego no tengo intenciones de someterme como su primer paciente. Se supone que soy yo quien debe hacer aquí las preguntas, ¿recuerda?

—No lo puedo evitar —murmuró con tanta precipitación que no tuvo tiempo para disfrazar su sinceridad—. Quiero saber todo acerca de usted.

—Cuando termine su almuerzo, volveremos a trabajar. Ya hemos perdido mucho tiempo.

Cassie se estremeció al escuchar la frialdad de su voz, luego limpió sus labios con la servilleta.

—Ya terminé —replicó—. ¿Cuál es el programa para esta tarde? ¿Escalar montañas?

—No, no es algo tan fácil. Esta tarde hablaremos.

La dejó que saliera por sí misma, luego la tomó del brazo y la guió hasta la parte posterior de la casa, sobre un terreno áspero y descuidado llegando hasta una espesa vegetación.

—Hay sólo una pequeña franja de esto —le dijo al ver que titubeaba—. Pronto llegaremos a un sendero y caminaremos con más rapidez.

Había ocasiones, pensaba él, en que los ciegos tenían mucha dignidad. Nunca miraban hacia abajo cuando caminaban, como lo

hacía la gente que veía, y el hecho de que sus rostros se mantuvieran en alto, les daba una elegancia peculiar. En Cassie, en particular, la serenidad de su mirada lo hacía pensar que no era invidente, sino alguien que miraba hacia un punto lejano en la distancia.

—¿Adónde vamos? —le preguntó de repente, sacándolo de su meditación.

—El sendero conduce a la cima de una colina que está detrás de la casa principal. Cuidado... hay un trozo de rama seca frente a nosotros —la detuvo con la mano, guiándola para evitar el obstáculo—. La cima es plana, como una meseta en miniatura —continuó— y el panorama es espectacular.

—Creí que había dicho que no escalaríamos montañas —le dijo, irritada.

—Esta no es una montaña —contestó riendo—, aunque es el lugar más alto del condado. Se puede mirar hacia cualquier dirección a kilómetros de distancia, desde aquí.

—Usted puede mirar.

—Usted lo va a sentir y creo que le gustará.

Subieron en silencio, concentrándose en el esfuerzo que se requería para ascender por aquella cuesta tan pronunciada. Cassie tropezó una vez con una rama seca que salía de la maleza y él la sostuvo por la cintura y la ayudó mientras recuperaba el equilibrio.

—Lo siento —dijo él al instante—, debí advertirle.

—¿Por qué tan solícito, doctor? Yo creía que ayudar a los ciegos era romper una de sus reglas fundamentales.

—Por dos razones —contestó tirando de ella, hacia adelante—. Una: no queremos que usted salga de Windrow buscando la forma de librar esta selva. Y dos: no deseo que se desanime al tener que soportar pruebas de resistencia física esta tarde. Necesito su mente clara y relajada para que se pueda concentrar.

A unos cuantos pasos, Cassie se detuvo sin avisar, inclinaba su cuerpo hacia adelante para compensar el ángulo de la escalada y tenía los labios entreabiertos por la sensación desconocida.

—Hemos llegado, ¿verdad?, puedo sentir el aire en mi cara.

—Sólo unos cuantos pasos más... —empezó él, pero ella se apartó, subiendo como un niño ansioso, tropezando, y llegó, por fin, a la cumbre y se detuvo, triunfante.

—¡Es fantástico! —gritó y el viento llevó sus palabras a donde él estaba—. ¿Qué hay enfrente de mí?

—Nada excepto hierba.

Ella titubeó, luego, en un solo movimiento veloz, desabrochó el pasador que ataba su cabello y lo sacudió hasta soltarlo al viento. Ya no le importaba la presencia de Wyatt, su ceguera, ni ninguna de las muchas restricciones que la habían apartado del mundo durante

tantos años. Se sentía libre y comenzó a reír, girando sobre sí misma, girando en pequeños círculos con los brazos extendidos.

Al fin se dejó caer al suelo y se acostó con la cara al cielo. Sintió la luz del sol bloqueada de pronto por la sombra de Wyatt y alzó la barbilla hacia el punto donde imaginaba que estarían sus ojos.

—Siento que estoy en la cima del mundo —dijo con suavidad—, y que nada obstruye mi camino.

Wyatt frunció el ceño, evaluando su reacción y preguntándose cómo la podría aprovechar.

—¿Cuándo fue la última vez que se sintió así? —le preguntó, arrodillándose a su lado sobre la hierba.

—Cuando todavía podía ver —respondió de inmediato.

—¿Y qué es lo que ahora ve?

—¿Qué quiere decir?

—Finja que puede ver. Cierre los ojos, imagine que tiene la vista y describa lo que ve.

Rió, nerviosa, luego rodó hacia un lado para quedar frente a él, quedando muy cerca.

—¿Es un juego, o es en serio?

—Es en serio —contestó él retirándose de ella para sentarse.

Ella siguió su voz y se puso de rodillas junto a él, extendiendo una mano para tomar su brazo. El se esforzó por permanecer inmóvil cuando ella subió su mano para tocarle la mejilla.

—Lo veo a usted —le dijo poniendo la mano en su hombro.

—Eso no significa que me vea, es sólo imaginación. ¿Qué es lo que ve en realidad?

—Un hombre iracundo —contestó con seriedad.

—¿Qué es lo que ve? —le preguntó con rudeza, alzando mucho la voz.

—¡Ya se lo dije! —le gritó a su vez—. ¡Lo veo a usted!

De pronto sintió que el viento suave rugía en sus oídos, la colina ya no tenía la libertad del espacio abierto sino un vacío sin forma alguna, y más alarmante que todo eso, era que el suave calor del sol se había convertido en un calor opresivo y abrasador que la oprimía, dificultándole la respiración.

—¿Qué es lo que ve? —su voz era fuerte, pero extrañamente sofocada, y ella vio en su cerebro un violento torbellino de colores, amarillo y naranja.

"No es real, no es real", se aseguraba pensando en silencio cosas que se mezclaban unas con otras. "Piensa en el cielo, el cielo azul, recuerdas el azul, ¿verdad? Tuviste un vestido azul"...

—¿Qué es lo que ve?

Se puso de pie de un salto, con los ojos muy abiertos y la boca abierta de horror. Wyatt también se levantó y se detuvo, paralizado al

ver su expresión, temiendo forzarla un paso más en el sendero que su mente había elegido. Pero ya no se podía controlar.

—¿Qué es lo que ve?

Ella retrocedió, tenía los ojos fijos en la imagen que su mente había evocado y su voz se escuchaba reseca.

—Fuego —dijo con voz ronca—. ¡Es fuego! —giró y corrió para alejarse de aquella imagen y de aquella voz.

Su pie quedó a sólo unos centímetros de la parte plana de la colina cuando los brazos de él se extendieron para atraparla.

La abrazó, sujetándole la cabeza sobre su pecho. Le acarició el cabello, mientras que ella, sin hablar, temblaba contra él.

Poco a poco se desvaneció aquella visión de fuego y su mente volvió a quedar vacía. Dejó de temblar y por primera vez tuvo conciencia de que él la abrazaba.

—Lo he perdido —murmuró contra su pecho—. Estuve muy cerca de recordar y luego lo perdí.

—No acudirán los recuerdos a caudales —le dijo él con los labios entre su cabello—. Sólo en partes. Su mente la está preparando, poco a poco.

El ronco timbre de su voz hacía que se levantaran los finos y sedosos cabellos de su nuca, y de pronto, el suave aroma de su loción llegaba a su nariz. De pronto, él no era el doctor Wyatt Field ni ella Cassandra Winters; eran sólo un hombre y una mujer.

Ninguno de los dos se movió, hasta que les pareció que la tierra bajo sus pies empezaba a temblar. Luego, sin ninguna advertencia, Cassie se movió contra él.

Wyatt apretó sus brazos en una convulsión repentina. La niña que se acurrucaba para encontrar consuelo, se convertía, de pronto, en una mujer y exigía la culminación del deseo que la impulsaba. El abrió los ojos ante el contacto de la pelvis y el muslo, y su cuerpo respondió con una rapidez que fue incapaz de prevenir.

Ella arqueó la espalda contra el brazo que la presionaba e hizo la cabeza hacia atrás. Sintió los labios masculinos en su cuello y se estremeció. Después por el más breve de los momentos, la cálida humedad de su boca se posó en un seno; él se estremeció violentamente y la empujó.

—¡No! —gritó Wyatt y no había nada de humano en su voz. Era el rugido de un animal herido, la iracunda protesta de una bestia a quien privaban de su presa, el grito salvaje de un león que hace que los nativos huyan en la selva.

Mucho después, siempre que escuchara su voz iracunda, Cassie recordaría este momento y pensaría en el reclamo de un león en la oscuridad.

Wyatt se quedó separado de ella, con los brazos a sus costados, su

pecho se agitaba en cada aliento que exhalaba. Cuando bajó la vista y se detuvo en el rápido subir y bajar de los senos bajo la blusa, volvió la cabeza hacia arriba y fijó su mirada en aquellos ojos en blanco, que, preocupados, parecían acusarlo.

—Lo siento —murmuró con voz ronca.

—Debería sentirlo —le contestó ella con voz temblorosa, mordiendo su labio inferior como un niño malhumorado—. ¡Nunca termina lo que empieza!

—Cassie, usted no comprende.

—Sí comprendo, sé que usted me desea.

—He deseado a muchas mujeres —le dijo, forzando aquella mentira entre sus dientes y adornándola aún más—. Usted no es diferente de otras.

El observó cruzar por su rostro, primero, incredulidad y luego desaliento; supo que le creía.

—Nunca, nada me impidió tener a una mujer que deseaba, pero en esta ocasión hay algo. No puedo ser su doctor y amante al mismo tiempo, por lo que he elegido lo más importante. No fue una elección difícil. Una mujer menos no afectará el resto de mi vida.

Casi se ahogaba al decir aquellas palabras, se esforzó por mirarla mientras su rostro quedaba en blanco, desprovisto de toda emoción. Luchó contra el impulso de caer de rodillas ante ella y dejarse arrastrar por la corriente, pero se quedó quieto esperando.

Ella cerró los ojos y se quedó rígida, las palabras de él la azotaban como si fuera una tunda, las escuchaba en su mente una y otra vez. Una parte de él deseaba tomar para sí su angustia, pero otra, se alegraba de ella.

—Sé que está usted sintiendo una serie de cosas desconocidas —le dijo con alegría—. Es el despertar sexual que todas las jóvenes experimentan al llegar a la adolescencia. Yo no estoy en su caso —forzó una risa de desdén—. Yo ya pasé por eso, hace mucho tiempo. No hay algo que usted pueda darme que no me hayan dado docenas de mujeres. ¿Me entiende?

Ella asintió con la cabeza y tembló su labio inferior.

—No se sienta mal, no tiene por qué avergonzarse. Algún día lo recordará y se va a reír.

El apretó los ojos ante la insensatez de sus palabras.

—¿Nos vamos? —preguntó con fingida alegría y ella contestó asintiendo con la cabeza en un estoico silencio que a él le partía el corazón.

Wyatt estaba preocupado cuando caminaban de regreso a la casa, mirándola furtivamente siempre que ella se distraía. Caminaba desanimada y resignada, hundiéndose más y más en una depresión que sería imposible superar hasta que él encontrara la forma de

frenarla.

—Muéstreme su habitación —le ordenó cuando entraron en el edificio, y ella asintió sin hacer comentarios y lo guió—. Ahora, quiero que descanse. Recuéstese, cierre los ojos.

Ella se volvió, incierta, hacia la cama deseando hundirse en su suavidad, rendirse al cansancio que la había invadido.

Wyatt vio sus párpados pesados y sabía que en su mente anhelaba evadirse en el sueño en un síntoma clásico de una aguda depresión. Y eso, él sabía cómo manejarlo.

—Me voy a quedar sentado junto a usted un rato.

Tomó asiento en la única silla que había en la habitación y puso los pies en la otomana. Aprobaba su silencio, moviendo la cabeza al ver que ella caminaba lentamente hacia la cama.

—¿Le agradó el doctor Franklin, ¿verdad?

Ella se sentó en la orilla de la cama y asintió con la cabeza, en silencio.

—Tiene una linda casa a unos cuantos kilómetros de distancia y una esposa encantadora... Katy. Creo que a usted le agradaría. ¿Le gustaría cenar con ellos el viernes por la noche, sólo para alejarse de todo esto durante un rato?

Observó su lento parpadeo que hacía parecer sus ojos vidriosos. Ella volvió a asentir con la cabeza.

—El doctor Franklin y yo hemos trabajado juntos durante muchos años y llevamos una buena relación, al grado de que en un tiempo abrigó la secreta fantasía de casarme con su hija.

Ella pareció fijar sus ojos en él y frunció un poco el ceño.

—Por supuesto que él ignora que yo lo sé —dijo en tono confidencial—, y nunca se lo diría, pero sus intentos fueron muy obvios. Hizo todo lo que pudo, menos levantarme del suelo y arrojarme hacia ella.

Cassie sonrió un poco y él cerró los ojos, aliviado.

—Supongo que no hacían una pareja perfecta —dijo serena y él suspiró con satisfacción al oírla hablar.

—Marianne apenas me toleraba. Se casó con un ingeniero petrolero y escapó de las intenciones de su padre en cuanto pudo.

Cassie sonrió de verdad al pensar que alguien lo había rechazado, luego bostezó, siendo éste el primer gesto de sincero relajamiento.

—Estoy cansada, quisiera dormir.

—En un momento —le dijo él con impaciencia—. Primero quiero que hablemos de lo que vio allá, en la colina. ¿Puede hacerlo?

Ella arrugó el ceño y se oprimió la frente con una mano.

—No hay mucho que decir. Vi fuego y me asusté, eso es todo.

—Ahora, ¿ya no siente miedo?

—No, en realidad no. Ahora todo es vago, como una película que

vi hace mucho tiempo.

—Exactamente como la pieza de piano. Una vez que la recordó, el miedo se disipó. ¿Lo entiende? El miedo a recordar es peor que el recuerdo en sí —se inclinó hacia adelante, poniendo sus manos en las rodillas, con la mirada intensa—. Sería más fácil, Cassie, si pudiera usted reconstruir conscientemente el accidente. Más fácil para usted. Es siempre más agotador forzar al subconsciente a recordar. Es como volverlo a vivir en lugar de sólo recordarlo. ¿Quiere intentarlo?

Ella asintió, poniéndose tensa.

—Entonces, muy bien. Es obvio que el fuego se relaciona con el accidente, por lo que debemos asumir que el auto se incendió y que usted lo vio —titubeó en forma intencional, escudriñando su rostro para descubrir alguna reacción, pero ella mantuvo el rostro sereno e indiferente—. Si vio a su madre atrapada en ese auto que se incendiaba, sin poder ayudarla, debió provocarle un trauma insoportable. Frustración, cólera, y sobre todo, culpa… todo eso se unió para crearle un bloque mental. Ahora, piense. ¿Recuerda algo así?

Ella cerró los ojos apretándolos con fuerza, concentrando toda su energía en un esfuerzo desesperado por recordar.

—Lo siento. Nada.

El aspiró profundamente para prepararse, se levantó de la silla y su voz explotó sobre la cabeza de ella.

—¡Crezca, con un demonio! —le gritó, y ella se puso atenta, con los ojos muy abiertos. El bajó su voz a un tono siniestro y añadió con desdén—: ¿Y espera que un adulto la tome en serio? ¡No es usted más que una niña que se oculta en el cuerpo de una mujer, reprimiendo el recuerdo que la puede convertir en una mujer completa! No es más que media mujer, Cassie, quizá menos que eso.

Ella se quedó sin aliento, no podía creer aquel ataque violento tan repentino, se quedó con la boca abierta y sus mejillas se volvieron de un rojo escarlata.

—¡Salga de aquí! —le gritó y Wyatt sonrió con satisfacción.

—Con mucho gusto —le dijo con voz suave y cerró de golpe la puerta.

Se apoyó en la pared y sonrió al escuchar los golpes monótonos que ella daba en la almohada.

—Muy bien, Cassie —murmuró—. Eso le hace bien.

# Capítulo 8

En el momento que Cassie se sentó frente a él esa noche, supo que él había cambiado. Sus sentidos lo advirtieron antes que él dijera una palabra y cuando habló, su voz lo confirmó. Había un nuevo filo, como el acero de una cuchilla sin usar. Rechazó el primer intento de ella de conversar, con un recordatorio impaciente de que ésta no era, en modo alguno, una reunión social.

—Hemos derribado la puerta, hemos visto la pieza que tocaba en el piano, y el fuego, y vamos a insistir hasta que conozcamos el resto.

—Me parece usted diferente —comentó ella.

—No lo soy —mintió él—. Hasta ahora nada más hemos jugado, hemos tomado todo con calma y ha sido fácil.

—Comprendo —contestó, haciendo un gesto de resignación—. La diversión ha terminado, ¿es eso?

El apretó los dedos de una mano.

—Sí, la diversión ha terminado.

La cena transcurrió entre tensas formalidades y respuestas cortas. Al final, preguntó con incertidumbre.

—¿Podemos salir a caminar esta noche?

—Haga lo que quiera —replicó él con indiferencia—. Yo me voy a casa.

Su humor no fue mejor la mañana siguiente. Después de la primera hora, Cassie se sentía como una inútil espectadora de una lucha terrible entre dos fuerzas iguales: la determinación de Wyatt Field y el poder de la mente de ella. No había rastros del hombre que la besó con pasión febril a la orilla del arroyo, no quedaban restos del que la había tomado en sus brazos para consolarla cuando estuvieron en la cima de la colina. Su insistencia en forzar su memoria, se convirtió en una batalla obsesiva e impía y su mente se cerraba contra él.

Durante los días sucesivos él atacaba su conciencia tratando de extraer los recuerdos. Sin embargo, todo fue inútil. Deseaba recordar, trataba con desesperación de lograrlo y el miedo a despertar la ira de él era casi tan grande como el de no recuperar la vista. No necesitaba ver su rostro para saber que cuando decía "no recuerdo", se ensombrecía y se ponía rígido y acusatorio.

Había momentos en que percibía ternura en su manera de ser, momentos en que la desesperación de él era tan grande que ella tenía una sensación fugaz de que su lucha era más personal de lo que el doctor admitía. Por desgracia, esos momentos eran más escasos y breves, por lo que ella se desanimaba bajo aquella constante tensión emocional.

—¡No logramos nada! —se quejaba una mañana, a punto de llorar,

después de una ronda de preguntas que fue aún más cruel.

—Todavía no hemos terminado —le dijo con frialdad, y ella se replegó en su silla, muy afectada por el desprecio del psiquiatra.

La supervisión de Wyatt era tal que le negaba el consuelo de la compañía y la comprensión de Maggie, y era esto lo que extrañaba más que cualquier otra cosa.

—¡Deténgase! —solía gritarle cuando movía un pie para bajar una acera, y ella adelantaba el otro pie para equilibrarse y se quedaba quieta. El presionaba su brazo con los dedos y la volvía a subir a la acera—. ¡Le dije que se detuviera!

—¡Lo hice! —protestaba, pero la respuesta de él siempre era la misma.

—¡No con la rapidez suficiente! ¡Dio otro paso! Algún día, su vida va a depender de la velocidad con que reaccione a la advertencia de una persona que ve.

Los días eran una combinación peculiar de ejercicios diseñados para ayudarla a funcionar como una persona ciega, y de intentos arrolladores para obligarla a recordar y a ver. A medida que pasaban los días, la confianza en sí disminuía bajo sus constantes críticas y anhelaba aquellos momentos de soledad por la noche. Al final de la primera semana empezó a sentirse incómoda.

Esperó, con tristeza, a la mesa del desayuno el viernes por la mañana preparándose para enfrentar los rigores de otro día más bajo el cruel tutelaje del doctor Field.

—Buenos días, Cassie.

Su contestación fue casi imperceptible.

—¿Quiere que empecemos por hablar de su madre o de su padre?

—De ninguno. Ahora no deseo hablar, y eso es algo a lo que usted no puede obligarme —su voz era infantil y petulante.

—Muy bien, podemos hacer otras cosas. De cualquier manera, nuestros duelos verbales se estaban volviendo aburridos.

Lo que dijo sonaba a amenaza y ella frunció el ceño, sospechando algo.

El sonrió al observar su rostro. Extendió una mano para tocar la de la chica en el primer gesto físico amable que había tenido en muchos días. La sensación fue tan sorprendente que ella retiró su mano, sin pensar.

—Lo siento. Está usted nerviosa hoy...

—Paso todas las horas en que estoy despierta al lado de un sádico —contestó con violencia—. También usted estaría nervioso, en mi caso. Gracias a Dios que ya vamos a la mitad.

—Más bien, debería dar gracias a Dios porque continuará siendo ciega.

—Hasta hoy, el tiempo que he pasado con usted no ha sido muy

productivo —le dijo con amargura—. ¿O no lo había notado? Aún estoy ciega, doctor.

—Ya lo sé —replicó con firmeza, ignorando su sarcasmo—. Nunca dije que sería fácil, ni rápido, pero usted recordará, Cassie, y volverá a ver.

—Yo soy su último desafío, ¿verdad? Su llave a la fama y a la fortuna. El caso que sentará precedente y que pondrá su nombre en todos los libros de texto.

—Puede expresarlo así.

—Bien, entonces continuemos —dijo con amargura, separando su silla de la mesa—. No seré yo quien obstruya su camino. ¿Hacia dónde?

—Vamos al gimnasio.

Ella encogió los hombros con indiferencia y se puso de pie.

—¿Hay niebla o son sólo nubes? —le preguntó al caminar por el sendero circular hacia el gimnasio.

—Dígamelo usted.

—¡Está bien! No es niebla porque no hay humedad en el aire, y hace demasiado frío para que haya neblina. Eso deja dos posibilidades: contaminación o nubes.

—¿Huele usted la contaminación?

—Por supuesto que no —respondió en un tono menos severo, alentada por la calidad del aire matutino en el campo—. Aunque aquí estuvo un auto recientemente.

Al mismo tiempo Wyatt escuchó el lejano golpe de la puerta de un coche detrás del edificio médico y movió la cabeza con admiración.

—Y a propósito, las nubes son... muy altas.

Wyatt inclinó hacia un lado la cabeza para confirmar aquello y asintió en silencio, con satisfacción. La percepción y el poder de deducción de Cassie continuaban mejorando a un ritmo alentador

—Se supone que va a aclarar más tarde —murmuró él, distraído.

Titubeaba muy poco al caminar. La orden de él de que lo siguiera hasta el gimnasio no fue una sorpresa para ella. Por lo menos una vez en el día le ordenaba encontrar un edificio u otro.

—Podía llegar a ellos con los ojos cerrados —lo había dicho en broma un día, pero si aquel comentario lo había hecho sonreír, él no lo había manifestado.

Se volvió a la derecha, confiada, cuando sus pies tocaron el rectángulo donde la acera de concreto bajaba a la tierra y siguió por el sendero a paso más lento.

—¿Quiere usted que entremos? —le preguntó con timidez.

—Sí.

La puerta era de metal pesado, con una larga barra que cedía al presionar. Cuando la puerta se cerró, Cassie inclinó la cabeza hacia un

lado asimilando los nuevos sonidos y olores de aquel ambiente desconocido.

—¿Los ciegos juegan baloncesto? —preguntó, maravillada, separando los ruidos que hacía una pelota que botaba sobre un piso de madera dura y después contra un tablero suspendido.

—Sí. Hay un timbre en el aro de la canasta. Algunos de nuestros alumnos se van de aquí habiendo roto la marca de precisión desde la línea de tiro libre. La puerta de acceso al gimnasio está frente a usted.

Empezó a caminar hacia adelante.

—No. No entraremos hoy al gimnasio. Sólo quería que supiera dónde está.

Se detuvo repentinamente, sabiendo lo que él se proponía.

—¿La piscina? —preguntó, atemorizada.

El asintió con la cabeza y sonrió.

—Sí, la piscina.

Ella dio vuelta a la derecha y siguió el penetrante olor del cloro. Tocó la pared a su derecha, dio vuelta en el primer corredor al que llegó y titubeó cuando tocó con las manos las bisagras de una pesada puerta.

—Aquí es —dijo con voz baja.

—Entonces, entremos.

Llegó a lo que parecía un cuarto cavernoso, percibiendo una enorme y amenazante masa de agua a su izquierda. La puerta se cerró con un ruido que hizo eco en aquella cámara hueca y ella se sobresaltó.

—Hay una puerta a su derecha donde está una serie de casilleros. En uno de ellos encontrará su nombre en Braille en una placa al nivel de sus ojos. Dentro hay un traje de baño o un par, si es que Maggie no estaba segura de su talla. Esperaré aquí y no tarde, sólo podemos utilizar la piscina por dos horas esta mañana.

—¿Usted también va a nadar?

—Sí, pero me habré cambiado y estaré aquí antes que usted encuentre su casillero. No me haga esperar.

Ella se fue arrastrando los pies a través del suelo de mosaico hasta topar con una puerta que se abrió al tocarla. La cerró al entrar y se apoyó en ella, respirando profundamente para calmar sus nervios. No estaba segura de si recordaba cómo nadar. ¿Sería como montar en bicicleta? ¿Algo que el cuerpo recordaba, aunque fuera después de veinte años?

Temblaba cuando cruzó la habitación, con los brazos extendidos frente a ella al nivel de su cabeza. "¿Y qué si parezco una persona ciega?", pensó con resentimiento. "El no está aquí para criticarme. Que se vaya al infierno." Se golpeó la espinilla con el filo de algo duro, de madera, y se dobló quejándose y frotando la parte dolorida. Buscó con

las manos hasta encontrar un banco de madera, confirmó que era de respaldo alto como los del Central Park. Pudo evitar el obstáculo, si no hubiese llevado los brazos tan altos. Aun fuera de su vista, sus lecciones la perseguían, castigándola si las ignoraba.

Apretó los labios con ira al dar vuelta frente al banco y buscar con las manos los casilleros. El suyo era el tercero de la izquierda, y aunque lo encontró rápidamente, regresó sus dedos para detenerse en otras placas, leyendo los nombres de compañeros desconocidos que ahora residían en el dormitorio. En ese instante sintió que ya no estaba sola. Que no era la única persona ciega en el universo. Había otros como ella. Existían, eran reales y tenían nombres.

Susan Beckman. ¿Quién era ella? ¿Sería vieja o joven? Elaine Alistair. ¿Cómo quedaría ciega? ¿Estaría amargada, o resignada? ¿Sería ella la mujer que estrelló su rostro contra el parabrisas de un auto?

—¡Hey! ¿Viene usted? —llamó con fuerza a la puerta y ella se volvió hacia aquel sonido.

—¡En unos minutos!

Buscó el traje de baño y se desvistió rápidamente. La crueldad involuntaria de su padre le vino a la mente por un momento y encogió los hombros con un suspiro de satisfacción. La había aislado, no sólo del mundo de los que disfrutaban de la vista, sino también del de los ciegos. Hasta este momento se daba cuenta de cuan terrible había sido esta privación, pero ya había pasado. Lo perdonó al instante y se metió en el traje de baño de una pieza que había encontrado en su casillero.

Aún estimulada por la revelación de que ya no era la única persona ciega en el mundo, salió del vestuario sonriendo, apoyada por la presencia de personas desconocidas cuyos nombres nunca olvidaría. Susan Beckman, Elaine Alistair. Amigos silenciosos. El doctor Field ya no le parecía tan aterrador y cualquier tarea que le impusiera, sería fácil. Después de todo, Susan había pasado por ello, y también Elaine, y si ellas lo lograron, también ella lo haría.

Wyatt se quedó perplejo cuando la vio y entrecerró los ojos. Después se criticaría por no haber notado, en aquellos primeros instantes, la serenidad de su expresión, pero como un hombre normal, sólo vio las formas de un cuerpo que nunca se habla atrevido a imaginar. El hecho de que ella no se diera cuenta de su belleza, lo hacía sentir culpable por haberlo notado.

Cassie se quedó muy quieta junto a la puerta, su largo cabello ondulaba ligeramente al inclinar la cabeza hacía un lado primero y después hacia el otro, tratando de saber en dónde se encontraba él.

Wyatt bajó la barbilla hasta su pecho y aspiró profundamente.

—¿Por qué tardó tanto? —le preguntó, enfurruñado y Cassie

escuchó la impaciencia en su voz.

—Estaba haciendo amistades —contestó, misteriosa.

Y fue cuando él notó la enorme transformación y contuvo el aliento. Se volvió hacia otro lado sin decir una palabra más y se zambulló en el agua cristalina.

Cassie se había acercado a la orilla y saltó hacia atrás con un chillido de alegría cuando la fuerza con la que él salió a la superficie la salpicó. Ya no sentía miedo, y por un momento Wyatt temió que se zambullera antes que pudiera darle instrucciones.

—¿Sabe nadar?

—¡No lo sé! —contestó, feliz.

—Entonces, vuélvase a la izquierda y camine hasta la esquina de la piscina. Es la orilla menos profunda. Empezaremos allí. Son cuatro escalones semicirculares para llegar al agua.

Ella buscó los escalones con mucha precaución con los pies y descendió hasta que sintió que el agua le llegaba a la cintura.

—No puedo quedarme así —decía riendo con los ojos cerrados—. Tengo que mojarme completamente —se zambulló y cayó junto a él.

Ella salió a la superficie como una ninfa.

—¡Es maravilloso! —exclamó, alegre.

Wyatt se quedó inmóvil, hipnotizado por el efecto estimulante de su reacción. Ella empezó a nadar de crawl, lentamente y con desconfianza a través del ancho de la piscina, regresando cuando tocó con la punta de los dedos el azulejo, sus brazadas eran más largas y seguras.

Los músculos de él se pusieron tensos cuando ella rozó con los dedos su abdomen, pero continuó sin moverse.

—¡Puedo nadar!

Su actitud hacia él había cambiado y ese cambio la volvía más segura de sí. Las facciones de él se tensaron hasta formar una arruga en su frente.

—¿Qué pasó allá, adentro? —le preguntó, tomándola con fuerza por los hombros para mantenerla quieta.

Ella abrió la boca y aspiró con fuerza.

—Es difícil de explicar, sólo que todo me parece... diferente. Mejor.

—Ya lo veo. Pero, específicamente, ¿qué sucedió?

Ella sonrió.

—Fueron las placas con los nombres, en los casilleros. Ellos tienen nombres. ¡Y eso hace que sean reales! —titubeó y frunció los labios poniéndose seria de repente—. Durante dieciocho años yo he sido la única persona ciega en un mundo donde todos los demás podían ver. Nadie comprendía mis problemas, ni mis temores, ni lo difícil que era todo para mí. Y ahora, de repente, tengo compañía.

Empezó por sonreír y terminó riendo sin poderse controlar. El la

sacudió ligeramente, pensando cómo recapturar la hostilidad que podía utilizar contra su mente y sentía, con tristeza, que había perdido su última oportunidad para siempre. Las personas felices no examinaban su subconsciente ni trataban de encontrar esqueletos en su memoria. Cassie estaba muy complacida consigo misma y con la vida en general por el momento para esforzarse en cambiar algo.

El estaba desesperado, y aunque no se dio cuenta de que había suspirado, Cassie lo escuchó. De pronto, no era ya el invencible doctor Field, sino únicamente un hombre.

Se hundió bajo el agua con rapidez y Wyatt sintió un tirón en el tobillo cuando ella, con la mano, asió y tiró de sus pies bajo el agua. El cayó de espaldas y probó el amargo sabor del cloro cuando abrió la boca por la sorpresa y ella agitaba el agua con sus manos, salpicándolo sin detenerse.

—Con un demonio... —se puso de pie sin saber cómo reaccionar ante aquel comportamiento.

Sin pensar en lo que hacía y si era o no apropiado, empezó a arrojar enormes oleadas de agua sobre la cabeza de ella quien retrocedió, riendo, cubriéndose el rostro con las manos en un inútil esfuerzo por protegerse. Al menos por un momento fueron como dos niños que jugaban en una piscina.

Cuando la locura de aquella actividad se apagó, él se dio cuenta de quién era y de lo que estaba haciendo con imperdonable claridad.

Cassie dejó de reír como si hubiese percibido un abrupto cambio de humor y se quedaron frente a frente.

—Ya basta por hoy —dijo caminando hacia la orilla.

—¿Por qué? —protestó ella, siguiéndolo. Extendió una mano y se asió a su brazo—. Usted dijo que teníamos la piscina para nosotros durante dos horas.

El bajó la vista cuando ella le impidió salir del estanque. El agua caía por sus hombros y por sus senos y las gotas brillantes colgaban de la punta de sus pestañas al levantar el rostro hacia él.

—Porque con esto no logramos nada —le dijo.

—¿Quiere decir que todo lo que hagamos tiene que ser para lograr algo? ¿Algún propósito clínico? ¿No se da tiempo para divertirse?

—Usted no está pagando para divertirse.

—Y usted está obsesionado con la idea de que tiene que desquitar lo que estoy pagando. ¿Qué se supone que íbamos a lograr con la natación?

—A la mayor parte de las personas ciegas les aterra el agua al principio. Al vencer ese miedo aumenta su confianza en mí y, poco a poco, en ellos mismos. Es obvio que usted no tiene ningún temor que vencer.

Ella sonrió y puso sus manos sobre los hombros de él.

—En ese caso, debería estar contento. Es una lección en la cual no tendré que detenerme. Ya confío en usted y en mí misma.

El se concentró en las dos partes de su cuerpo que ella tenía bajo las manos y trató de separarse. Ella apretó sus hombros con las manos y dejó que el agua la elevara mientras él tiraba de ella. Después de unos cuantos pasos él se puso de espaldas y la chica se le acercó. Las olas que había provocado al pasar menguaron y el leve salpicar contra sus cuerpos inmóviles se hizo más lento hasta que quedaron en un silencio roto sólo por los sonidos que producía su respiración.

Con los labios entreabiertos, Cassie subió las manos hasta tocar las mejillas de él. Sintió que apretaba la mandíbula y que su cuello se ponía tenso, entonces exploró el cuello con una mano mientras que pasaba la otra por el oscuro pelo despeinado.

—Sólo lo estoy mirando —le dijo con voz baja—. Se supone que usted está acostumbrado a esto, ¿verdad?

Sus manos se deslizaban por el suave declive de sus hombros, presionando ligeramente sus bíceps y posándose después en el pecho. Wyatt tenía los párpados entrecerrados y sus labios se abrían para tomar aire sin revelar, por el sonido, la intensidad de su reacción a ese contacto.

Ella tocó el vello y lo enredaba en sus dedos, con una explosión de sensualidad. Era tan difícil apartarse de ella como dejar de respirar. No importaba la urgencia con que su mente le gritaba que escapara al contacto de esas manos y ese cuerpo. El apretó los ojos, presionó las manos a sus costados contra el arrastre del agua y se concentró en lo que quedaba de su voluntad para no ceder a su reacción física.

Cassie estaba embelesada, empezó como una necesidad instintiva y se convirtió en algo más cuando sus dedos sensibles sentían la reacción involuntaria de los músculos temblorosos.

Escuchó que contenía el aliento cuando sus manos descendieron un poco y sintió el latir de su propio corazón. Aquella sensación era extraordinaria, entreabrió sus labios para tomar aire y la imperiosa necesidad que sentía de que él la acariciara, la quemaba como fuego.

Cuando los músculos del abdomen de él se contrajeron, apartándose de las manos femeninas, las piernas de ella perdieron estabilidad y cayó un poco hacia adelante. Su muslo se oprimió contra el de él debajo del agua y Wyatt la sujetó de un hombro. Cassie se estremeció al contacto, y más aún cuando los dedos temblorosos de él trazaron una línea desde el hombro hasta un seno, deteniéndose en el punto rígido que destacaba bajo la tela del traje de baño. Ella contuvo el aliento ante aquella sensación y reaccionó acercándose más a Wyatt.

El inclinó la cabeza hasta la línea donde el traje se unía con su piel. Un sonido de asombro escapó de los labios femeninos y Cassie

escuchó su eco en algún lugar dentro de su cabeza. Arqueó la espalda, se oprimió contra el cuerpo de él, quien deslizó sus dedos por los lados de la húmeda cabellera y bajó su boca a la de ella. Los movimientos inciertos de sus labios aumentaron porque las manos de él bajaron hasta su cintura. Cassie sintió una emoción electrizante que fluía por todo su ser.

En un rápido y desesperado movimiento, Cassie encogió un hombro y sacó un tirante del traje de baño para disfrutar del placer de sentir su seno desnudo contra el pecho de él. Wyatt se separó de la chica, con los ojos muy abiertos.

—¿Qué hace? —le preguntó con voz ronca, tratando de mantenerla a distancia mientras la joven luchaba por acercarse de nuevo a él.

Ella hizo un gesto de confusión y encogió los hombros. Aquel movimiento elevó su seno descubierto fuera del agua durante un instante.

El sentía los dedos torpes cuando extendió la mano para acomodarle el traje de baño.

—No comprendo. ¿Es que soy repulsiva?

El hizo hacia atrás la cabeza y cerró los ojos.

—Dios mío, no —murmuró tratando de controlar sus estremecimientos—. También otras personas utilizan la piscina, pueden aparecer en cualquier momento.

—¿No son todos ciegos? —le preguntó, acercándose a él.

Wyatt caminó con dificultad hacia la orilla.

—¡Los empleados no lo son!

Ella se detuvo de repente y sonrió ante la sencillez de la solución.

—Entonces, vayamos a otra parte —murmuró.

—¡Cassie! —le gritó, decepcionado y ella se sorprendió recordando otra ocasión en que había escuchado su voz distorsionada por la rabia de la pasión frustrada. Una vez más, era el león y ella la presa.

Wyatt la miró un momento, luego se zambulló hacia el lado izquierdo de la piscina y salió por la orilla. Se quedó inmóvil, y el silencio sólo lo rompía el sonido del agua que goteaba de su cuerpo, cayendo sobre el azulejo.

—Salga —le ordenó al fin, su voz era baja y controlada—. Es hora de almorzar. Nos encontraremos afuera del edificio en diez minutos.

Ella se quedó quieta hasta que las vibraciones de su voz se habían perdido. Suspiró y salió de la piscina.

# Capítulo 9

Cassie se vistió rápidamente impulsada por una ansiedad que hacía temblar sus dedos. Sentía una emoción similar a la de un domador que retenía a un animal salvaje con una correa corta, sin estar nunca seguro de si la bestia se volvería para atacarlo.

Llegó a la puerta del edificio, extendió una mano y se detuvo. Entonces se preguntó qué encontraría al otro lado.

Estaba tan segura de sus sentimientos como de que el mundo era negro, pero el de él seguía siendo un misterio. Sólo sabía una cosa: la intensidad de su pasión escapaba del control de ambos y el asunto debía encararse con franqueza. Él lo exigiría y ella no podría evitarlo.

Enderezó los hombros y salió a la luz del sol para enfrentar su futuro.

Wyatt estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, reteniendo la respiración desde que escuchó el ruido del pestillo. Todos sus músculos estaban tensos en angustiosa expectación porque sabía, igual que ella, que lo que sucediera entre ellos durante los minutos siguientes determinaría el curso de su relación, y estaba en juego la vista de Cassie. Sentía un angustioso dolor en el pecho al mirar el largo cabello húmedo que enmarcaba su rostro todavía sonrosado, luego controló sus facciones, apretó la mandíbula y esperó.

Ella sonrió hacia el lugar donde él estaba parado y extendió una mano en silencio.

—Venga —le dijo ella con una ligereza forzada, posponiendo la confrontación inevitable—, me muero de hambre.

El ignoró su mano extendida y caminó a su lado hacia el edificio principal.

—Debemos hablar —le dijo Wyatt tomando su brazo y llevándola hacia el sendero.

Después de caminar algunos pasos en silencio, Cassie bajó los ojos y le preguntó con voz baja:

—¿Por qué le molesta tanto? —no necesitaba ser más específica.

—Se lo dije antes. No hay lugar para sentimientos personales en nuestra relación, si es que quiere recobrar la vista.

—¿Y cómo se pueden evitar los sentimientos personales?

—No dando lugar a que comiencen.

Ella sonrió y levantó la cabeza.

—Entonces, ya hemos fallado —dijo, feliz—, así que más vale darnos por vencidos.

—Cassie. El sexo ocasional con mis pacientes femeninas no es mi costumbre. Lastimaría a todos.

Ella escuchó el temblor de su voz y se animó.

—¿Sexo ocasional? No creo que sea ocasional —murmuró—, y es por eso que usted tiene tanto miedo. Tiene miedo del amor.

—¿Amor? ¿Y qué sabe usted de eso? ¿Qué oportunidad tuvo de aprender acerca del amor en esa torre de marfil en Park Avenue? La vida real no es un cuento de hadas, Cassie. Las personas no se enamoran en el curso de una semana. Y las necesidades físicas no siempre las justifica el amor. Nos deseamos. Hay una diferencia entre el deseo y el amor.

Su voz era dura y continuaba, pero había algo más, algo profundo y prometedor; eso era lo que Cassie escuchaba.

—Usted sólo juega con las palabras —insistió la chica—. Yo estoy enamorada de usted —rió repentinamente y cubrió su boca con una mano—. Dios mío, es terrible, ¿verdad? —dijo rápidamente—. Me he enamorado de mi psiquiatra, muy clásico.

—Es peor que eso, es ridículo. Es una idea infantil, una fantasía y sencillamente no es verdad. No es posible que lo tome en serio, ni yo tampoco. Ni siquiera ha hablado a solas con otro hombre... usted me lo confió, es natural que crea amar al primero que conozca —movió la cabeza y exhaló con fuerza—. Debí anticiparlo, fui muy tonto al no darme cuenta de que podía suceder.

Los pasos de Cassie se alargaron con la fuerza de una nueva confianza. Después de todo, no había desprecio en la voz de él, y no negaba sus sentimientos hacia ella.

Sonreía mientras caminaba hacia donde escuchaba el agradable sonido de los carillones, subió los escalones del pórtico con la facilidad que le daba la práctica y se detuvo en la puerta sólo el tiempo suficiente para saber que él la miraba. Luego entró y se dirigió a la escalinata.

—Nos encontraremos en el comedor —subió saltando los escalones, como una niña.

Wyatt observaba su progreso en silencio. Caminó hacia el comedor, cada movimiento le producía un esfuerzo exhaustivo. Se detuvo en la puerta y se apoyó contra el marco, sin darse cuenta de la persona que se levantaba de una silla cercana, acercándose a él con cautela.

—Wyatt... —Matt Franklin miró el rostro del joven entornando los ojos—. Tienes un aspecto terrible. ¿Te sientes mal?

Wyatt parpadeó al reconocer aquel rostro familiar.

—Matt, ¿qué haces aquí? —la presencia de otras personas penetró en su conciencia, como si apenas estuviese despertando de un largo sueño y saludó, moviendo la cabeza, a quienes estaban cerca.

Matt frunció el ceño.

—Katy parece una tormenta en la cocina preparando la cena para

esta noche —sus pensamientos estaban concentrados en el rostro tenso de su amigo—. Le prometí que iba a almorzar aquí para no estorbarle.

—¡Lo había olvidado!

—Vamos —Matt lo tomó del brazo y lo llevó a la mesa que estaba más cerca de la puerta de entrada—. Siéntate conmigo. Yo ya he comido, pero podremos charlar mientras tomo mi café —su voz se escuchaba preocupada al ver que Wyatt se dejaba caer en la silla—. ¿Qué sucede?

—Lo que sucede es, Cassie Winters. ¿Qué otra cosa podía ser?

—Te estás esforzando demasiado, y a ella también la estás presionando en exceso. No creo que Cassie pueda soportar mucho.

Wyatt rió con amargura.

—Es mucho más resistente que yo.

Aunque Matt no hubiese visto a Cassie entrar en el comedor, se habría dado cuenta de que estaba allí por la tensión de su amigo. Caminó directamente hacia la mesa y sonriendo, extendió la mano.

—Hola, doctor Franklin.

El se puso de pie y tomó su mano, ofreciéndole una silla.

—Hola, Cassie. Eres más linda de lo que recordaba. Empapada, pero igual de linda.

—Vinimos directamente de la piscina, no he tenido tiempo de secarme.

—¿Disfrutaste nadando? —le preguntó Matt con cautela.

—Me encantó —contestó sonriendo—, aunque terminó muy pronto —Matt hizo una mueca al escuchar sus palabras.

—Bien. Debo señalar que pareces adaptarte muy bien. A propósito, Cassie, ¿cómo supiste que yo estaba aquí?

Ella se inclinó hacia él a través de la mesa, sus ojos brillaban con picardía.

—Quisiera que usted pensara que es debido a un magnifico sexto sentido, pero eso sólo da resultado con determinadas personas. En realidad, lo escuché desde el vestíbulo.

Matt rió y se volvió hacia Wyatt, preocupado al ver la tensa expresión.

—Katy los espera a ambos a las seis. Wyatt, te recomiendo que descanses esta tarde antes de ir a cenar. Si te presentas en la casa con ese aspecto, Katy es capaz de atarte a la cama durante todo el fin de semana.

El aludido movió la cabeza, irritado, Cassie se puso seria y preguntó:

—¿Que tiene su aspecto, doctor Franklin? ¿Qué pasa con él?

Matt vio la preocupación de la chica y le acarició una mano.

—Sólo parece cansado, es obvio que lo has hecho trabajar muy duro.

Ella frunció el ceño y entornó los ojos en dirección a Wyatt.

—Lo único que sucede es que mis ojos están rojos por el efecto del cloro —arguyó el psiquiatra y dirigió a Matt una mirada asesina. Matt sólo sonrió—. El doctor Franklin cree que los ojos rojos son una señal de enfermedad y Katy me cuida como una madre.

—Oh —contestó Cassie, desconcertada.

—Bien, los dejo para que almuercen —dijo Matthew poniéndose de pie—. Los veré a las seis.

—No puedo expresar cuánto lo deseo, doctor Franklin —dijo Cassie sonriéndole—. Cenar en familia será un cambio maravilloso.

Matt acarició su cabeza en un gesto paternal y miró a Wyatt.

—Quiero que los dos estén descansados esta noche. No hagan algo agotador en la tarde.

Hubo un largo silencio después que él se marchó, que interrumpió Helen al acercarse a tomar la orden para el almuerzo.

—Y bien —dijo cuando Helen se retiró—. ¿Lo está?

—¿Estoy, qué?

—Exhausto. Su aspecto debe ser espantoso para que el doctor Franklin haya hecho tanto escándalo.

—Así es él —contestó un poco molesto—. Se preocupa como un padre amoroso. Imagina problemas que no existen.

—Entiendo. Es por mí, ¿verdad? Está preocupado por mi tratamiento, ¿no es así?

El se frotó el mentón con una mano y decidió ser sincero.

—Se está terminando el tiempo, Cassie. Sólo nos queda una semana y, sí, estoy preocupado. Por las noches no duermo por la angustia.

Lo imaginó tendido, apoyado en una almohada, con los ojos abiertos.

—Creo que usted está preparada —continuó— tanto emocional como físicamente para hacer frente a cualquier recuerdo que sea la causa de su ceguera, pero la forma en que reacciona conmigo la detiene. La relación que ha imaginado está obstruyendo todo.

—No es mi imaginación —dijo con voz baja—. Es real, y usted lo sabe. No va a desaparecer, Wyatt.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se disgustó al escuchar que ella lo llamaba por su nombre.

—Está equivocada. Desaparecerá, a su debido tiempo.

Él le tomó una mano tratando de atenuar la aspereza de lo que estaba a punto de decirle.

—Cassie, sus sentimientos no son, en realidad, extraordinarios. Es más, son casi previsibles. Con frecuencia las pacientes creen enamorarse de sus médicos, en particular, de sus psiquiatras...

—No me dé sermones sobre la transferencia de afectos, Wyatt. He

leído todo acerca de ello, y en este caso no funciona.

—Es natural que sienta así. Si usted cree haberse enamorado, el amor puede parecer real.

Ella sonrió.

—Piense lo que quiera, Wyatt. Eso no impedirá que yo lo ame.

El se inclinó hacia ella y habló con angustia.

—Eso no es posible, Cassie. Debe reconocer que es una ilusión, de lo contrario, mi tratamiento será inútil.

—Y si yo finjo que usted no me atrae, ¿también usted simulará indiferencia? —le preguntó con burla.

El guardó silencio y ella buscó su rostro con una mano. El retiró la cabeza y Cassie dejó caer la palma sobre la mesa.

Wyatt cerró los ojos, frustrado, tratando de borrar la visión del rostro de ella, sin éxito. Continuaba viéndola aún con los párpados bajados. Arrugó la frente, concentrándose y sintió el primer aviso de una jaqueca.

—No es real, Cassie —repitió con lentitud—. Tiene que comprenderlo. Usted está progresando y eso la alegra. Cada día adquiere más confianza en sí. Está descubriendo la fuerza para explorar su pasado cuando no se deja distraer por el presente, y por ser yo el responsable de ese progreso, se siente agradecida. Por eso decide ofrecerme su amor en pago. Es así de sencillo.

—Usted hace que todo parezca muy clínico —Cassie sonrió.

—Y muy previsible, lo cual sucede con frecuencia.

—¿Se enamoran de usted todas sus pacientes?

—Muchas de ellas, sí... o creen enamorarse —luego agregó—: Pero sólo temporalmente. El sentimiento se esfuma cuando lo reconocen como lo que es en realidad.

—¿Y todas lo ponen tan nervioso?

—No todas son tan descaradas como usted —murmuró, furioso.

Ella se levantó con tanta precipitación que él no tuvo tiempo de evitar sus acciones, aunque las hubiese previsto. Cuando menos lo pensó, ella se había sentado sobre sus rodillas y tenía las manos a cada lado del rostro de él. El psiquiatra sintió que el calor subía a sus mejillas y se arreboló de vergüenza, moviendo los ojos de un lado a otro para ver la reacción de las otras personas que estaban en el comedor.

—¡Con un demonio, Cassie! —le dijo con voz baja—. ¡Bájese! ¡El comedor está lleno de gente!

—Yo no veo a la gente —murmuró contra su boca, pasando su lengua por la suave piel del interior del labio superior de él.

Sólo por un instante su boca se abrió a la de ella, y Cassie sintió, más que escuchar, un gemido que subía de su garganta. Con una fuerza sorprendente él la tomó por la cintura y la cargó. La chica

escuchó algunas risitas desde varios puntos del comedor y se sentó de nuevo en su silla, con una sonrisa de felicidad, consciente de los esfuerzos que hacía Wyatt por controlar su respiración. No se dio cuenta de la siniestra presencia de Helen a su izquierda y se sorprendió al escucharla.

—Espero no interrumpir —dijo—, pero su almuerzo está listo.

Dejó caer los platos sobre la mesa, derramando la salsa enfrente de Wyatt. El estaba demasiado avergonzado para reprenderla con la mirada, demasiado furioso para hablar aun después que Helen se retiró.

—¡Nunca, nunca se le ocurra hacer eso! —le dijo recalcando cada palabra—. No voy a permitir que haga ostentación de sus fantasías infantiles enfrente de los empleados, ¿entiende?

Cassie se quedó en silencio, con los ojos muy abiertos, perpleja ante la intensidad con la que reaccionó. Después de todo, sólo lo había besado. ¿Qué podía haber de malo en aquello?

—No entiendo.

—¡Y nunca entenderá! —le dijo con desdén—. Ese es el problema. Ha permanecido demasiado tiempo encerrada para saber cómo comportarse en el mundo real, y yo fui un estúpido al no haberme dado cuenta. Probablemente tenga que darle las gracias por habérmelo hecho ver con tanta claridad. La ilusión de tratar a una mujer se ha desvanecido por completo y creo que me será mucho más fácil tratar a un niño.

—Lo he avergonzado —murmuró horrorizada al comprender que algo tan espontáneo, limpio y sincero, podía tener consecuencias desastrosas—. Lo siento.

La indiferencia de su respuesta la dejó helada.

—Termine su almuerzo, después puede tomar la tarde libre. Quisiera evitar la cena con los Franklin, pero eso requeriría de una explicación para la cual no estoy preparado, así que tenemos que salir del paso. La recogeré a las cinco con cuarenta y cinco minutos.

Ella bajó las manos a sus rodillas.

—No tengo apetito —dijo con voz suave y se levantó de la silla.

—Como quiera —replicó él con indiferencia, la vio ponerse de pie y salir del comedor.

Cassie se apoyó en la pared. Se sentía muy desgraciada y se preguntaba qué iba a suceder después. Caminó, arrastrando los pies como si le pesaran, por el vestíbulo hasta subir por la escalera.

En el comedor, Wyatt, furioso, pasó una mano por sus labios, luego detuvo los dedos en el lugar donde ella había tocado con la lengua y su mano tembló al recordar aquella sensación.

# Capítulo 10

Cassie iba en el asiento del pequeño auto deportivo de Wyatt. Se sentía torpe e incómoda.

Wyatt no había hablado, sólo le dirigió el saludo obligatorio al recogerla en la casa principal y desde entonces guardó un silencio sepulcral. Aún estaba dolida por su rechazo a la hora del almuerzo y su evidente indiferencia hacía trizas cualquier convicción que hubiese abrigado de que lo que sentía por él era recíproco.

Wyatt trataba de mantener la vista en el camino, pero ocasionalmente, con el pretexto de asomarse por la ventanilla del lado del pasajero, pasaba su mirada por la chica callada que iba a su derecha. Dio vuelta en una entrada y detuvo el auto frente a la elegante casa de estilo colonial.

—Hemos llegado —dijo con voz baja, frenando y volviéndose a mirarla por primera vez—. No creo haberle dicho que esta noche la veo muy bien. Es un vestido encantador.

La prenda era de un vibrante color verde musgo, un fastuoso fondo para su cabello pálido que caía sobre su espalda. En lugar de opacar el azul de sus ojos, el tono del vestido los hacía parecer más llamativos e intensos.

Cuando la tomó de la mano para ayudarla a bajar del auto, ella asió sus dedos y se quedó en medio para que él no pudiera cerrar la puerta.

—Wyatt —le dijo titubeando, luego rió suavemente—. Doctor Field, tengo que decirle esto o la velada será insoportable. Quiero disculparme por lo que sucedió a la hora del almuerzo. Fue una desconsideración de mi parte haberlo expuesto a una vergüenza de esa clase en presencia de las personas con quienes trabaja.

El miró aquellos ojos ciegos y cubrió la mano de ella con la suya, sin pensar.

—¿Me puede disculpar? —le preguntó con voz quejumbrosa, y Wyatt besó la palma de su mano.

Un mechón de su cabello cayó sobre los dedos de ella cuando inclinó la cabeza y Cassie sintió que su pulso se aceleraba. Retiró su mano precipitadamente, turbada por aquella reacción.

—Soy yo quien debe disculparse, Cassie —murmuró—. Sentía más ira contra mí que contra usted y fui demasiado duro. No he sabido manejar esta situación. ¿Podemos continuar como amigos? ¿O al menos bajo una bandera de tregua? Seguiremos con su tratamiento, empezando desde hoy. Olvide lo sucedido este día.

Ella asintió con la cabeza, con una sonrisa triste, preguntándose cómo iba a olvidar lo acontecido y cómo fingir que no sentía nada por

el hombre que estaba junto a ella.

—Bueno, ¡entren, ustedes dos! —llamó el doctor Franklin desde la puerta de la casa—. ¡No podemos sostener sus reservaciones para siempre!

Katy sonrió cuando le presentaron a Cassie.

—¿Tienes una idea de lo hermosa que eres? ¿Y Matthew, todavía no te ha pedido que huyas con él?

Cassie se ruborizó ante el cumplido y la broma.

Katy no era una persona que aprobara la timidez, la tomó de las manos y la llevó hasta un gran sofá que estaba en la sala.

—Es usted muy amable al recibirme para la cena, señora Franklin.

—Tonterías. Llámame Katy, por amor de Dios, no soportaría toda una noche escuchando que me llaman señora Franklin. Tendría que comportarme muy bien para merecer ese título, y Matt y Wyatt te pueden decir que sería un sacrificio.

—Yo puedo atestiguarlo —la voz de Wyatt llegó desde el vestíbulo —. Por lo pronto, has ignorado a uno de tus invitados. No tienes educación, Katy.

Cassie frunció el ceño al escuchar el tono de Wyatt. Tenía un calor y una ternura que nunca habla escuchado en él.

—Discúlpame, querida —murmuró a su oído—. Tengo que abrazar a ese hombre apuesto que te ha seguido hasta acá o no me va a dejar en paz.

Wyatt sonrió con verdadero cariño a aquella mujer pequeña que se acercó a él con los brazos abiertos.

—Hola, querido. Pareces cansado, ¿te sientes bien?

—Basta, Katy —dijo riendo—, ya Matt me calumnió acerca de mi apariencia hoy. Mi ego no podría soportar otro golpe igual. Especialmente viniendo de la mujer más hermosa que existe.

—Le cedo ese título a Cassie —le dijo, mirando hacia el sofá—. Me temo que no hay competencia. Ahora, ven a sentarte, no, allá, en el sillón. Matt ha hecho experimentos en el bar otra vez, decidió preparar un horroroso brebaje que sirvieron en su última convención, y nosotros seremos los conejillos de Indias.

—Ya te oí —le dijo su marido al servir las bebidas y Cassie envidió a Katy que recibía aquel afecto—. Vas a comerte tus palabras, o mejor dicho, te las vas a beber. Este es, sin lugar a dudas, uno de los mejores cócteles que te hayan servido en tu vida.

—Y el más pintoresco.

—Es maravilloso —aseguró Cassie bebiendo de su vaso y pasó la lengua por su labio superior, sonriendo.

—Ahí tienes una chica de buen gusto —dijo el doctor Franklin—. Cassie es una joven de la ciudad, Katy, ¿te lo comenté?

—Por supuesto que no —dijo Katy en forma petulante, sentándose

en el sofá, junto a Cassie—. Y yo que preparé una comida estilo campestre, Cassie. Lo que comeremos esta noche, probablemente sea un poquito diferente a lo que tú estás acostumbrada. Soy una cocinera sencilla.

—Cualquier cosa que sea, huele maravilloso. Como… —Cassie cerró los ojos y arrugó un poco el ceño.

—¿Como qué, Cassie? —preguntó Wyatt entornando los ojos.

—Como olía nuestra cocina cuando descansaba la cocinera y preparaba algo mi madre —murmuró.

Wyatt miró a Matt y éste asintió con la cabeza. Katy observaba, desconcertada, aquellas señas. Lo único que Matthew le había comentado era que aquella joven sufría de una amnesia selectiva, y que Wyatt tenía la esperanza de que el ambiente de familia removiera viejos recuerdos. Hasta ahora, al menos, parecía que estaba logrando algo.

Había algo más que Matthew no había mencionado. Algo tan obvio que se necesitaba ser tonto para no verlo… o ciego, pensó Katy con una sonrisa. Y su esposo no era ni tonto ni ciego, pensaba. Se apoyó en el respaldo del sofá y tomó la mano de Cassie.

—¿Asistirás al seminario el mes próximo, Wyatt? —preguntó Matt.

Katy bebió lo que quedaba de su cóctel y se levantó del sofá.

—Si van a hablar de trabajo, Cassie, es mejor que salgamos de aquí. Prepararemos la cena y ellos lavarán los platos.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó la chica alzando la cabeza hacia donde estaba la anfitriona.

Katy la tomó de la mano y la ayudó a levantarse del sofá.

—No soporto estar sola en la cocina —le explicó, riendo—, y por lo que respecta a esos dos, no podría sacar a ninguno de su silla. ¿Tienes inconveniente?

—Oh, no —contestó feliz—. Si crees que no seré un estorbo.

—De ninguna manera, vas a estar muy ocupada. Matt, si vuelves a llenar nuestros vasos con esa horrorosa porquería roja, volveré por ellos dentro de un minuto. Vamos, querida. La cocina está por aquí.

Cassie la siguió, ansiosa, por una puerta que llevaba a un cuarto ventilado y luminoso.

—¿Por qué no te sientas aquí, a la mesa? Te traeré los condimentos y una bandeja para que la llenes.

Cassie inhaló los aromas que la rodeaban. Escuchó el ruido de media docena de recipientes que Katy ponía sobre la mesa frente a ella y distinguió los olores de las aceitunas, varias clases de pepinillos, zanahorias y apio.

—Aquí está el platón, Cassie. Arréglalas como quieras. Voy por las bebidas.

—Katy —la interrogó Matt con voz baja cuando regresó a la sala—.

¿Qué te ocurre? Nunca llevaste a un invitado a la cocina.

—Me dijiste que querías crear un ambiente familiar, ¿recuerdas? Bueno, ¿qué puede ser más maternal que hacer que una hija ayude en la cocina?

Matt sonrió y encogió los hombros al mirar a su esposa.

Cassie levantó la cabeza con una sonrisa de expectación al escuchar que llegaba la señora.

—¿Cómo lo estoy haciendo? —le preguntó con orgullo.

—Es precioso, querida, pero lo haces demasiado aprisa. ¿Quieres ayudarme a sazonar la ensalada de patatas? Estoy muy retrasada.

—¿Ensalada de patatas? —preguntó Cassie y su sonrisa se esfumó.

Katy llevó un enorme tazón y lo puso sobre la mesa.

—Como te dije, esta es una comida campestre; como si fuera un día de campo. Pollo frito, ensalada de patatas, pastel de manzana y verduras del jardín. Toma. Sal, pimienta y paprika.

Cassie estaba consternada y titubeó.

—Me siento una inútil, no sé cómo sazonar una ensalada de patatas, ni ninguna otra cosa. Jamás he cocinado.

—No hay problema —replicó Katy sin darle importancia al asunto —. Sólo pruébala y agregas los condimentos hasta que te parezca bien. Vamos, atrévete; la ensalada de patatas es fácil para las nuevas cocineras.

—Muy bien —dijo Cassie titubeando, y arrugó el ceño, concentrándose al meter una cuchara de madera en el tazón.

Katy sonrió ante la expresión ansiosa de aquel hermoso rostro.

—Esto es muy agradable —dijo, distraída—. Me hace recordar cuando enseñaba a Marianne, mi hija… a cocinar. Pasábamos mucho tiempo juntas aquí.

—El doctor Field me dijo que se había casado y se fue a otra ciudad. Debes extrañarla.

—Mucho. Por eso me siento contenta de tenerte aquí.

Cassie frunció el ceño mientras ponía sal, a la ensalada.

—Creo que te cansarías de tener de visita a los pacientes de Windrow.

—¡Difícilmente! Eres la primera. Ni siquiera he conocido a uno de los alumnos de Windrow

—¿De verdad? —Cassie levantó la cabeza, asombrada—. Entonces, ¿por qué?…

Katy se limpió las manos en el delantal. Nunca fue buena para mentir.

—Francamente, yo me pregunto por qué —admitió sentándose junto a Cassie—. Aquí está tu bebida. Los ejotes necesitan por lo menos otros diez minutos, así que tomaremos un descanso —bebió un largo trago de su vaso, deseando que lo que hubiese puesto Matt en el

no fuera demasiado fuerte—. Matthew me ha dicho que tienes un tipo raro de amnesia y que Wyatt espera que un ambiente de familia estimule tu mente y te ayude a recobrar la vista.

Cassie asintió con tristeza.

—Mi madre murió en el mismo accidente que me dejó ciega —dijo con sencillez—. No puedo recordar nada acerca de eso.

—Entiendo. Yo debo representar la figura de tu madre en este pequeño plan. Es por eso que estás aquí. AI menos, es una razón.

Cassie suspiró, desilusionada y algo avergonzada al saber que aquella velada era sólo un experimento clínico.

—Me parece que Matt tenía un motivo oculto —continuó Katy, oprimiendo la mano de Cassie—. Aparte del hecho de que él te tomó cariño y de saber que yo estaría encantada de tenerte aquí, creo que intenta comprobar una sospecha.

—¿Cuál sospecha?

Katy titubeó un momento y sonrió.

—Que tú y Wyatt están enamorados, por supuesto.

—¿Qué dices? —preguntó con voz débil.

—Oh, querida, es tan obvio que es casi cómico, en especial cuando ambos llegan al extremo de fingir que no es así. No creo haber visto a otras dos personas tratando, con tanta fuerza, de no amarse.

Cassie se quedó muy quieta, con los labios entreabiertos por el asombro.

—No te sorprendas tanto, criatura —le dijo Katy acariciando su mejilla con afecto—. Si pudieras ver la forma en que Wyatt te mira cuando cree que nadie lo observa, entenderías lo evidente que es. Y tú tampoco eres muy buena para ocultarlo, sabes. Lo que no entiendo es por qué luchan contra ello. El amor no es malo.

Los ojos de Cassie rebosaban al extender las manos para tomar la cara de Katy. Sintió un repentino deseo, desesperado, de saber cómo era esta mujer. Katy se quedó sentada en silencio bajo la inspección de aquellos dedos que se agitaban.

—¿Qué sucede, querida? —le preguntó con amabilidad al ver que caía la primera lágrima de aquellos ojos ciegos.

Abrazó a Cassie con cariño, consolándola y recordó lo que sentía cuando consolaba a su hija. La chica correspondió al abrazo, primero con timidez, y después lloró la muerte de una madre que perdió hacia dieciocho años. Luego comenzó a hablar.

Katy escuchaba con paciencia mientras Cassie, sollozando, le contaba acerca de las frustraciones de la semana anterior, ruborizándose al narrar los momentos íntimos. Se daba cuenta de que Cassie era demasiado inocente para comprender que esas cosas, por lo regular, se mantenían en secreto.

En el silencio que siguió a su narración, las dos escuchaban el

murmullo de la charla en la sala y el lento hervor de los ejotes que se habían quedado en la estufa demasiado tiempo.

Los brazos de Katy eran cálidos y no los había retirado durante todo ese tiempo. No eran como los rápidos y violentos abrazos de la señora Carmody, quien nunca se podía rebajar lo suficiente para demostrar su afecto a una criatura sin madre, por mucho que tratara y por mucho que la amara. La de Katy era la demostración de un cariño incondicional y por primera vez, desde que murió su madre, Cassie sintió el calor de un afecto espontáneo y se preguntaba si lo merecía.

—Fue demasiado fácil para Wyatt convencerte de que no te amaba cuando la evidencia estaba allí, gritando la verdad. ¿Tienes una opinión tan pobre de ti que te fue fácil creer que no le importabas?

Cassie se separó de los brazos de Katy y secó sus párpados.

—Fue muy convincente y todavía lo es.

—Y probablemente continuará siéndolo. El amar es una experiencia nueva para Wyatt, sabes. Siempre ha tenido miedo de dar. Además, es tu médico. A ellos no les está permitido enamorarse de sus pacientes, recuérdalo. Está estrictamente prohibido.

—Ojalá eso sea todo. Yo sigo pensando que debe haber algo más. Algo más profundo.

Katy tocó ligeramente la mejilla de Cassie con una mano.

—El te ama. Es tan claro como que tu nariz está en tu rostro

—No puedo ver mi nariz, Katy —le recordó con una triste sonrisa.

—Pero eso no significa que no esté allí, ¿verdad?

Cassie estaba radiante y serena cuando se sentaron a la mesa y Wyatt percibió el aire de conspiración entre las dos mujeres. No tenía manera de saber qué ocurrió detrás de aquella puerta cerrada y se sentía incómodo, como si de nuevo hubiese perdido el control de la situación. No había defensa contra la mente de Cassie cuando se sentía feliz.

Observó la serenidad de su rostro y supo que tenía que destruir aquella calma en la primera oportunidad.

Suspiró y reprendió a Katy arrugando el ceño. Ella no comprendió y él se resignó a soportar la velada.

Matt cerró la puerta cuando Cassie y Wyatt se marcharon algunas horas más tarde, y se volvió, sonriendo a su esposa.

—¿Disfrutaste de su compañía? —le preguntó en un intento inútil de hacer conversación sin importancia.

Katy se esforzó por arrugar el ceño en señal de desaprobación y puso los brazos en jarras.

—¿Por qué no me lo dijiste? Y más vale que quites esa mirada inocente de tu rostro. No me engaña, después de todos estos años. Tú

sabías que esos chicos están enamorados.

Matt encogió los hombros y tomó el suave y cálido cuerpo de su esposa entre los brazos.

—Pensé que Wyatt estaba enamorado, pero necesitaba la confirmación de un experto. Si he dicho algo antes de tiempo, pude influir en tu opinión.

—Espero que hayas hablado con Wyatt. Está tratando de convencer a Cassie de que sus sentimientos se deben a una transferencia de afectos, o una de esas tonterías, y que él no siente nada por ella. Está destrozando el corazón a esa pobre chica, y ya tiene suficientes problemas para cargar con uno más.

Matt sonrió y la acercó más a sí.

—Ella te simpatizó, ¿verdad?

—Más que eso —dijo suspirando. Apagó la luz y lo llevó hasta la alcoba—. Es la persona indicada para Wyatt, ya es tiempo de que se case.

—¡Katy! —exclamó Matt riendo—. ¿No estás llevando las cosas demasiado lejos?

—Las personas que se aman deben casarse. Además, si Wyatt se casa con Cassie, vivirán aquí, y eso encaja perfectamente en mis planes. Le prometí enseñarla a cocinar.

Matthew sonrió y Katy arrugó el ceño.

—¿Hablarás con él, Matt? Tú sabes que está cometiendo un error.

—No lo sé, Katy. La transferencia de afectos no siempre es una tontería. Ocurre con frecuencia, no estoy seguro de que los temores de Wyatt en ese sentido sean injustificados. Además, no puedo interferir en su vida privada. El no me lo perdonaría jamás.

—¡Oh, los doctores! Para ustedes nada es sencillo, ni siquiera lo que es obvio. Bien. ¿Hablarás con él o tendré que hacerlo yo?

Por experiencias anteriores, Matt sabía que era más fácil estar de acuerdo con su esposa que tratar de hacerla cambiar de opinión.

—Muy bien, Katy —dijo suspirando, dándose por vencido—. Iré contra mi costumbre y trataré de tocar el punto sólo por evitarle uno de tus regaños. Y si no nos vuelve a hablar más, va en tu conciencia.

Ella asintió, satisfecha.

—Mañana.

—¡Mañana! ¡Mañana es sábado!

—Ya lo sé.

—Pero es mi día de descanso. ¡Ni siquiera voy a Windrow mañana!

—No te tomará mucho tiempo, Matthew. Estarás de regreso en casa a medio día —le dijo con una dulce sonrisa y preparó la cama para acostarse.

# Capítulo 11

Cassie despertó la mañana siguiente sintiendo una profunda felicidad que significaba un nuevo registro en su catálogo de emociones. Su ceguera, su futuro incierto, la muerte de su padre, todo se desvaneció en una oscura niebla que parecía no tener relación con el presente. Katy le había confirmado que Wyatt la amaba, y comparado con eso, todo lo demás era secundario.

Recordaba la noche anterior. El ambiente cálido que ella y Wyatt habían compartido en la casa de los Franklin la acompañó en el viaje de regreso y se sintió dichosa con la presencia de un Wyatt Field que hasta hoy comenzaba a conocer. Libre de las agobiantes presiones de su papel como psiquiatra, estuvo dispuesto a reír y demostró ser un conversador atento y amable. Y Wyatt Field, el hombre, la amaba, Katy lo había visto.

El deseo que sentía del contacto físico se había suavizado pensando que tenían toda la vida por delante y al despedirse de él no sintió la necesidad de confirmar su relación. Le deseó buena noche, segura, por primera vez, de que les esperaban muchas más buenas noches.

Y ahora, ya no habría más barreras ni más simulaciones. Con el don de la vista de Katy pudo ver lo único que le importaba saber.

Wyatt la esperaba al pie de la escalera cuando bajó.

—Hoy desayunaremos en el pórtico. Amenaza una tormenta por el oeste y ésta podría ser nuestra última oportunidad de respirar aire fresco, el día de hoy.

Ella aceptó de buena voluntad. El la guiaba y ella lo seguía tocando la barandilla del pórtico hasta una esquina, palpó el respaldo de hierro forjado de una silla y se sentó. Un camarero llevó café y una canastilla con pan dulce.

—¿Estilo continental esta mañana? —preguntó, notando que no estaba completo el servicio de la mesa.

—Así es. Los fines de semana sirven desayunos informales y es obligatorio comer algo ligero. Por supuesto que si desea más, puede pedirlo.

—No, eso está bien.

Aspiró profundamente y sonrió recordando, sin saber por qué, la primera vez que se había arrojado al agua desde el trampolín más alto cuando era niña. Luego se volvió hacia él y le dijo sin rodeos:

—Sé que me ama, Wyatt.

Siguió un largo silencio, luego escuchó que él dejaba la taza.

El psiquiatra volvió la cabeza y miró el césped. Sobre el horizonte se perfilaban nubes de tormenta.

—Creí que eso ya estaba aclarado, Cassie.

—Katy se dio cuenta —insistió con amabilidad—. Casi llegué a creer que era yo quien estaba equivocada, pero Katy lo vio y me lo dijo. ¿Por qué se obstina en negarlo? ¿Será porque soy su paciente? ¿Es ése el único motivo?

Las nubes se desplazaban hacia el este, aumentando su velocidad.

—Mi madre era ciega —le confió, fijando la vista en la distancia.

¿Por qué le decía eso?, se preguntaba Cassie.

—Quedó así al caer de un caballo. La llevaron a la casa mientras los demás continuaron en la cacería. ¿No es increíble? Como si hubiera sido un hombre herido en la guerra y las tropas se vieran obligadas a seguir. Era una mujer muy activa y saludable. No soportaba que alguien estuviese enfermo, mucho menos ella misma. Tardó un poco, o más bien imagino que languideció, esa palabra lo expresa mejor, y luego se suicidó.

Cassie se quedó quieta, respirando por la boca.

—Una vez usted me preguntó por qué era tan impaciente con los ciegos, Cassie y yo considero que ésa fue la causa. Vi a mi madre encerrarse en su persona e ignorar las cosas que debieron ser más importantes que la vista. La odiaba por eso y cuando murió, la aborrecí por haberme abandonado. Una venganza infantil —rió con frialdad—. Después aprendí a odiar la debilidad en mí, que me hizo detestarla. Eso es contra lo cual lucho con mis pacientes, contra lo que siempre he luchado.

Se volvió a mirarla lentamente, sus cabellos armonizaban con las nubes que se oscurecían. Cuando volvió a hablar, lo hizo con voz categórica e inexpresiva.

—Yo siento cariño por usted, Cassie, como lo siento por casi todos mis pacientes. Y porque soy un hombre normal, usted me atrae físicamente. ¿Pero, amor? Usted debía comprender, para esta fecha, por qué no podría amarla nunca. Usted es un ejemplo viviente de la clase de debilidad que obligó a mi madre a suicidarse, y eso, yo lo odio —su voz se apagó hasta llegar a ser un murmullo—. Pero creo que usted es peor que ella. Al menos mi madre no tenía opción con respecto a su ceguera, y usted está así porque quiere. ¿Cómo se puede amar a una persona así?

Ella parpadeó rápidamente y se preguntaba por qué no sentía nada. "No soy parte de ese cuerpo", pensaba con serenidad, "en realidad no estoy aquí y por lo tanto nadie puede lastimarme". Por un doloroso instante se quedó sin defensa, y se preguntaba cómo Katy pudo equivocarse. Pero ya no importaba. Un capricho del destino, un cambio cruel de las circunstancias había hecho que Wyatt recordara una parte horrible de su pasado y esa barrera era demasiado fuerte para derribarla. Comprendía al fin que él estaba fuera de su alcance y que no había algo que ella pudiera hacer para cambiar la situación.

Aunque se sentía petrificada, lo aceptaba todo con serenidad, y la expresión de Wyatt se suavizó al mirarla.

—Matt quiere verme en el edificio médico —su voz tenía un toque peculiar de tristeza, pero Cassie no lo detectó. Sus sentidos, que había forzado durante tantos días con el fin de escuchar la emoción en sus palabras, ahora percibían únicamente las palabras en sí.

—Comprendo.

—No tardaré y a mi regreso, hablaremos.

—Muy bien, doctor Field.

Llevó la taza a sus labios y bebió un poco. En una parte remota de su mente registraba el hecho de que él se había retirado de la mesa y ahora cruzaba el patio. Pudo oír el ruido que hizo la puerta al cerrar cuando él entró en el edificio médico.

Se levantó de la silla, como si obedeciera una voz que llegaba desde lo más profundo de su mente y le ordenaba que saliera de allí y caminara. Su paso era largo y seguro cuando rodeó la parte posterior de la casa y se dirigió hacia el bosque.

A su espalda, las nubes oscurecían ya la mitad del cielo y en tanto ella cruzaba la zona de arbustos, Wyatt estaba disculpando a Matt Franklin por inmiscuirse en su intimidad.

—No te preocupes, si es tan obvio, tienes derecho a interrogarme acerca de mi relación con Cassie. Además, sé que te preocupa.

—Más de lo que imaginas —contestó Matthew con sinceridad—. Pero de ninguna manera lo habría mencionado si no me hubiese visto obligado. Katy amenazó con hablarte y quise evitar eso.

—Nunca pude engañarla, ¿verdad? Ni a ti tampoco.

—Sin embargo, pretendes engañar a Cassie, Wyatt. ¿Por qué? ¿Por qué seguir fingiendo?...

—¿Que no la amo? Es ridículo, ¿verdad? Psiquiatra enamorado de su paciente.

—Pero ella también te ama, estoy seguro de que lo sabes.

—Tal vez, y si es así, el asunto se complica. Tú, Matt, mejor que nadie, deberías comprender —se quedó tenso en su silla y entrecerró los ojos—. Tú sabes tan bien como yo, el daño que le haría ahora a Cassie el saberlo. Se sentiría satisfecha, no trataría de cambiar y dejaría de esforzarse por recordar. Eso es lo que el amor causaría en Cassie... que se quedara ciega. Si es feliz en el amor, no le importaría su vista. Pero si la vista es lo único que le queda, tal vez luchará por recobrarla.

Matt jugaba con un lápiz sobre su escritorio.

—Si logras convencerla de que te ha perdido, puede renunciar a todo. Es un gran riesgo y tú lo sabes.

Wyatt sonrió.

—Lo sé —dijo—. Pero tenía que correrlo, necesitaba convencerla

de que yo no sentía algo especial por ella. Tal vez un dolor nuevo haga revivir el antiguo.

—¿Ya lo has hecho?

Wyatt asintió con la cabeza.

—Hace apenas unos minutos —se puso de pie y titubeó un poco—. Y regresaré con ella y enterraré más el cuchillo, si lo puedo soportar. Podré forzar su memoria mientras esté sensible.

Matt movió la cabeza con tristeza, comprendía el sufrimiento de los dos jóvenes.

—¿Y si no resulta?

Wyatt encogió los hombros. Su rostro mostraba frustración.

Matt vio el dolor reflejado en los ojos de su joven amigo.

—Vamos, te acompañaré.

El viento golpeó la puerta cuando Wyatt la empujó para abrirla.

—Esto será serio —comentó Matthew—. Es mejor que me marche directamente a casa.

Titubeó antes de dirigirse al estacionamiento, al notar que Wyatt miraba hacia la casa principal.

—¿Qué sucede?

—Ella no está. La dejé en el pórtico, y no está.

Matt vio la orilla de un mantel que se levantaba con el viento y oyó el tintineo de una pieza de cristal que se rompía.

—Ella no es tonta, Wyatt. La temperatura debe haber bajado desde que yo llegué esta mañana. Probablemente esté adentro.

Wyatt asintió con la cabeza, con la vista aún fija en el pórtico, preocupado por un vago presentimiento. Comenzó a caminar en dirección a la casa con paso rápido, sin molestarse en volverse hacia Matt.

—¡Llámame! —le gritó éste pero sus palabras las arrebató una súbita y violenta ráfaga de viento.

No estaba en la casa, ni en ninguno de los cuartos de la planta baja, y tampoco estaba en su dormitorio. El temor del psiquiatra aumentó mientras iba por toda la casa, abriendo puertas. Irrumpió en la cocina y a gritos interrogó a los empleados, quienes sólo negaban con la cabeza, sorprendidos por la apariencia de aquel hombre sin aliento, de mirada vidriosa, que tenía poca semejanza con el reservado doctor Field que conocían.

Salió de nuevo al pórtico y se paró en seco. El mantel se agitaba furiosamente, manchado donde las tazas y los vasos habían derramado su contenido.

Levantó la vista al cielo amenazador, luego corrió hasta la casa y levantó el auricular del teléfono del vestíbulo con una mano húmeda.

# Capítulo 12

Cassie tropezó con una raíz y cayó sobre la tierra. Se levantó, limpió sus manos y continuó caminando. Sospechaba que la cuesta que estaba subiendo era más abrupta que la que recorrió el otro día con Wyatt, pero no le importaba extraviarse.

No se daba cuenta del siniestro silbar del viento arriba de los viejos árboles, el cual se volvía más frío. Al contrario, ella sentía mucho calor.

El sudor hacía que la blusa se adhiriera a su espalda y la temperatura de su cuerpo aumentó. Siguió su ascenso mientras que Wyatt salía por la puerta lateral del edificio médico para buscar a la chica en la casa principal.

Cassandra se apoyó contra el tronco de un roble para recuperar el aliento, y una ráfaga de aire pegó su blusa húmeda a su espalda. La sentía como una mano húmeda que la presionaba y por primera vez escuchó el viento y el distante retumbar de un trueno y tembló de frío.

Maggie irrumpió por la puerta del frente y llegó al vestíbulo. El área estaba llena de empleados que se apiñaban allí, sin un propósito definido, esperando instrucciones. Wyatt se abrió paso entre aquel grupo y se dirigió a la puerta. Maggie supo, en cuanto miró su rostro, que no habían encontrado a Cassie.

—¡Dios mío, Wyatt! ¿Qué te ha sucedido? —le preguntó, corriendo hacia él, observando la blanca camisa, sucia y rota y los leves rasguños en una mejilla donde lo había golpeado la rama de algún árbol.

—Estuve en la colina. La llevé allá el otro día, pensé que habría regresado —hizo una pausa para tomar aliento—. Hemos cubierto todo el terreno y los edificios, Maggie. No hay señales de ella. Ya viene la policía.

—¿Qué puedo hacer, Wyatt? —él le agradeció con una leve y tensa sonrisa que no le haya preguntado por qué huyó su amiga.

—Organiza a la gente, Maggie. Yo tengo que buscarla en el bosque. No pudo ir a otra parte y necesitamos encontrarla. No podrá regresar, sobre todo si hay tormenta.

Se dirigió a la puerta y la pelirroja corrió a alcanzarlo.

—Espera, Wyatt —le dijo, sacándose el poncho por la cabeza—. No te cubrirá por completo, pero te ayudará. Póntelo.

—No tengo tiempo, Maggie —le dijo con impaciencia alcanzando la perilla.

—¡Pues date tiempo! —le dijo asiéndolo del brazo—. Pronto llegará la lluvia y ella puede necesitarlo.

—Cuando la encuentre... Escucha, Maggie —le dijo con

desesperación—. Esto no es lo peor, los policías dicen que la tempestad azotará con toda su fuerza dentro de una hora. Ha derrumbado casas y derribado líneas de corriente eléctrica en el Condado de Carvey y va a hacer trizas este bosque. Tenemos que encontrarla, haz que rastreen las áreas más cercanas a la casa para que regresen a tiempo. No quiero que alguien resulte lastimado.

—Yo me encargo —dijo Maggie empujándolo ligeramente por la espalda—. Date prisa y asegúrate tú también de regresar a tiempo.

Le dirigió una triste sonrisa y desapareció por la puerta.

Cuando no se tiene miedo, el sentido de dirección de los ciegos es asombrosamente agudo. Al responder a una carga sensorial que una persona que goza de la vista ni siquiera intuye, los invidentes sienten, antes que otros vean, la forma de salir de un laberinto. Así fue como el subconsciente de Cassie percibió y reaccionó al viento, a las sombras y al terreno. Se movía con agilidad y pudo volver sin errar, a la orilla del bosque, cerca de la casa principal de Windrow. Pero a medida que los árboles se hacían más escasos, ya no pudo protegerse del viento y por primera vez desde que dejó la mesa del pórtico, las defensas que su mente había creado comenzaron a menguar.

A menos de cien metros de la casa, sus defensas se rompieron por completo, el pánico se apoderó de su mente y entorpeció sus sentidos. Sentía que el aire azotaba su cabello contra su cara. Se estremecía convulsivamente y las rodillas se le doblaban.

Cassie volvía la cabeza hacia un lado y otro, tratando de dirigir sus sentidos que ahora estaban estropeados por el miedo, y sus ojos se abrían enormes en un instintivo e inútil esfuerzo por mirar. Sabía que la tormenta aumentaba y si hubiese sido capaz de razonar, se hubiera percatado de que la protección que buscaba en la parte más arbolada, la alejaba de la seguridad de los terrenos de Windrow. Pero ya no razonaba, sucumbió a un miedo descomunal.

"Es sólo una tormenta, Cassie", decía y de inmediato se calmó al escuchar el sonido de una voz humana, aunque fuera la propia.

Se volvió, internándose en el refugio de los árboles más grandes que sentía que estaban a su alrededor. Encontró con las manos el tronco de un fuerte y viejo álamo y buscó el lado a donde no llevaba el viento y se sentó. Las primeras gotas cayeron sobre las ramas y sobre su cabeza. Temblaba de frío y saltaba con cada trueno al desatarse la tormenta.

—Wyatt —murmuró abrazando sus rodillas y meciéndose de atrás hacia adelante contra el tronco—. Wyatt, Wyatt, Wyatt.

La fuerza total del viento llegó cuando el cielo se abrió y de pronto los árboles empezaron a crujir y a doblarse. Caían las ramas secas y el ambiente se llenó con los ruidos de la naturaleza. El suelo vibraba al

caer los pinos. Le dolía la garganta de tanto gritar. Dejó de hacerlo y el único sonido que se agregaba a aquel caos que la rodeaba era un gemido ocasional.

Wyatt entró por la puerta del frente, empapado, exhausto y deprimido. Maggie se apresuró a cerrar la puerta, luego corrió a ayudarlo a quitarse el poncho empapado. Levantó las cejas mirándolo y él sólo movió la cabeza, demasiado cansado para hablar.

—Todos se encuentran en el sótano —dijo Maggie tomándolo del brazo—. Temíamos que no pudieras regresar. La velocidad del viento es de más de ciento veinte kilómetros por hora.

—¿Quieres decir que ella no está aquí? —preguntó él con voz débil —. ¿No la han encontrado?

Maggie miró su rostro consternado y se volvió cuando sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—No —contestó en un murmullo y su voz se quebró—. ¡Wyatt! ¡No puedes volver allá! —gritó cuando él dio media vuelta y corrió a la puerta.

Las palabras de Maggie cayeron en el vacío, pues él salió dejando que golpeara la puerta contra la pared.

# Capítulo 13

La tormenta seguía haciendo estragos sin decrecer hasta después del medio día, y de repente aminoró. Cuando pasó el peligro, los empleados se organizaron para buscar entre los despojos de los árboles del bosque y aunque todos ayudaron, pasó todo el día sin una señal de Cassandra ni del psiquiatra.

Nadie sospechaba que Cassie estuviese tan cerca, mucho menos Wyatt y por eso no la encontraban. Habían visto un pedazo de tela blanca enganchada en un espino y la búsqueda partía desde ese punto focal.

Cassie no recordaba cuándo se quedó dormida y no pudo precisar qué la hizo despertar asustada y con la absoluta seguridad de que se hacía de noche y que no estaba sola.

—¡Hola! ¿Hay alguien allí? —gritó más fuerte.

Se quedó quieta, con la cabeza inclinada hacia un lado. Escuchó los gorjeos y los aleteos de los pájaros que se acomodaban para pasar la noche, las gotas de agua que caían de las hojas a la tierra mojada que la rodeaba, y algo más; el sonido de una respiración humana.

—¡Aquí! —exclamó aliviada—. ¡Estoy aquí! —pero nadie le contestaba, no escuchaba pasos que se acercaran a ella.

Consultó con los dedos su reloj y se enteró de que eran las ocho con quince minutos. Estaba segura de que la buscaban. Se había marchado desde la mañana en medio de una tormenta.

—¡Wyatt! —gritó tan fuerte como pudo, pero el grito era sólo un gruñido que salía de su garganta extenuada. Sólo sirvió para recordarle su rechazo de esa mañana y el recuerdo la llenó de angustia.

Entonces lo escuchó. El ruido de una rama que se rompía bajo el peso de alguien a sólo unos cuantos metros y sintió, al mismo tiempo, una corriente de aire que llevó una fragancia conocida, a su nariz. Sonrió y extendió una mano.

—Helen —murmuró con voz débil—. ¡Gracias a Dios!

La mujer no le contestó, ni tomó la mano que le extendía. Cassie sabía que estaba allí, su perfume, aunque suave, era inconfundible, era el suyo, así como los pasos que se alejaban para introducirse en el bosque.

¿Se marchaba? ¡No podía creerlo!

—¡Helen! —intentó gritar, pero sólo emitió un murmullo atormentado.

¿Por qué? se preguntaba, ¿por qué la dejaba? No tenía manera de saber que Helen nunca tuvo la intención de ayudar en su búsqueda, que sólo había caminado por la orilla del bosque para fingir mientras

tenía la ferviente esperanza de que Cassie hubiese muerto aplastada por alguno de los cientos de árboles que habían caído.

La rubia llegó a Windrow y en un solo día captó la atención del hombre que Helen había deseado en secreto durante años. Su indiferencia hacia ella había sido una desilusión continua, pero Helen lo soportó pues nadie lo había conquistado. Entonces apareció Cassandra Winters y Helen vio la emoción en los ojos de Wyatt mucho antes que él se diera cuenta, y así nació su resentimiento hacia Cassie.

¡Mimada, débil, desamparada niña rica! Consentida durante años, gozando de las comodidades que Helen nunca conocería, ahora iba a arrebatarle el único consuelo al cual se aferraba en su monótona y vacía existencia.

Día tras día había observado a la distancia a aquel hombre; su rabia no tenía límites.

Se desconcertó tanto de encontrar a Cassie dormida detrás de aquel árbol, como Cassie al sentir su presencia. Y aunque nunca tuvo el pensamiento consciente de causarle un daño físico, no quiso jugar a la heroína y llevar a la despreciable ciega a lugar seguro. Por eso, se alejó, absorta en su depresión, sin hacer caso de los gritos patéticos que escuchaba. Que hallara su camino, o que alguien más la viera, era inevitable, alguien la encontraría pronto. Pero no sería ella.

Desesperada, Cassie caminaba con dificultad siguiendo el sonido de los pasos de Helen, no se animaba a gritar más por miedo a apagar el ruido que hacía Helen al pasar entre la maleza. Si la mujer no quería ayudarla, por increíble que pareciera, al menos podía seguirla hasta Windrow.

Se le habían entumecido las piernas en aquella posición y cuando recuperó la movilidad, ya Helen estaba muy lejos. Sus intentos de darse prisa se vieron frustrados por los obstáculos que la hacían tropezar una y otra vez, y pronto estaba sucia por tantas veces que cayó al suelo.

Se detuvo un momento para escuchar. Con los ojos muy abiertos, concentrada, al fin escuchó, entre sus jadeos por recuperar el aliento, lo que tanto había esperado: el ruido de una rama seca al ser arrancada de un arbusto.

—¡Helen! —gritó con la voz ronca, dio un paso hacia adelante con el pie derecho y cayó al aire.

No podía saber que la rama se había roto bajo el peso de un gorrión, que ésa era la rama más alta de un viejo árbol cuya raíz se hallaba en la orilla de un barranco de quince metros de profundidad, que Helen cruzaba el césped hacia la casa principal de Windrow.

Sólo sabía que estaba cayendo de cabeza destrozando pequeños arbustos con la fuerza de su cuerpo; se aferraba de la hierba, de las piedras o de cualquier cosa que sus manos pudieran asir para

aminorar la velocidad. Resbalaba, rodaba y botaba hacia abajo hasta que se detuvo abruptamente contra el tronco de un olmo. Se golpeó la cabeza y se maravilló al ver unos puntitos de luz que aparecían ante sus ojos antes de perder el sentido.

A más de un kilómetro, en la parte más profunda del bosque, donde ni los cazadores se atrevían a llegar, Wyatt caminaba con dificultad siguiendo las huellas de un venado aturdido por la tormenta, creyendo que eran las de Cassie. Ya llevaba doce horas de búsqueda inútil y desesperada, sólo interrumpida por las dos ocasiones en que regresó a la casa con la esperanza de que Cassie estuviese allí, sólo para desilusionarse al ver que Maggie movía la cabeza negativamente, o Katy, o Matt. Los Franklin llegaron a Windrow cuando supieron la noticia y fue Katy quien cubrió a Wyatt en el impermeable con forro de algodón de Matt, llenando los bolsillos con barras de dulce, y quien lo obligó a beber hasta la última gota de un vaso grande de jugo de naranja antes de permitirle salir de nuevo.

La destrucción del bosque lo aterró. Aunque había caminado a ciegas en lo peor de la tormenta, escuchando que los árboles caían a su alrededor, la lluvia torrencial ocultó el daño. Fue después, cuando vio cuántos árboles habían caído, cuántos troncos aún humeaban a causa de los relámpagos, que se dio cuenta de lo improbable que era encontrar a Cassie ilesa.

Buscaba con tenacidad, con el rostro tenso al pensar que en cualquier momento podía encontrar su cuerpo ensangrentado e inmóvil bajo uno de los árboles que habían caído.

# Capítulo 14

En las horas sombrías que siguieron a su caída al barranco, Cassie entraba y salía de un estado de inconsciencia, casi sin darse cuenta del paso del tiempo y de los ruidos nocturnos del bosque. Despertó una ocasión, y el pensar que Helen la había abandonado para que muriera, fue para ella una revelación despiadada.

Débil por el hambre, la sed y el frío, todavía mareada por el golpe que recibió en la cabeza, sus ideas nubladas por la fiebre, cayó en un estado de semi-consciencia.

Su madre la llamaba con voz fuerte y frunció el ceño en su delirio. Ella jamás alzaba la voz, y desde luego, nunca gritaba, pero de cualquier forma, allí estaba. ¡Bájate, Cassie! ¡Bájate! Sentía que le era difícil respirar y de algún modo sabía que era porque tenía el rostro oprimido en el regazo de su madre; luego escuchó un chirriar de frenos, un terrible impacto que finalmente murió en una bocanada de humo negro. Pareció despertar de su sueño, empujando un peso que la oprimía, entonces se sentó y vio a su madre desplomarse sobre ella. Aquel rostro amado, hermoso, estaba sereno como siempre, aunque manchado por un hilo de sangre que salía de su boca. Había una mancha grande y aunque en su sueño ella era aún una niña, supo que su madre había muerto y sólo unas llamas amarillas y anaranjadas penetraban su estupor.

Todavía soñando, vio unas manos pequeñas que luchaban por levantar la manija de la puerta del auto que estaba atorada, veía aquellas manitas que golpeaban contra un vidrio lleno de humo que se expandía, y en su sueño, así como en la realidad, empezó a gritarle a su padre.

Wyatt caminaba, dando traspiés, atravesando el bosque en dirección a la casa principal cuando escuchó el primer grito. Se paró en seco y contuvo el aliento. Cerró los ojos para concentrar toda su atención.

Ella gritó. Fue el gemido fuerte y agudo de un niño, tan agudo que Wyatt sintió que se le helaba la sangre y en ese instante comenzó a correr.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Papá; ¡Pa!..

Wyatt corría más y más aprisa sin preocuparle las raíces que golpeaban sus tobillos, ni los peligros de caer en una maraña de árboles derribados y torcidos, absorto sólo en una cosa: llegar hasta aquella voz antes de perderla, y al fin se encontró en la orilla del barranco, miró hacia aquella figura encogida y aterrada. La llamó por su nombre una vez antes de deslizarse por la pendiente, arrancando

piedras y tierra.

Se arrodilló junto a Cassie en silencio, temía haber llegado demasiado tarde, pues de pronto ella se quedó muy quieta.

—Cassie —murmuraba desesperado.

Extendió una mano y tocó una herida grande en su mejilla. Ella se movió ligeramente y gimió. El sintió el alivio que invadía su cuerpo y luego escuchó su grito final.

—¡Papá!

El se levantó de un salto, y le gritó:

—¡Cassie! ¡Despierta! —olvidó en aquel momento de pánico todo cuanto había aprendido de psiquiatría, olvidó que ella estaba en el punto donde él deseaba que llegara desde que empezó a tratarla... en el pasado, sólo sabía que la amaba y que lo único que importaba era evitarle el miedo y el terror—. Despierta, despierta. Dios mío, por favor, despierta —murmuraba, angustiado.

Cassie sacudía con fuerza la cabeza y él observaba cómo escapaba de nuevo hacia el lugar donde él no la podía ayudar.

Cassie estaba aún en el auto, atrapada por aquella puerta atorada y por el olor acre del humo; ella sentía el desesperado latir de un corazón de siete años de edad, aterrorizado en un cuerpecito desvalido.

No quería levantar los ojos y parpadear contra el humo para mirar hacia afuera por la ventanilla del auto. Sabía que debía hacerlo, que lo haría, pero luchaba por lo contrario, moviendo la cabeza de un lado a otro en una negativa delirante, gimiendo y cerrando con fuerza los ojos. Pero nada la ayudaba. En su mente, se asomó por la ventanilla, y miró aquel horror que había mantenido encerrado durante tanto tiempo: era su padre. Estaba parado, muy rígido, lejos del auto, observando a su única hija que golpeaba, impotente, sus pequeños puños contra las paredes de aquella prisión que se incendiaba, tenía los ojos muy abiertos por el impacto y el miedo, y no se movió para ayudarla.

Cassie golpeaba con sus puños el pecho de Wyatt mientras él la abrazaba y cuando ella empezó a gemir, él trató de escuchar sus palabras, sin poder hacer más.

—¡Hace calor, papá! ¡Hace calor! ¡Ayúdame a salir! ¡Date prisa! ¿Por qué no me sacas de aquí? ¿Por qué te quedas allí parado?

Wyatt abrió mucho los ojos al darse cuenta de lo que significaban aquellas palabras. Estaba horrorizado de lo que había escuchado, conociendo, al fin, el horrible secreto que ocultó la mente de una niña.

—¡Dios mío! —el horror dio paso a la ira, una ira estrujante, contra un hombre muerto a quien deseaba golpear.

De repente, la chica se quedó quieta en sus brazos y Wyatt observó que su rostro se serenó con la aceptación de una niña desconcertada.

En aquel sueño, igual que en la vida real aquella noche fatal, Cassie se hallaba paralizada a causa del impacto y del humo que había inhalado. Un hombre uniformado corrió al auto, arrancó la puerta de sus goznes, la tomó en brazos y se alejó corriendo. Aún podía escuchar el jadeo desesperado de su respiración, aún sentía el fuerte latir de su corazón cuando, oprimiéndola contra él, corría pasando por donde estaba, inmóvil, su padre que los miraba con fijeza. Luego escuchó el ensordecedor estruendo de una explosión detrás de ellos, seguida de una ola de aire caliente que arrojó al suelo al oficial y a la niña y todo se volvió negro.

Lloraba en el sueño, con los ojos cerrados con fuerza y sentía el consuelo y la seguridad de los brazos del policía, lo oía murmurar su nombre una y otra vez, acariciando su cabello. Era un sueño, y era la verdad; su llanto se convirtió en unos sollozos desgarradores que sacudían sus hombros con fuerza.

Entonces salió de la pesadilla y se dio cuenta de que el policía no sabía su nombre, que no podía saberlo y que era la voz de Wyatt y eran los brazos de Wyatt; al fin estaba a salvo.

—¿Wyatt? —murmuró sin poderlo creer.

—Sí, Cassie —contestó, estrechándola con más fuerza.

—¡Oh, Wyatt!

—Estoy aquí, siempre estaré contigo.

Ella se estremeció, luego oprimió su rostro contra él.

—Lo vi —dijo temblando—. Lo vi todo. Fue mi padre... todo el tiempo fue mi padre...

El sabía que aquel sueño no era suficiente, que tenía que repetirlo para desterrar para siempre aquella pesadilla. Y ése era su trabajo, sacar a la luz los viejos fantasmas y curar las heridas. Comenzó a hacerle preguntas, aunque ya conocía las respuestas.

—¿Qué viste, Cassie? ¿Qué hizo tu padre?

Las lágrimas corrían de sus ojos cerrados, y su cuerpo se convulsionaba.

—Sólo se quedó allí, parado —murmuró—. Se quedó parado viéndome morir. ¡Dios mío! ¿Cómo pudo hacer eso? Parecía tan... extraño... sólo parado allí, observando, mirando... como si no me viera...

Wyatt podía imaginar a aquel hombre, rígido por la conmoción, observando que su hija se perdía en aquellas llamas ante sus ojos, pero sin verlo. Y aunque nunca podría perdonar lo que aquel hombre había hecho, empezaba a comprender.

—El no te vio, Cassie. ¡Tienes que creerlo! —le dijo con los labios en su cabello—. El miedo, Cassie, el miedo en los adultos es la emoción más fuerte que existe. Bloquea todo lo demás. Tu padre sufría un shock.

Cassie se quedó quieta, escuchando sus palabras, deseando creerlas.

—Fue sólo después, Cassie —continuó, amable—, cuando pudo darse cuenta de lo que había hecho; su sentimiento de culpa debió ser terrible. No sé cómo pudo vivir con ello. Supongo que pensó que tenía que hacerlo… por ti… por poco que él fuera, era lo único que te quedaba.

—Y es por eso que le gustaba que yo estuviera ciega —dijo con amargura—. Mientras yo estuviera ciega, no podría recordar.

—Porque no podía haber vivido con ello, Cassie, ¿no lo entiendes? No te hubiera visto a la cara si recordabas la forma en que te había fallado.

Ella aspiró profundamente, estremeciéndose y trató de contener las lágrimas, pero volvían a fluir, llevándose la pena y el dolor. Lloraba por el hombre que creía que era su padre y lo aceptaba como realmente era.

Ella sentía el calor de los brazos de Wyatt y su aliento en su cuello, y dejaba que todo lo demás se perdiera, convencida de que él la amaba.

Luego abrió los ojos y al instante se quedó helada, mirando por primera vez después de dieciocho años.

—¿Qué ocurre? —le preguntó él al sentir que su cuerpo se ponía tenso. Alzó el rostro para verla—. ¿Te duele algo?

Ella vio sus ojos claros y azules que había imaginado miles de veces, el oscuro cabello enmarañado y mojado por la lluvia, las magníficas líneas de su rostro ahora suavizadas por la preocupación, manchadas por docenas de rasguños y aquella expresión atormentada de un hombre que estuvo a punto de perderlo todo. Un rostro que nunca había visto y que sin embargo, le era amado y familiar.

—Necesitas afeitarte —murmuró, y el rostro de él se aclaró mientras ella lo observaba.

—Puedes ver…

La joven le sonrió, extendiendo una mano para rozar con sus dedos la barba que ensombrecía sus mejillas.

El la soltó con brusquedad, se puso de pie y se volvió hacia otro lado. Cassie hizo un esfuerzo por incorporarse. Su voz, al hablar, fue severa, ella sabía que trataba de ocultar la profundidad de su emoción.

—Bueno, lograste armar un alboroto. Todos los empleados de Windrow te han buscado desde ayer.

Hizo una pausa, levantó una mano y se apoyó en un árbol. Ella miraba los cabellos oscuros y enmarañados de su cabeza inclinada, luego miró sus hombros encogidos.

—¿Y se puede saber en dónde has estado?

Cassie casi rió ante lo tonto de la pregunta. ¿Qué importaba eso

ahora? ¿Y cómo podía, una mujer ciega, saber en dónde había estado?

Se quedó apoyado en el árbol durante mucho tiempo, sin moverse y sin hablar.

—¡Fue una estupidez! —le dijo al fin—. ¡Fue una niñería lo que hiciste! Huir cuando se aproximaba una tormenta, preocupando a todo el mundo...

—¿A todos? —inquirió con suavidad.

El se volvió y se puso en cuclillas frente a Cassandra, quien le tocó los labios con un dedo.

—Creo que ahora viene la escena donde me miras a los ojos y me besas.

—¿Es ahora?

—Sí, y luego vas a admitir que me has amado siempre e iremos al tema en cuestión que es cuándo nos casaremos.

—Realmente... —sonreía a medias.

—Sí, realmente. ¿Podrás mantenerme mientras yo aprendo a hacer algo? A no ser que seas muy rico, por supuesto. Es todo lo que he aprendido, sabes, a ser una dama muy rica, pero ahora todo lo perdí y lo único que me quedaba lo pagué a Windrow.

—Tiene usted suerte, señorita Winters —le dijo sonriendo—, de que yo sea un hombre acaudalado.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado y frunció el ceño.

—¿Lo eres, de veras? No lo sabía... —bostezó y sonrió al mismo tiempo.

El tocó con ternura su frente con una mano, levantó a Cassie en los brazos y se puso de pie. Ella se acurrucó en su pecho mientras Wyatt empezaba a subir lentamente para salir del barranco.

—¿Wyatt? —murmuró.

—¿Sí?

—¿Tu casa es lo suficiente grande para que viva un ama de llaves?

—Sí —contestó sonriendo—. Fácilmente...

—Bien. Entonces la señora Carmody podrá vivir con nosotros. Estás de acuerdo, ¿verdad? —bostezó de nuevo y se acurrucó más en sus brazos.

—Sí, Cassie —murmuró, besando sus cabellos—. Estoy de acuerdo —rió con una risa suave—. Aunque te estás adelantando mucho, ¿no crees? Ni siquiera te he dicho cuánto te amo.

—No tienes que decírmelo —sonrió y abrió los ojos una vez más para asegurarse de que el mundo aún estaba allí—. Tendría que estar ciega para no verlo.

**Fin.**